



PENITENCIA

J. E. ÁLAMO

Lectulandia

El segador, un asesino en serie que mutila y quema a sus víctimas antes de matarlas, está sembrando el caos en la ciudad. El inspector Aguirre, descreído y cínico será el encargado de darle captura, inmerso en una red de miedos del pasado entre los que intenta conservar su cordura. Esta es una de las tramas de «penitencia», una novela coral donde deambulan multitud de personajes e historias que acaban por converger en una telaraña de torturas, canibalismo y muerte, en cuyo centro hay un monstruo agazapado, que ha tejido su trampa con celo y paciencia infinita.

"Y la hora donde todos deben cumplir su penitencia se aproxima

y otro ángel salió del altar, el cual tenía poder sobre el fuego, y clamó con gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas. Y el ángel echó su hoz aguda en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó la uva en el grande lagar de la ira de Dios." (Apocalipsis 14:18-20)

Lectulandia

José E. Álamo

Penitencia

ePub r1.1

SoporAeternus 11.10.15

Título original: *Penitencia*
José E. Álamo, 2010
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este libro a un montón de gente porque ese montón es el que ha conseguido que yo al final escriba con una coherencia mínima y digna de ser publicada.

Desde luego a mis dos chicas: Silvia y Sarah. Sin ellas, solo podría contar pelusas, beber bourbon, fumar como un poseso y escribir tonterías sobre muertos vivientes.

A mis padres, Elías y María; hermanos, Carlos y Rosario, y sobrinos, Andrés y Ricardo, que creen en mí.

A Raúl de Grupo Editorial AJEC, que confía en mí por segunda vez y espero que no sea la última.

A M^a Isabel Redondo porque en su día, tras leer la primera versión de Penitencia, me dijo que yo era capaz de hacerlo mucho mejor. Lo he intentado, Isabel, y si no lo he conseguido, no es culpa tuya.

A David Jasso por su inmensa generosidad. Él sabe a qué me refiero.

A Gustavo Ribes y José Soriano que leyeron la primera versión de Penitencia y me ofrecieron su opinión.

A Silvia Cuello, Daniel Miñano y El Guardián del Ático. Por la portada y por los ánimos y opiniones.

Y a los siguientes amigos, homenajeados de forma más o menos evidente en esta novela: Javier Aguirre. Rafael Martínez. Javier González. Rafael Ortiz.

Y no te olvido a ti que lees esto.

Deseo que te guste.

«Y salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda.

Y otro ángel salió del altar, el cual tenía poder sobre el fuego, y clamó con gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas.

Y el ángel echó su hoz aguda en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó la uva en el grande lagar de la ira de Dios.

Y el lagar fue hollado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos por mil seiscientos estadios»

(Apocalipsis 14:17-20)

El Principio

El Segador

Hoy, el *Sapo* me ha pegado en los billares. Dice que no le gusta que mire a su novia, Lucía, la de las tetas gordas.

Padre y Madre se han matado en un accidente. Que a mi padre se le fue el coche. Idiotas.

Está todo el mundo llorando y no me hacen mucho caso.

Mañana al *Sapo* lo voy a descalabrar.

La tía Angustias dice que no sabe qué va a hacer conmigo.

Me ha pellizcado en la espalda por lo que le hice al gato. Dice que soy perverso.

No he llorado. Ella sí.

No volverá a tocarme.

La tía Angustias tiene novio, cree que no lo sé. Es el capullo del Bernardino.

Se ven a oscuras cuando piensan que estoy durmiendo. Parecen monos sobándose.

Le he roto todos los cristales al coche del Bernardino.

La tía Angustias me tiene miedo.

El Bernardino ha hecho llorar a la tía Angustias. Que no quiere volver a entrar en casa. Estoy seguro de que es por mi culpa.

Le he metido mano a Lucía. Le he dicho que si se lo cuenta a alguien le cortaré las tetas. No creo que lo haga.

El *Sapo* aún anda con la cabeza llena de puntos. Da risa.

Mañana le pincho las ruedas al coche del Bernardino.

La tía Angustias ronca cuando duerme.

La he despertado. ¡Qué fea es en bolas!

Me la he follado.

La tía Angustias estaba en la bañera con las muñecas sangrando.

Se las había cortado ella.

Aún respiraba. Le he preguntado por qué lo había hecho, que me contara lo que sentía.

No me ha contestado.

Hoy entierran a la tía Angustias. Todo el mundo dice que se suicidó y me dan palmaditas de ánimo en la espalda.

Al Bernardino lo he visto de lejos. Me miró con odio. Y con miedo. Es un capullo.

He dormido en la cama de la tía Angustias. Olía a rancio y a pedos viejos. No se lavaba mucho la muy cerda.

Han aparecido parientes por todas partes. Parecen cucarachas. Por lo de la herencia. He hablado con ellos. No volverán.

Me largo de esta mierda de pueblo.

Todos me observan, hablan. Debería cortarles la lengua.

Aquí me asfixio.

Necesito moverme.

Hoy me he chutado dos veces. Buena mierda.

Me he hecho a una abuela, le saqué trescientos. Acababa de cobrar. ¡Vaya mierda de pensión!

Me he hecho a un abuelo, solo tenía cincuenta. Me ha cabreado. Al final daba un poco de asco. No me gustan los viejos.

Anoche pegué un polvo. Un condón reseco me colgaba de la herramienta. No me acuerdo con quién lo he hecho. Espero que fuera una tía.

Borracho y ciego, tomé la escopeta y me la metí en la boca.

No me quedaba nada por hacer. Estaba asfixiado. Quería mandarlo todo a la mierda.

Fue cuando el cuarto desapareció.

Y tuve paz.

Paz y contemplación.

La contemplación de lo absoluto.

Nada que añadir, nada que restar.

Nada.

No estaba muerto, no. Jamás había estado tan vivo.

Tampoco estaba solo. *Él* estaba conmigo y me mostró algo, algo que había ocurrido hacía una eternidad. Un accidente. Un leve susurro que acabó en estruendo impactando en la superficie desprevenida de la perfección. *Él* se encargó de que tornara la calma, pero hubo consecuencias. Y las consecuencias amenazan con volver. Con destruir esa belleza absoluta.

Me sentí conmovido, al borde de las lágrimas. Yo que solo había llorado si tenía algo en el ojo.

Llorar es de nenazas.

No lo es, no. *Él* enjugó mi llanto y me hizo fuerte.

Luego me habló. Dice que soy fuerte, especial. Que siempre ha estado conmigo aunque yo no lo supiera. Que hasta ahora he desperdiciado mi talento.

Él me guiará, me dirá lo que he de hacer:

—*Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas.*

Quiere exterminar a los falsos predicadores, aquellos que claman en su nombre y lo ensucian al pronunciarlo.

—*Tú serás El Segador.*

No sé cuánto duró mi iluminación, al volver al cuartucho todo parecía igual. Hasta ese momento el tiempo nunca me había preocupado demasiado. Ahora sí, ahora sé lo que tengo que hacer. Tengo un cometido: las consecuencias. He de acabar con ellas. Segar su presencia. Y el tiempo sí es importante. *Él* cuenta conmigo.

Cuando todo termine, volveré a su lado. Me sumaré a la perfección. A la paz.

Han sido días de sangre y satisfacción. Cuatro sacrificios. Cuatro templos hollados. Cuatro mensajes:

... Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas...

Cuatro pasos para atraer a los otros, a los enemigos de *Él*. Ahora estarán sobre la pista. Me buscarán, pero soy yo quien les encontraré a ellos pues yo soy El Segador.

El Inspector

No hay mal que por bien no venga.

El tiempo todo lo cura.

No hay mal que cien años dure.

En cien años, todos calvo...

En cien años, todos calvos.

En eso sí habían acertado, el rodal asomaba impertinente entre el pelo peinado hacia atrás con mimo. Por lo demás, las manidas frases de consuelo solo consiguieron irritarle hasta lo indecible, por no hablar de lo que les hubiera hecho a los que le daban el consabido apretón en el hombro acompañado del *ánimo* de rigor. Quedarse solo y entrarle ganas de vomitar, era todo uno. Esos gestos bienintencionados se le indigestaban igual que un plato de babosas.

No sabría decir si lo más duro fue el divorcio, esa bestia de mirada fría y fauces sonrientes:

Adiós, querido. Fue bonito mientras duró. Lo siento, me llevo a la niña, la casa y tu corazón. A ti ya no te van a hacer falta.

Con toda la miseria, desesperación, dolor y finalmente vacío, que trajo enroscados en su cola.

Tienes que seguir. Recomponer tu vida.

O los carroñeros compasivos que acudieron a medrar en su dolor cuando ya había decidido mirar hacia delante a la manera de Aguirre.

De todos modos, pronto captaron el mensaje: era mejor dejarlo solo.

Desagradecido hijo de puta.

La frase voló sin dueño un día que entraba al despacho. Sin dueño, pero con la connivencia de todos los que apartaron la mirada.

Al infierno, pensó. Prefiero vuestro desprecio a vuestras palmaditas. Esa pena nace de la secreta alegría de comprobar que le ha tocado a otro, uno que parecía por encima de los demás, que lo tenía todo.

A muchos les hubiera encantado verle derrumbado, y ese era un alimento que no iban a recibir.

Su mujer —*exmujer*, se recordó mentalmente—, Lidia, se la pegaba con un vecino. Luego vino el resto, el abismo por el que se precipitó.

La policía judicial fue a buscarle a su despacho y allí, delante de todos, le detuvieron. Los argumentos de su abogado le permitieron seguir en libertad hasta el juicio, pero tenía la cárcel asegurada y durante una buena temporada. Lidia aprovechó para solicitar el divorcio alegando malos tratos psicológicos. El abogado de ella, un capullo engominado al que Aguirre hubiera apaleado a gusto, sacó provecho de la situación.

—Describa la actitud de su marido en casa, señora.

—Me ignoraba, me sentía un trasto. Solo vivía para sus asuntos.

—¿Esos mismos asuntos que han llevado a su marido a un juicio por estafa? — intervino el engominado con tono suave y comprensivo.

—No sé nada de eso. Yo era siempre un cero a la izquierda, nunca me contaba nada. Él solo me quería para... —Un sollozo y no tuvo que añadir más.

Dame tu corazón, querido. Cuando acabe de masticarlo, escupiré los restos y eso es con lo que te vas a quedar.

Y eso fue con lo que se quedó.

Luego vino el resto: el juicio por la estafa, las deudas, la ruina...

Se pasó la mano por la cabeza evitando inconscientemente el rodal. No había querido entrar en el juego. *Por la niña*, pensó. Y así se lo había dicho a su abogado:

—No quiero arrastrarla por el fango. Solo tiene siete años.

Jamás hubiera admitido que en el fondo fue su debilidad lo que le llevó a ceder. El convencimiento de que hiciera lo que hiciera, no se iba a librar de las noches en vela ni de la serpiente del desasosiego que se retorcía en sus tripas. Y al final del camino, un encierro más que probable. Al menos acortaría los plazos. Que se lo llevaran todo, a fin de cuentas hacía tiempo que lo había entregado. Y a él ya no lo apetecía seguir más tiempo con toda esa mierda. Había tomado una decisión y la llevó a cabo. Punto. Nada de mirar hacia atrás. Punto. Ahora estaba en la Agencia, le habían ofrecido una oportunidad y una tarea de la que ocuparse. Punto. Todo lo demás formaba parte de su pasado, de otra vida ya finiquitada. Punto y final.

Entonces, ¿por qué seguía sintiendo ganas de derramar unas lágrimas que ya no acudían?

—Inspector. Señor.

Levantó la vista del dossier sobre el regazo que justificaba la cabeza vencida.

—¿Qué hay? —replicó mientras apuraba el café frío que había traído del bar media hora antes. Interrumpió el gesto que buscaba el tabaco en el bolsillo. No se podía fumar allí dentro.

—¡Menuda estupidez! —clamó cuando le dijeron lo del espacio libre de humos.

Había recibido por toda respuesta una mirada fría que zanjó la discusión.

Cerró la mano clavando las uñas en la palma. *Necesitaba un pitillo.*

Era curioso como después de lo que había pasado, todo resultaba tan normal, tan cotidiano y anodino: los mismos gestos, los mismos complejos, los mismos miedos, las mismas manías, los mismos vicios. Esos pequeños detalles que constituyen cualquier vida, mientras nos empeñamos en trazar grandes planes mirando hacia un horizonte que jamás alcanzaremos. Rio para sus adentros, al menos ya no tenía que preocuparse por las consecuencias del tabaco como antes. Su ex odiaba el olor y siempre se había apartado de él cuando iba a besarla.

—¡No pienso besar un cenicero! —le espetaba y volvía la cara arrugando la nariz pecosa con gesto de asco.

Llegó un momento en que decidió que si ella quería un beso, tendría que pedirselo. Nunca lo hizo. Más tarde se enteró de que el vecino en cuestión, el que se

la trajinaba, fumaba puros. Claro que a lo mejor no era su boca lo que ella le besaba.

Agitó la cabeza mientras le invadía la desazón, igual que cada vez que daba un repaso a sus recuerdos.

Se incorporó y se puso la chaqueta del traje negro que vestía desde que se había incorporado a la Agencia. Al acomodarse el pantalón procuró ignorar la incipiente barriga.

La curva de la felicidad. Otra perla de sabiduría popular.

Se ajustó la corbata con la mirada clavada en el agente, un tipo fondón de dientes caballunos y expresión estreñida que se echó hacia atrás cuando Aguirre dio un paso hacia él. El inspector era un hombre fornido, de rostro cuadrado y ojos insondables. Siempre había inspirado respeto a todo el mundo, a todo el mundo menos a su ex y al vecino de los cojones. A veces se arrepentía de no haberle dado una buena mano de hostias al fumador de puros, pero solo a veces. Hacía esfuerzos por no tener esos pensamientos, sabía que no eran buenos.

—¿Qué hay? —repitió, impaciente. Necesitaba ese pitillo de inmediato.

—Ha vuelto, señor. Otro sacerdote. Descubierta por los bomberos cuando fueron a apagar un incendio en la parroquia de la Santísima Trinidad. La iglesia está en un barrio llamado Los Llanos. —Se detuvo para humedecerse los labios—. Rociaron el confesionario con gasolina y le prendieron fuego. El sacerdote, el padre Ambrosio Luján, estaba dentro. Los bomberos creen que maniatado, hay restos de cinta aislante alrededor de las muñecas y los tobillos.

—¿Estáis seguros?

—Bueno, los nuestros están examinando el escenario, pero no dudaría de los bomberos...

—Me refiero a lo de que ha vuelto. Si estáis seguros de que esto es cosa suya.

—Se han encontrado con lo mismo de las otras veces: la tortura, la cinta aislante, la cita. Sobre todo la cita escrita con sangre en la pared: *Mete tu hoz aguda...*

Aguirre hizo un gesto impaciente con la mano.

—Conozco la cita, agente.

—Bien, pues todo coincide con los demás casos. Así que, sí, estamos seguros.

Aguirre se sentó pesadamente. El cigarrillo iba a tener que esperar.

La Bruja

Prudencia nació vieja. Vieja, amargada y con la semilla del rencor enquistada en el alma. Y la vida se había encargado de abonar con mimo ese brote: la mayor de cinco hermanos, Prudencia no tuvo infancia. Solo una sucesión interminable de narices mucosas, culos cagados, papillas esparcidas y sobre todo, reproches:

Eres egoísta.

Eres torpe.

Eres fea.

Eres rara.

Y así una página tras otra hasta exprimir su paciencia. Una noche la estufa de butano acabó con la vida de toda su familia llevándola de un sueño a otro sin ronquidos. Ella tuvo que responder a muchas preguntas:

—¿Por qué estaba la estufa en marcha?

—No sé, señor. Yo dormía.

—¿Cómo es que no te ocurrió nada?

—No sé, señor. Yo dormía.

—¿Quién cerró todas las ventanas?

—No sé, señor. Yo dormía.

—¿Quién te sacó a la calle?

—No sé, señor. Yo dormía.

Susurros, murmullos y miradas furtivas. La sospecha estuvo presente, pero el *qué dirán*, la presión de la familia y su escasa edad la salvaron. La enviaron a un orfanato porque no hubo pariente que quisiera hacerse cargo de ella, y desde allí pasó por varias familias de acogida, siempre con el mismo resultado:

—No se adapta, no es que se porte mal, es que...

Es extraña. Tan fría, tan... seca.

Es como abrazar una muñeca de trapo.

No soporto que me mire. Me da escalofríos.

A ella jamás pareció importarle, en realidad nada parecía afectarle hasta el punto que pensaron si sería retrasada.

Los años corrieron, se hizo mujer y parecía haber convertido el centro de acogida en su hogar. Solo volvió en una ocasión al pueblo donde nació. *Asunto familiar*, comentó al ser interrogada el respecto. Estuvo un día fuera y a su vuelta con un *No había nada para mí*, dio por zanjado el asunto. Aunque si alguien le hubiera prestado más atención, habría visto el miedo que descomponía su gesto. Pero el tiempo borró esa emoción, y pronto volvió a ser la de siempre. En el centro limpiaba, fregaba y planchaba, aunque siempre se mantuvo a distancia de la mayoría de los niños, no le gustaban —ya había tenido bastante con sus hermanos— y ellos por su parte preferían mantenerse alejados de Prudencia. Sin embargo, con el tiempo, sí quiso ocuparse de uno, uno especial.

Dios los cría y ellos se juntan.

A cambio de su trabajo pedía poco: alojamiento, comida y un pequeño salario para sus escasos gastos. Pero seguía despertando esa extraña animosidad en los demás.

Me da escalofríos. Parece más vieja que el tiempo.

Ojos como los de una araña, me dan ganas de correr.

Un buen día sorprendió a todos al anunciar que quería marcharse, que le buscaran empleo.

Por recomendación de doña Remedios de la Serna, directora del centro de acogida, consiguió trabajo y alojamiento como criada —*empleada del hogar*— en casa de un constructor adinerado.

—Espero que no me haga quedar mal —le había espetado doña Remedios, sin intentar tan siquiera simular algo de simpatía. Solo el irracional temor que le inspiraba Prudencia la había llevado a buscarle un empleo. Eso y la secreta esperanza de que quizás acabara perdiéndola de vista.

—Federico es un antiguo amigo de mi esposo, que en gloria esté, y no quisiera recibir una queja suya.

Prudencia asintió:

—No la defraudaré. Se lo prometo.

Estuvo un año en casa del constructor. Procuró cumplir con su trabajo, pasar inadvertida y, sobre todo, recoger toda la documentación a la que podía echar mano. Federico Castillo, el constructor, no era trigo limpio.

—Las leyes son para los «caguetas», —era una de sus sentencias más frecuentes—. Y Federico Castillo no es un «cagao».

Sin embargo, sí era descuidado. En su despacho los papeles se apilaban por todas partes y muchos incluían nombres con cantidades de dinero escritas a continuación.

Al principio, Prudencia se había hecho el firme propósito de ahorrar todo lo que pudiera, necesitaba dinero para sus proyectos, para una vida en la que no quería depender de nadie. Sin embargo, ese plan acabaría pasando al olvido. Se le había presentado una oportunidad que no pensaba desaprovechar.

Para Federico, Prudencia solo suponía una presencia, una sombra cabizbaja con la que se cruzaba de tanto en tanto y a la que apenas saludaba con gesto distraído. Una mañana le sorprendió encontrarla en su despacho. Al principio no consiguió reconocerla pues ella vestía de calle, el uniforme de chacha había acabado en la basura la noche anterior. Sobre el regazo reposaba una pequeña bolsa de cuero negro con sus escasas pertenencias y, ante el gesto interrogante de Federico, se limitó a señalar una carpeta que había dejado sobre la mesa del constructor.

—Hay una copia depositada en la caja fuerte de un notario con orden de enviarla a la prensa y a la policía en el plazo de una semana. Salvo que yo lo impida, —explicó ella mientras el constructor abría la carpeta con gesto confundido. Luego cerró la boca. Ya no diría nada más.

En la carpeta había incluido una hoja con lo que quería del constructor. Los gritos, súplicas y amenazas que rebotaron en las paredes del despacho partieron todos de Federico. Nada hizo mella en la actitud impertérrita de Prudencia. Cuando finalmente se marchó de la casa, había hecho realidad tres deseos: primero un piso a su nombre y segundo una pensión vitalicia que le permitiría vivir sin apuros. A ella y a su chico.

Al chico lo conoció en el orfanato, lo abandonaron de recién nacido y había acabado en el centro. Desde que lo vio, Prudencia supo que tenía que ser suyo. Ese fue el tercer deseo que el constructor le concedió. Su intercesión —dinero por aquí, dinero por allá— fue decisiva para que le concedieran la adopción a Prudencia.

Ahora iniciaba su propia vida. Y tenía planes, muchos planes.

—¿Algún testigo? —La pregunta era rutinaria, no esperaba que lo hubiera. En los cuatro casos anteriores nadie había visto, oído o sabido nada. ¿Cómo podía alguien entrar en un templo religioso, torturar y prender fuego al sacerdote de turno, pintarrajar el altar con citas del Apocalipsis y salir luego sin que nadie le viera? El simple hecho de plantearse la pregunta dejó exhausto a Aguirre. Se arrebujó en su chaqueta. Un viento frío correteaba por la plaza en la que se alzaba la parroquia de la Santísima Trinidad. El otoño se precipitaba hacia el invierno con prisas.

La iglesia era un edificio anodino y grisáceo coronado por un pequeño campanario que exhibía un reloj cuyas saetas se habían detenido un día a las nueve y cuarto sin que nadie hubiera hecho nada por remediarlo. El templo ofrecía como único rasgo reseñable, un doble portón de madera noble que contaba con grabados de imágenes religiosas. Al parecer las puertas procedían de otra iglesia que había quedado destruida durante la Guerra Civil. Sin embargo, el portón apenas se utilizaba y el acceso habitual durante los últimos años eran las puertas laterales. Se llevaba mucho tiempo hablando de un proyecto de restauración, pero la asignación de fondos nunca acababa de llegar. En la actualidad los grabados estaban cubiertos de pintadas y *graffiti* que contribuían a la imagen desolada que ofrecía el edificio.

Todavía flotaba en el aire un olor a quemado que provenía del interior de la iglesia. Las puertas laterales del templo que daban a una calle estrecha y mal asfaltada, estaban abiertas de par en par y unos trabajadores salían por ellas cargados con restos del confesionario. La rápida intervención de los bomberos había impedido que el incendio provocara graves daños materiales.

El viento cobró fuerza y Aguirre entrecerró los ojos.

A ver si pillo un resfriado, pensó con una sonrisilla cínica.

—Sí, señor. Tenemos uno.

—¿Cómo? —El inspector inclinó la cabeza hacia su acompañante. *Peláez*, se recordó Aguirre, *Agustín Peláez*. Un hombrecillo flaco, más bien bajo y de piel blanca, casi transparente. Un novato.

—Tenemos un testigo, señor. Un abuelete. Estaba por la zona y supongo que vio el humo. Lo encontraron escondido tras un contenedor murmurando incoherencias sobre el fuego del infierno y Satanás. —El agente leía de un bloc de notas en el que había anotado toda la información con letra menuda y redondeada.

Letra de niña pensó, sin querer, Aguirre.

—Bueno, ¿y dónde está?

—¿El qué, señor? —preguntó el agente.

—*Va a ser letra de bobo*, se dijo Aguirre con impaciencia.

—El elefante, agente. ¿Dónde está el elefante?

La expresión perpleja del agente Peláez le confirmó el malicioso pensamiento de antes: bobo a rabiar.

—Vamos a ver, agente Peláez, ¿se puede saber dónde coño está el testigo?

—¡Ah! —La expresión de alivio junto con la palmada en la frente convenció a

Aguirre de que el tal Peláez debía ser apartado con urgencia de su unidad de investigación.

Estará mejor destinado a la unidad de control de ingresos. El papeleo y la burocracia es lo suyo. Que anote en su linda libreta el nombre de todos los desgraciados que vayan llegando.

—Está en la residencia, señor —replicó con expresión satisfecha tras, eso sí, consultar su libretita. Dibujó una sonrisa de dientes pequeños y blancos, muy blancos.

—¿Qué residencia, agente? —preguntó el inspector controlando las ganas de echarle las manos al cuello al cretino sonriente.

—La del final de la calle, señor —indicó la dirección con la mano tras lo que abrió la libretita de nuevo.

—Es una residencia privada para ancianos: *El Júbilo Dorado*. A veeer, —un dedo de uña impoluta recorrió la hoja escrita—. El sujeto en cuestión se llama Baldomero González Soriano, pero todos le llaman Baldo. Debe rondar los setenta y muchos, puede que los ochenta. Viste pantalones verdes que le vienen grandes y un suéter grueso de lana de color azul marino. Calza unas botas viejas de color marrón y las lleva muy sucias. —Meneó la cabeza—. Así no le durarán, el cuero es como nuestra piel, hay que mimarla. —Levantó la vista en busca de la aprobación de Aguirre. Este se limitó a gruñir—. La verdad es que el pobre viejo no huele muy bien, para mí que no se lava los dientes. Los que le quedan, je, je, —dijo, guiñando un ojo mientras agitaba la libretita delante del inspector—. Y eso es todo que no es poco. Ya sabe: más vale lápiz corto que memoria larga.

Aguirre le miró sin acabar de creerse que el tipo no estuviera simplemente tomándole el pelo y se despidió a toda prisa:

—No, no, agente. No hace falta que me acompañe. In-sis-to, no hace falta.

Se alejó a buen paso, arrepentido de no haber cedido al impulso de embutirle la libretita a Peláez por la garganta.

—Tiene que comprender inspector, eh, Aguirre, que nuestros huéspedes son delicados.

La directora del centro, *Virtudes Hinojosa* según rezaba la placa prendida en la impoluta blusa blanca que albergaba el generoso pecho de matrona, tamborileó unas largas y gruesas uñas rojas sobre el mostrador.

—El agente Peláez, un joven encantador y muy educado, que acompañó a don Baldomero fue muy comprensivo y admitió que lo más coherente era administrarle un sedante a nuestro huésped en lugar de someterle a un interrogatorio.

Aguirre apretó los puños, ¡un sedante! Un caso con cinco asesinatos, sin testigos hasta ese momento y cuando tenían uno —un anciano de casi ochenta años— van y le meten un sedante. Probablemente el hombre no recordaría nada para cuando recobrará el sentido.

—Y dígame, inspector, ¿qué ocurrió? El agente Peláez nos dijo que no estaba autorizado a comentar el caso y don Baldomero, la verdad, no nos contó nada, no estaba en condiciones el pobre, aunque tampoco es que sea del tipo parlanchín. Ya sabe —añadió, llevándose el índice a la sien con un movimiento giratorio—, estos carcas... ancianos no rigen mucho. Los sedantes son una bendición, les ayuda a estar más tranquilos y a nosotros...

Aguirre entrecerró los ojos, reprimiendo la rabia que bullía en su interior. La tal *Virtudes* no había permitido que Peláez interrogara al anciano, pero eso no la había detenido a ella a la hora de intentar satisfacer su curiosidad.

—Mire, señora, me va a llevar de inmediato con don Baldomero —levantó una mano al ver que la mujer iniciaba una protesta—. Haga el favor de prestar atención, si no hace lo que le he pedido, dentro de media hora su residencia estará invadida por inspectores de sanidad, trabajo, asuntos sociales y todo lo que se me ocurra. Le aseguro que algo encontrarán y, aunque no fuera así, no creo que a los familiares de sus «carcas» les alegre demasiado el jaleo que se va a montar aquí. Y créame, habrá jaleo y de los que salen en las noticias. De eso me encargo yo. Usted verá, o los inspectores o el inspector, —concluyó señalándose a sí mismo. Rezó para que la mujer no descubriera que iba de farol, contaba con que su preocupación ante la posibilidad del escándalo la llevara a ceder sin mayor reflexión.

La directora abrió y cerró la boca varias veces...

Como un besugo fuera del agua, pensó Aguirre haciendo un esfuerzo por no soltar una carcajada.

... luego tomó el teléfono por el que ladró una orden. A los pocos segundos, una jovencita delgada, de grandes ojos castaños y con cara de no haber roto un plato en su vida, apareció para acompañarle al cuarto de Baldomero.

—¿Qué ha hecho el pobre Baldo? —preguntó la joven recogiendo el abundante pelo moreno que le escapaba de la cofia, mientras iban por el pasillo—. Estaba muy alterado, parecía que hubiera visto un fantasma.

—Nada, no ha hecho nada.

—Me alegro, le tengo cariño, ¿sabe? Todos se ríen de él, a veces pierde un poco los papeles y se comporta como un crío, él llama a eso sus ausencias. Yo siempre me digo: «Gloria, trátalo bien. Podría ser tu abuelo y no está bien burlarse de él, aunque todos creen que no se entera de lo que ocurre a su alrededor».

Aguirre miró a la chica, a Gloria, con interés. La mirada era inocente, pero había una chispa espabilada en ella. Tomó nota mental de que quizás valiera la pena verla más tarde, su trato con el anciano podía aportar algún dato.

Recorrieron en silencio los largos y asépticos pasillos de la residencia. El Júbilo Dorado contaba con dos plantas, en la inferior estaban el vestíbulo con sus grandes puertas acristaladas y las habitaciones de los residentes. En la de arriba, el comedor, el salón de actividades, los aposentos privados de la directora y una pequeña pero completa enfermería.

—¿Es por lo de la iglesia? —le interrogó Gloria de sopetón.

—Parece que andaba por allí —respondió Aguirre—. Quizás viera algo.

—Hum, ha sido el loco ese... El Segador, ¿verdad?

En los medios de comunicación no se hablaba de otra cosa. Cuatro sacerdotes asesinados, cinco con el padre Ambrosio Luján, en los dos últimos meses, siguiendo el mismo modus operandi, había atraído a los carroñeros del morbo. Sin embargo, Aguirre presintió que no era precisamente el morbo lo que suscitaba las preguntas de Gloria.

—No puedo hablar mucho del tema, pero hay indicios que apuntan a que los tiros van por ahí.

La chica no hizo más comentarios y Aguirre notó cómo reprimía un escalofrío.

—Aquí estamos —anunció Gloria, deteniéndose ante una puerta azul celeste—. Creo que estará despierto.

—Pensé que estaba sedado.

—Oh, eso —rio ella—. No diga nada, por favor, pero Baldo, los días que está lúcido, es un pilluelo. Le dan sus pastillitas, como a todos, pero él en cuanto se descuidan, las escupe. Estaba bastante alterado cuando lo trajo su compañero, pero me jugaría la paga a que el *Tranquimacín* de antes ha acabado en el retrete.

Aguirre sonrió con complicidad.

—Descuida, no diré nada —le confió e indicó con la cabeza hacia la entrada de la residencia.

A la chica se le oscureció el gesto.

—No digo que sea mala, —comentó—. Pero a veces actúa de una manera tan soberbia, tan... —dejó la frase inacabada y abrió la puerta del cuarto—. Baldo, tienes visita.

El cuarto cuadrado en el que solo cabía una mesilla al lado de la cama, se hallaba sumido en la penumbra debido a una gruesa cortina marrón que ocultaba la ventana. Dentro olía a desinfectante, lejía y, de fondo, a sudor y al aliento amargo de un fumador. Sobre la cama, el viejo era un bulto inmóvil que apenas agitaba la colcha

que le cubría.

—¿Duerme? Me dijiste que...

La chica le guiñó un ojo.

—Baldo, soy yo, Gloria. *Ella* no está conmigo. Mira, viene un señor a verte. Parece simpático —añadió, mirando a Aguirre de reojo.

El bulto se agitó levemente.

—¿Tiene un cigarrillo? —la voz sorprendió al inspector por lo firme, impropia del anciano que le observaba. Ahora que se había acostumbrado a la escasez de luz, distinguió un rostro marcado por la edad, enjuto y reseco como el cuero de unas alforjas. Los ojos, algo apagados, cabalgaban una generosa nariz aguileña que se abalanzaba sobre los labios hundidos. Baldomero echó a un lado la colcha e incorporó su cuerpo menudo con dificultad. La chica no se movió.

—Es muy orgulloso —le confió en voz baja al inspector—. Quiere hacerlo todo por sí mismo. Bueno, os dejo a los hombres solos —añadió en tono normal—. Y recuerda, Baldo, nada de fumar aquí dentro.

Baldomero asintió con la cabeza.

Aguirre entró en el cuarto con paso vacilante, ahora que estaba allí, no sabía realmente cómo empezar. El tal Baldo parecía totalmente desvalido.

—Venga, siéntese en la cama, señor.

—Gracias, don Baldomero, pero prefiero estar de pie.

El viejo se echó a reír, una risa seca que enseguida interrumpió un violento ataque de tos que alarmó a Aguirre.

—¿Necesita ayuda?

El otro negó con la cabeza.

—Estoy bien, es que no estoy acostumbrado a lo de *don Baldomero*. Me ha hecho gracia. Llámeme Baldo, —le observaba como si le estuviera estudiando. Fuera lo que fuera, pareció llegar a una conclusión de su agrado—. ¿No tendrá un cigarrillo? Tiene pinta de fumador, esto... eh, eh... ¿Cómo quiere que le llame?

—Aguirre —al ver al anciano fruncir el ceño, añadió rápidamente— Javier, bueno, Javi. Si te voy a llamar Baldo, llámame Javi.

—¿Tienes un cigarrillo? —repitió obstinado.

Aguirre vaciló.

—Pensé que no podías fumar aquí dentro.

—No, para después. —Le miraba con ansia el bolsillo de la camisa, sabía que el bulto era un paquete de tabaco.

El inspector sacó el paquete, mostrándolo.

—Hagamos un trato, respóndeme a un par de preguntas y te daré el paquete entero.

Al viejo se le encendió la mirada.

—Y un euro para café —espetó con media sonrisa ladina.

Aguirre sonrió también.

—Cinco euros, Baldo. Te daré cinco euros.

—¡Cinco! Por cinco euros te cuento dónde esconde la *Arpía* su botella, —le confió entre risas.

Aguirre no pudo evitar unirse a las risas de Baldo. Supuso que la *Arpía* debía ser la directora del centro.

—No busco la botella, Baldo —le dijo con una sonrisa—. Solo quiero que me cuentes algo sobre lo que viste en la iglesia. Le comentaste a Peláez, al agente Peláez, que habías visto algo.

—No tenía cigarrillos —soltó con gesto enfurruñado.

—¿Eh?

—El de la libretita negra, no tenía cigarrillos. Mucho apuntar, mucha sonrisita, mucho *usted tranquilo, abuelo*, pero nada de nada.

—¡Ah! Bueno, supongo que no fuma.

—Podía haber comprado un paquete y también un café. *No, no, abuelo, nada de tabaco. ¿Café? Por Dios, no le conviene el café. ¿Qué ha visto? ¿Dónde estaba?...* Me agobió con tanta pregunta, así que decidí no contarle nada y entonces me trajo aquí. No veas cómo se puso ella. *¡Que vaya imagen para la residencia llegar acompañado de la policía!* Que qué iba a pensar la gente. Menos mal que el de la libretita enseguida le dijo que yo no había hecho nada y además, que él no era exactamente un policía.

—*Pertenezco a una Agencia especial. Alto Secreto, señora.*

Otro punto para Peláez, pensó Aguirre divertido ante la imitación que había hecho el anciano. El agente había sido incapaz de rascarse el bolsillo para obtener una información sobre el terreno que probablemente hubiera sido vital para un caso en el que la norma era la escasez de pistas. Y encima se había pavoneado delante de la directora de la residencia. Si había una norma en la Agencia, era la referida a la discreción; pasar inadvertidos era su mejor arma. ¿Qué más daba si la tal Virtudes le había confundido con un policía? Decidió que pasaría un informe sobre Peláez, uno más bien duro.

—¿Recuerdas algo, Baldo? Yo sí te daré cigarrillos y para café —afirmó poniendo un billete de cinco euros sobre la cajetilla de *Camel*.

—La bendijo —musitó débilmente. El inspector notó descorazonado, que de pronto, la mirada del anciano parecía irse apagando. Baldo alargó la mano hacia la cajetilla, pero Aguirre la retiró fuera de su alcance. Ido o no, estaba lo bastante espabilado como para coger el tabaco.

—¿Cómo dices? ¿La bendijo? ¿Y qué quiere decir eso?

—El hombre largo bendijo la iglesia y había una...

Al inspector se le aceleró el pulso, eso era un dato: *El hombre largo*.

—¿Largo? ¿Quieres decir que era alto? ¿Qué más? Venga Baldo, ¿Era alto? ¿Gordo? ¿Flaco? ¿Qué más viste?

El anciano le miró con ojos repentinamente vacíos.

—¿Me da un cigarrillo? ¿Hay para café?

Aguirre no insistió, si el anciano sufría ausencias, estaba presenciando una. Cogió la mano sarmentosa de Baldomero y puso en ella el paquete de *Camel* junto con los cinco euros.

—Guárdalos bien, Baldo.

El anciano no respondió, solo le miraba sin verle. Luego dio media vuelta y se tumbó en la cama con la mirada perdida en el vacío.

Está en el pasado, pensó Aguirre. Como todos cuando nos vienen mal dadas. Y a este me parece que le dieron una mano chungu hace ya tiempo.

De pronto, sin venir a cuento, se acordó de su ex y le sobrevino una oleada de ansiedad. Abandonó la habitación, acelerando el paso hacia la salida. Necesitaba un pitillo y le había dado todo el paquete a Baldomero. Tendría que ir a comprar. En el pasillo se cruzó con Gloria que le saludó, deteniéndose ante él.

—¿Ha ido bien, inspector?

—No ha dicho gran cosa. Al principio parecía muy animado, pero luego...

—Se apagó como una cerilla —completó Gloria la frase—. Ya le dije que le ocurre en ocasiones. Toda esta historia tiene que haber sido demasiado para él.

Aguirre asintió pensativo, luego echó mano de su billetera y sacó una tarjeta.

—Mira, Gloria, podrías ayudarme —comentó, tendiendo la tarjeta—. Estás todo el día con Baldo, quizás recuerde algo cuando recupere la lucidez o haga un comentario que te parezca extraño o que llame tu atención. No sé, cualquier cosa. Sea lo que sea, llámame. Ahí tienes mi móvil. No importa la hora. Nosotros nunca dormimos —añadió.

La chica tomó la tarjeta.

—Descuide, inspector. Si surge algo se lo diré.

—No hace falta que...

—Se lo comente a ella —susurró, anticipándose a él—. Descuide, no tiene por qué enterarse.

No se había equivocado con la chica, era lista.

—Te lo agradezco, andamos bastante perdidos en este caso y cualquier pista podría servirnos para evitar que muriera más gente.

—¿Es eso? ¿Ha muerto el padre Luján? ¡Dios mío! Pensé que quizás... ¡Qué tonta soy! El Segador ese siempre los mata, ¿verdad? Los quema. —La chica se estremeció—. No era mala gente, el pobre hombre, siempre intentando ayudar a todo el mundo. Solía pasarse por aquí para hablar con los residentes y tenía una palabra amable para todos.

—Lo siento —murmuró Aguirre—. Probablemente estuviera muerto para cuando prendieron fuego al confesionario. No creo que sufriese mucho —mintió.

—Haré lo que pueda —dijo ella con firmeza—. Baldo confía en mí, si vio algo, acabará por contármelo. Le llamaré en cuanto sepa algo.

Aguirre se despidió aceptando la mano que ella le ofreció. Tenía los dedos largos

y el tacto fue cálido como el de... apartó el recuerdo antes de que cuajara.

Abandonó el edificio con el propósito de buscar un bar en el que comprar tabaco. Aunque ya no le urgía tanto como antes, curiosamente la compañía de la chica había hecho retroceder la ansiedad que le asaltara al salir del cuarto de Baldo.

Acodado ya en la barra de un bar no muy lejos de El Júbilo Dorado, encendió el primer pitillo del paquete recién abierto y pidió un café. Mientras se lo preparaban, reflexionó sobre lo que le había dicho el anciano: *El hombre largo bendijo la iglesia*. ¿Un desquiciado? ¿Uno de esos que se están vengando por quién sabe qué trauma? Sacudió la cabeza, eso no tenía sentido. La Agencia no se encargaba de casos así. Guardó la información que le había facilitado Baldo en su archivo mental, quizás más adelante encajara con otras piezas.

Aspiró con fuerza el humo mientras removía el humeante café que le acababan de poner delante. Tenían que pararle los pies al maldito Segador, porque hasta que lo hicieran, seguiría matando.

Baldo se encogió sobre si mismo, tenía frío pero no se molestó en cubrirse con las mantas. La gelidez nacía de dentro...

Sangre de viejo

... y no había manera de caldear el cuerpo.

Repasó la conversación que acababa de mantener con el tal Aguirre. *Javi*, susurró para sí, *se llama Javi*. Sentía algo de vergüenza por haber simulado una de sus ausencias ante él. Ciertamente le eran muy útiles cuando las cosas se ponían feas, normalmente con la Arpía, así conseguía que le dejaran tranquilo. No es que las fingiera siempre, había veces en que el reloj se burlaba de él, robándole horas de las que no conservaba recuerdo.

Como si se preparara para la nada, el vacío.

Con *Javi* había sido distinto, no quería que le dejara en paz, al contrario. Puede que hubiera algo oculto en el inspector, algo sombrío, pero no le asustaba como le había ocurrido con el otro, ese que hizo que le temblara el alma.

El Hombre Largo. Oscuro, perverso. Le había aterrorizado. Y la otra, ella consiguió que se le revolvieran las tripas. Pero el Hombre Largo había provocado que además se escondiera como un niño aterrorizado.

Javi al contrario, era alguien a quien deseaba volver a ver y tenía la certeza que, de haberle contado todo lo que había visto, el inspector habría hecho mutis por el foro. Y no era por el tabaco o los cinco euros.

Bueno, quizás un poco por eso también.

Javi le había tratado con respeto, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado. Últimamente, Gloria era la única que le trataba como una persona y no como el resto a gritos o dirigiéndole miradas compasivas mientras meneaban la cabeza. *Otro viejo chocho*, pensaban. *Más valdría que...*

Pero la chica era muy joven, no tenía, ¿cómo decirlo?, mucho calado. No es que no la apreciara, pero intuía que el inspector tendría más que compartir. Volvería a verle, de eso no había duda, querría saber aquello que aún no le había contado.

Apretó contra el pecho el paquete de tabaco envuelto en el billete. Esa tarde no pensaba mendigar por un café o un cigarrillo. Tenía para hartarse. Pero eso sería después de comer, ahora se le cerraban los ojos; estaba cansado. Al poco, dormía profundamente con una leve sonrisa ante la promesa de una tarde especial.

La Iglesia de la Santísima Trinidad

La Muerte del Padre Ambrosio Luján

El ruido le había sobresaltado haciendo que se golpeará la cabeza contra el panel de madera. Ahogó una maldición, se santiguó y se llevó a continuación la mano a la boca. Entremezclado con las babas aturcidas de la somnolencia, advirtió el tono rojizo de la sangre. Se había mordido el labio. Refunfuñó mientras se incorporaba con dificultad. Se había quedado dormido dentro del confesionario y no era la primera vez que le ocurría. Pocos frecuentaban la iglesia, sobre todo entre semana, en que acudían apenas cuatro viejas a la misa de la tarde y para las que luego abría el confesionario. Allí le confiaban historias de soledad y miseria que él atendía procurando que ellas no advirtieran su hastío.

Acostumbraba a cerrar el templo en cuanto lo abandonaba la última de sus feligresas porque ya no había de acudir nadie y, sobre todo, por los gamberros de la zona que ya le habían vaciado algún cepillo que otro. Sin embargo, a veces se quedaba dormido como le había ocurrido en esta ocasión.

Volvió a oír el ruido que le había despertado; una suerte de golpeteo seco acompañado de imprecaciones en voz baja. Salió del confesionario con todo el sigilo que sus sesenta y tantos artríticos años le permitieron. A pesar de la cautela, el estallido de sus articulaciones resonó como un disparo atrayendo la atención del intruso. Distinguió una sombra en el altar apenas alumbrado por unas cuantas velas y, aunque al principio pensó que sería uno de los gamberros del barrio, de esos que le robaban el contenido de los cepillos en cuanto se descuidaba, enseguida advirtió que era una mujer mayor. Probablemente una feligresa, que a falta de algo mejor que hacer, había venido a rezar. Se dirigió hacia ella intentando ver quién era. Debía reconocerla, las asistentes a los oficios le eran todas familiares. La mujer le observaba con la cabeza altiva y los labios prietos. El cura se sorprendió, no la conocía, debía ser nueva en el barrio y probablemente la habría asustado tanto como ella a él. Esbozó una sonrisa con la intención de tranquilizarla.

Una nueva feligresa, hay que cuidarla, no es cuestión de espantar al rebaño, pensó.

Aunque sea uno de cabras renqueantes, añadió con sorna el Cínico, esa parte de él que se empeñaba en que luchar por causas perdidas era cosa de jóvenes, no de curas viejos con las articulaciones oxidadas y la próstata hinchada.

—Hola, hija —saludó con tono alegre, ignorando el último pensamiento sobre las cabras—. Soy el párroco, el padre Ambrosio Luján. Lamento haberte asustado, estaba en el confesionario algo, esto... abstraído así que no te oí entrar y... —su voz se perdió al observar lo que la mujer tenía entre las manos. Ahora comprendía el origen del golpeteo, la mujer había forzado la puerta de la sacristía y llevaba las formas consagradas que el sacerdote había guardado allí tras la última misa.

—¿Qué pasa, curita? Solo he venido a tomar la comunión y al no ver a nadie, me he servido yo misma. —La vieja comenzó a andar hacia la salida—. No creo que te

vayan a hacer falta —comentó con una risita seca mostrándole las formas que llevaba en la mano.

—No puedes hacer eso —balbuceó el padre Luján—. Cometes un sacrilegio, te condenarás por eso.

La vieja rio abiertamente.

—¿Sacrilegio? Esta no es mi casa, cerdo —y escupió sobre el suelo—. Necesito esto para mi chico, le encanta morderlas. A veces, consigue que sangren y todo.

—Si está enfermo, yo podría ayudarle —repuso débilmente el cura, intentando darle racionalidad a lo que estaba ocurriendo. La mujer debía de estar mal de la cabeza, quizás tuviera algún familiar enfermo y pensara que las formas consagradas le ayudarían. El problema era que le inspiraba un pavor cervical y solo quería que se marchara lo antes posible. ¡Qué se apañara ella con su conciencia!

—¿Enfermo? Mi chico se encuentra perfectamente, cura de mierda. Yo le cuido, le doy todo lo que necesita: alimento, una guarida...

Ha dicho guarida, susurró el Cínico. Que se marche, es una servidora del Mal o el Mal en persona...

... y también, —la vieja se interrumpió para hacer un gesto obsceno con las caderas que no precisaba de explicación alguna.

—Fuera de la casa del Señor, hija de Satán —musitó el anciano cura intentando dar firmeza a su voz. Le temblaban las piernas y le asaltaron unas incontenibles ganas de orinar. Sintió cómo se le escapaban unas gotas que humedecieron los amplios calzoncillos que vestía.

No desfallezcas, le ordenó el Cínico. Aguarda a que se marche y cierra las puertas.

—¿Hija de Satán? No, querido, no lo creo, aunque tampoco me importa, —rio con aspereza—. Pero me marchó, sí. Tienes otra visita que atender —añadió haciendo un gesto con la cabeza.

El cura se volvió hacia donde señalaba ella y vio una sombra enmarcada en el umbral del acceso al templo. La vieja le miró, burlona, para luego volverse hacia la puerta.

—Me esperan —susurró a la figura oscura de la entrada.

La sombra se hizo a un lado y la mujer se marchó con rapidez. Luego, volvió a encarar al padre Luján e hizo un gesto curiosamente familiar con la mano derecha. El sacerdote cayó en la cuenta de que parecía estar impartiendo una bendición.

—Hola, padre, —le saludó de súbito con voz profunda—. Vengo en nombre de Él, soy El Segador. Tenemos que hablar.

Huye, huye, aullaba el Cínico.

No tuvo ocasión, le fallaron las fuerzas y la orina corrió cálida por sus piernas. Al poco, sus gritos y los del Cínico fueron uno solo.

—¿Estás segura de eso, Gloria? —preguntó Aguirre, apretando el móvil contra la oreja. La cobertura en la Agencia era pésima.

—Sí, inspector. Dijo que alguien, una mujer, salió de la iglesia antes de los gritos. Dice que ella es la Bruja. Bueno, es más o menos lo que le he entendido. Ayer, durante la comida se peleó con Arsenio, otro de los residentes, que es bastante chinche. Estuvo burlándose de Baldo porque la Arpía le había confiscado un paquete de *Camel*. Parece que fue precisamente Arsenio quien le fue con el cuento de que Baldo tenía tabaco escondido.

—Vaya, me temo que ese paquete se lo di yo.

—Ya lo sé, Baldo me lo ha contado. Estaba contento como un chiquillo, —replicó Gloria—. La verdad es que no entiendo esa manía de prohibirles todo: tabaco, alcohol, café, pelis de miedo... ¡Uf! Los tratan como si fueran críos.

Sí, así tendrán una muerte de lo más saludable, pensó Aguirre con cinismo.

—Bueno, a lo que iba, que me enrolló —continuó Gloria—. Fue entonces, y no me pregunte por qué, cuando empezó a gritar lo de que la Bruja había salido de la iglesia antes de los gritos. Luego le ha tirado un vaso a Arsenio, han tenido que darle cinco puntos en la barbilla, y se ha puesto a gritar que todos iban a morir y que el Hombre Largo bailarían sobre sus tumbas. Me temo que esta vez la Arpía ha hecho que le inyectaran los sedantes.

—Siento oír eso, Gloria. —Lamentaba de verdad que Baldo lo estuviera pasando mal. Aguirre se pasó la mano por la cabeza sintiéndose algo perplejo ante la intensidad de su propia reacción. ¿Qué le podía a él importar un viejo al que acababa de conocer?

—Sigue manteniéndome al corriente. Ya pasaré a ver a Baldo en cuanto pueda.

Oyó la voz de la joven al otro lado de la línea, pero no se dirigía a él...

—¿Ocurre algo?

—No, nada, —replicó ella alegre de repente—. Ha llegado Lorenzo, mi... un amigo —añadió con timidez. Aguirre estaba seguro de que ella se había puesto colorada—. Le diré a Baldo que vendrá a verle, se alegrará, le cayó bien y no solo porque le diera el tabaco. Dice que es un buen hombre, que esas cosas se perciben.

Aguirre se despidió de la joven dándole de nuevo las gracias. Tenía un nudo en la garganta, la ansiedad había vuelto con el recuerdo que el encuentro de la joven con su *amigo* había suscitado. Un recuerdo de su vida pasada con su ex. De encuentros furtivos, besos robados y la calidez de abrazos repletos de pasión. Guardó el móvil en el bolsillo y abandonó la Agencia mientras buscaba con afán un pitillo que encendió con una mano temblorosa. Algo más tranquilo, le dio vueltas a la nueva pieza que le había facilitado Gloria.

La Bruja salió antes de los gritos. El Hombre Largo bailará sobre vuestras tumbas.

Lo último parecía más un desvarío que otra cosa y en cuanto a lo de la Bruja, tampoco tenía demasiado sentido. Dudaba que El Segador contara con una cómplice

y en cuanto a dejar escapar a una testigo, era aún menos probable. Suspiró, tampoco podía dar demasiada credibilidad a los desvaríos de un anciano que estaba al borde de la senilidad. Apuró el pitillo con una calada profunda, ansiosa. Tendría que aguardar al próximo asesinato. Rezó para que hubiera más piezas que le permitieran dejar de dar palos de ciego.

Aguirre recibió otra llamada esa tarde, una que esperaba.

—Soy yo, ¿tenemos algo?

Aguirre le contó lo que habían conseguido:

—Poca cosa, señor, y no sé si nos servirá, pero es más de lo que sacamos en los anteriores casos.

Los cuatro primeros asesinatos habían seguido fielmente el mismo patrón: sacerdote salvajemente torturado, amarrado de pies y manos con cinta aislante dentro del confesionario. Confesionario que posteriormente era rociado con gasolina para prenderle fuego. Y la cita del Apocalipsis escrita con sangre de la víctima en el altar.

Ningún testigo. Muestras y huellas que la policía no era capaz de relacionar con nadie. El Segador era un fantasma que dejaba un rastro de sangre y horror para luego desvanecerse en las sombras.

—La Bruja y el Hombre Largo que bendice. Curiosas pistas, Aguirre, las primeras que tenemos. No desestime ninguna. Ya sabe que nos enfrentamos a peones, marionetas de un maestro de la mentira y el engaño. —Se hizo el silencio al otro lado. Aguirre no hizo comentario alguno, sabía perfectamente desde que entrara en la Agencia con quién se las tenía que ver.

—¿Cómo va el asunto de la policía? —inquirió la voz, cambiando de tema.

—En ocasiones nos cruzamos, aunque no hay problema. Por ahora ni han advertido mi presencia.

—No se confíe, ese tal teniente Castro, el que lleva el caso, parece muy competente y deben de estarle presionando con todo este asunto. Nadie debe interferir en nuestra propia investigación, es un riesgo que no nos podemos permitir. Y hablando de riesgos, esa chica: Gloria, ¿es realmente necesario mantener un contacto con ella? Sabe cuál es nuestra política en lo que a ese tipo de relaciones se refiere.

—La verdad es que gracias a ella he podido obtener toda la información que ha facilitado el testigo. La chica parece lista y con ganas de colaborar.

—Lo dejo en sus manos, inspector, ya sabe lo que hay en juego. ¿Alguna cosa más?

—Pues sí, —dijo Aguirre—. Es en relación al agente Peláez. La interceptación estuvo bien, pero todo lo que vino después... No creo que sea la persona adecuada...

—Estamos al corriente de lo ocurrido y ya se le ha trasladado con carácter definitivo. Mejor para él y para todos. Fue un error de apreciación. Lo lamento. Cuídese inspector.

—Gracias, señor.

El Segador

Hoy he topado con una mujer en la iglesia. No la esperaba. Creí que tendría que silenciarla. Pero está conmigo. Contra mis enemigos. Los enemigos de *Él*. Lo supe cuando me miró; y ella también.

Él me la envía. Sé quién es, compartimos sangre. Ella no me ha reconocido por quien fui, pero sí por lo que soy ahora. No me temía, supo que estaba de su lado. La dejé marchar.

Es bueno no estar solo. *Él* no siempre me habla y a veces, tengo que esforzarme para no caer en vicios antiguos. No es un camino fácil el que he tomado. Hay sacrificio y dolor. Es bueno saber que ella está ahí fuera.

VECINOS

La Bruja

Introdujo la llave con cuidado sujetando el resto del manajo para que no hicieran ruido al entrechocar. Mientras la giraba con suavidad, se atrevió a esbozar una leve sonrisa, parecía que iba a conseguirlo. Entornó la puerta, retuvo la respiración, se asomó a la oscuridad del interior y se dispuso a accionar el interruptor. Unos segundos más y estaría a salvo. Justo en ese instante oyó la puerta abriéndose detrás de él y a continuación una respiración asmática unida al olor, la peste que le envolvió como un sudario.

—Buenas, vecino. Hoy llega pronto del trabajo.

Dio la vuelta encarándola con una sonrisa forzada que no le llegaba a los ojos.

—Buenos días, doña Prudencia —respondió ajustándose las gafas.

Doña Coñazo te iría mejor.

—Ya ve, el jefe que estaba de buen humor y nos ha soltado antes. Je, je.

Se quedó mirándola como un niño pillado en falta, las llaves seguían colgando de la cerradura y oscilaban tintineando en el espeso silencio que abrazó a los dos. Él, cabizbajo, intentado hallar una excusa para meterse en casa, ella con una sonrisa que dejaba dientes sucios y erosionados al descubierto.

—Hace un frío de muerte —comentó él para arrepentirse enseguida. *No le des conversación, imbécil. Métete en casa, se dijo. Invéntate una excusa.* Ella no le dio ocasión.

—¿Recuerda lo que me prometió, vecino? Ya que llega pronto... —dejó la frase en el aire observándole con un gesto ansioso.

—Eh, no. Bueno, sí, pero no voy a poder, no sabe cuánto lo siento. Tengo que hacer...

La colada. Desatascar el váter. Tocarme los cojones.

El rostro de ella se frunció por completo acusando hasta lo indecible su arrugada expresión. Chasqueó la lengua con desaprobación.

—Ve-ci-no —silabeó lentamente—. Ve-ci-no.

No tuvo más remedio que alzar la mirada. Los enrojecidos ojos de la vieja le taladraron.

—Me lo prometió. El chico está esperando.

Se maldijo para sus adentros. Hacía meses que la vieja le atosigaba para que pasara un día a casa, a jugar con su chico. Al principio lo había tomado a broma, pero la insistencia de la mujer hizo obvio que ella lo tomaba muy en serio.

Una mañana se había cruzado con ella por primera vez en el rellano y aunque él había intentado escabullirse con unos apresurados *buenos días*, ella había aprovechado para presentarse. Acababa de instalarse, le contó, y ya que iban a ser vecinos, qué menos que llevarse bien.

Naturalmente, había respondido él, pensando que ya le podía haber tocado alguien más joven, una vecinita con las que llenar sus fantasías nocturnas. Entre otras

cosas que él no recordaba, tampoco le había prestado demasiada atención a la verborrea de la vieja, ella le había explicado que tenía un niño, el hijo de un pariente lejano que falleció.

—Lo tengo a mi cuidado. Y la pobre criatura padece una rara alergia que le impide salir a jugar con los demás niños. Siempre está solo y yo ya no tengo ni edad ni ganas para jugar con él.

Él le había ofrecido su expresión más solidaria, aunque por dentro sintiera un escalofrío al pensar en qué consistiría esa rara alergia. Luego añadió, tal como le habían enseñado desde pequeño, que si alguna vez le necesitaba para algo... De niño, aprendió que las formas, los modales, eran importantes. Le enseñaron bien. A veces dolía recordar esas lecciones. A veces se embrutecía para no recordarlas.

—Lamentablemente, no tengo hijos —concluyó—, soy soltero.

Me gustaría hacer algo, doña Coñazo, pasar de ti, por ejemplo, pensó entonces, acompañado de una gran sonrisa de todos tenemos nuestros problemas, abuela así que déjame tranquilo y apáñate con tus miserias como hago yo con las mías.

Sin embargo, a ella se le había iluminado la cara.

—Pero usted es joven, podría usted pasar un día a jugar con él. Le encantará. No tema por su enfermedad, es una alergia, nada contagioso, se lo aseguro. No recibimos visitas, acabamos de llegar y no conocemos a nadie, —explicó ella con un tono tan compungido que él no tuvo más remedio que aceptar, aunque con vaguedad en cuanto a cuándo haría efectiva su promesa.

Entonces fue cuando ella comenzó a atosigarle, parecía esperarle cuando llegaba de la calle y raro era el día en el que apenas había introducido la llave en la cerradura y no oía el inconfundible *buenas, vecino*, acompañado del hedor que salía de la casa: olor a viejo, decrepitud, cosas podridas y algo más profundo que le provocaba desasosiego.

—Vamos, vecino. Solo será un rato. El chiquillo lleva tanto tiempo esperando, le dije que vendría a jugar con él y le hace mucha ilusión, —la mujer se retorció las manos, ansiosa—. Ya sabe como son los críos...

No, no sé cómo son los críos y la verdad es que me importa un huevo. ¡Dita sea mi suerte!

La tenía que haber mandado a pastar desde el principio. Pero claro, nunca había que perder los modales y él se lo había prometido.

—De acuerdo —accedió, falto de excusas—. No tengo mucho tiempo, pero si tanta ilusión le hace...

Venga, jugaré un rato con el puñetero crío y luego si te he visto no me acuerdo.

—¿A qué le apetece jugar? Tengo un ajedrez por ahí y un parchís. —Se detuvo indeciso—. ¿Qué edad tiene? No soy muy bueno para estas cosas...

¡Aprendiz de todo, maestro de nada! El recuerdo le golpeó con fuerza. *¡Un inútil bueno para nada!*

Ella le cogió con una mano seca, de uñas negras y resquebrajadas.

—No se preocupe por eso, vecino. A él le encanta jugar al escondite... Está duro —observó con disgusto mientras le apretaba el brazo.

—Voy al gimnasio, —respondió, sorprendido ante el comentario.

La vieja farfulló por lo bajo algo ininteligible y tiró de él. El hombre se dejó arrastrar al interior de la vivienda. Allí siguieron un corredor que serpenteaba adentrándose en la oscuridad. Le pidió que encendiera la luz.

—Oh, no puedo hacer eso, vecino. La alergia, ya sabe. Entre otras cosas, no soporta la luz.

—Como en «*Los Otros*».

—¿Eh?

—Una película, «*Los Otros*», ya sabe, los niños y su madre que estaban... Nada, déjelo —dijo ante el silencio perplejo de la otra.

—Oiga, no sabía que su piso fuera tan grande —comentó al ver las vueltas y revueltas que daba el pasillo. Pasaron por varias puertas, todas cerradas y sin detenerse en ninguna.

—Sí, esto, lo reformé... por el chico —respondió la vieja con gesto vago.

La observó, tenía la mandíbula tensa y le apretaba el brazo hasta el punto de clavarle las uñas. Iba a pedirle que hiciera el favor de soltarle, cuando llegaron a un distribuidor. Una vela que lanzaba sombras alargadas y vacilantes era la única luz de la estancia. El hedor había aumentado hasta el punto de obligarle a llevarse la mano a la boca.

—¿Tiene aquí al crío? Por el amor de Dios, el olor... —Se interrumpió, ella le había soltado y se escurría por el pasillo por el que habían llegado, no sin antes apagar la vela.

—Pero ¿qué hace?

—No se preocupe —le respondió. Su voz le llegaba de lejos—. Él ya sabe que está aquí. Enseguida saldrá a conocerle. Procure esconderse bien, que le cueste encontrarle, así será más divertido.

La vieja corría por el pasillo frotándose las manos. Le prepararía un vaso de leche y quizás algunas de las hostias que había robado de la iglesia. Serían el postre ideal.

Los primeros gritos la alcanzaron cuando llegaba al vestíbulo. Cesaron pronto y dieron paso a los crujidos. Ella esperaba que hubiera sido de su agrado. Estaba algo duro el muy cretino. ¡Tanto gimnasio!

—¡Para lo que le ha servido! —exclamó con una risotada seca.

Al cabo de un tiempo, la casa quedó de nuevo en silencio y oyó que él la llamaba. Tomó la bandeja con una sonrisa en la boca, su chico parecía contento.

—Buenas tardes. Son los nuevos vecinos, ¿verdad?

La familia se giró sorprendida por la repentina voz. Prudencia se presentó a los nuevos ocupantes del piso y, como buena vecina, se ofreció para lo que hiciera falta. Les comentó lo mucho que se alegraba de que se instalaran en su mismo rellano. Que se sentía sola desde que el joven de la puerta de enfrente a la suya se había marchado.

—Ni siquiera se despidió. ¡Qué juventud!

Los recién llegados asintieron comprensivos y le dijeron a Prudencia que estaban encantados de que fueran a ser vecinos. Luego la anciana paseó su mano por la cabeza del hijo, un muchacho de unos doce años de edad.

—Tienes que conocer a mi chico —dijo sonriente—. Es el hijo de unos parientes, quedó huérfano y soy su única familia. Le encantaría jugar contigo, ¿sabes?

El niño miró a sus padres, le gustaba la idea. Eran nuevos en el barrio y no conocía a nadie. El padre contestó que eso estaría muy bien, que por qué no se presentaban ya:

—Ya sabe, doña Prudencia: los críos no tienen problemas para hacer amistad.

La vieja negó con la cabeza.

—Me temo que hoy se encuentra un poco indispuerto. Algo que comió no le ha sentado muy bien.

La madre asintió comprensiva.

—Sí, comen cualquier porquería.

—Cierto, —asintió la vieja—. Sin embargo, le he prometido que ahora me ocuparé de que coma mejor. —Volvió a acariciar al hijo con ternura—. Mucho mejor, ya lo creo.

El Inspector

—Soy yo, inspector. ¿Hay algo sobre la desaparición de ese crío? ¿Cómo se llama? ¿Luis?

—Sí, se llama Luis. El asunto huele mal, pero todavía hay muchas más sombras que luces en todo esto. No sé si tiene relación con nuestro caso. Ya hubo algo raro con lo ocurrido al anterior inquilino del piso. Desapareció de pronto dejando muebles, ropa e incluso una buena cantidad de dinero en efectivo. La policía no le dedicó demasiada atención y me temo que nosotros tampoco, pero después de esto...

—Aguirre exhaló una bocanada de humo mientras daba saltitos para combatir el intenso frío. Estaba al lado del muro gris que había cerca del Agencia—. Es posible que tenga algo que ver.

Hubo un silencio al otro lado, luego un suspiro apenas audible.

—Tengo entendido que hoy ha hablado con los padres del niño. ¿Cómo fue el encuentro?

—Estaban como locos, señor. El crío era hijo único y tengo la sensación de que vivían a través de él. No sé si sabe lo que quiero decir.

—Lo sé muy bien, inspector. Siga.

La visita se torció desde el principio. La policía acababa de ver a la familia y a nadie se le había ocurrido comentárselo a Aguirre. Además, el padre, Gerardo Alarcón, era abogado criminalista curtido en mil batallas así que conocía bastante bien el funcionamiento de las fuerzas de seguridad. Le sorprendió mucho la presencia de Aguirre y que este declarase ser inspector de un cuerpo especializado en casos de extrema dificultad, le hizo entrar en sospechas.

—¿Cómo es que la policía no nos ha comentado nada? ¿Qué es eso de *casos de extrema dificultad*? Mi hijo se habrá perdido o quizás haya sufrido un accidente. Eso es lo que ha dicho la policía. —El tono iba elevándose a la par que la agresividad—. Voy a llamar ahora mismo al... —sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa, tarjeta que le acababan de dar—, ...al teniente Castro, a ver qué tiene él que decir sobre todo esto.

Aguirre decidió atacar por el lado de la mujer que había estado sollozando sin intervenir para nada.

—Solo queremos ayudarles. Si llaman a la policía, nos veremos obligados a retirarnos —explicó con voz suave. Miraba al marido, aunque la destinataria real de sus palabras era la madre del niño desaparecido—. No es nada ilegal. Simplemente somos una agencia con autonomía para investigar casos que por sus características nos parezcan... Bueno, creo que ya lo he dicho antes: de extrema dificultad debido sobre todo, a la intervención de ciertos factores.

—¿Factores? ¿Agencia? —desde luego, el abogado no se iba a tragar esa historia, era un hueso duro de roer, pero la mujer sí. Aguirre lo notó en cuanto acabó de hablar. ¡Bendita intuición femenina! A fin de cuentas, la mayor parte de lo que había dicho

era verdad. Igual que era cierto que el caso de su hijo era extremadamente delicado, aunque dudaba que el niño estuviera vivo. Claro que eso no se lo podía decir a los padres. Ya lo sabrían. Lo notarían, si es que no habían empezado a percibirlo ya.

—Déjale hablar.

—Pero esto es absurdo, este individuo...

—¡Déjale hablar!

Gerardo Alarcón, probablemente más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas, cerró la boca a regañadientes. Aguirre aprovechó el momento.

—¿Qué han sentido con respecto a la desaparición de su hijo?

—¿Qué clase de pregunta es...? —una mirada furiosa de su mujer y el abogado volvió a cerrar la boca de golpe. Ya no la abriría hasta que Aguirre estuviera a punto de abandonar la casa.

—Miedo. No, miedo no. Pánico, un terror inexplicable. Recuerdo que una vez, cuando Luis era más pequeño, se perdió en un centro comercial. Tardamos horas en encontrarle y todavía recuerdo la angustia que pasamos. Sin embargo, era distinto. Ahora me duele tan adentro que... —la mujer agitó la cabeza intentando contener las lágrimas.

—¿Asocia ese sentimiento a alguien o quizás a algún lugar? —Planteó la pregunta con cierto temor, quizás estuviera confiando demasiado en el instinto de la mujer.

Ella titubeó, miró a su marido. Este encogió los hombros, *qué más da*, decía el gesto. *Cuéntalo todo*. Debían haberlo hablado ya, él se habría resistido a aceptar las sospechas de ella. En su mundo las cosas encajaban siempre, para bien o para mal. Pero ella era distinta. Era madre y la lógica no siempre se imponía a las sensaciones. Él terminaría por compartir esas sensaciones. Entonces sabrían que habían perdido a su hijo.

—La vecina, doña Prudencia, —explicó la madre de Luis—. No me gustaba, ni ella ni su piso. Me causaba un malestar profundo, y a Luis también. Al principio no, incluso hablamos de que jugara con un chico que tiene a su cargo, hijo de un pariente lejano fallecido o algo así. Pero mi hijo poco a poco le fue cogiendo miedo, nunca supimos porqué, y desde luego se negó a entrar en el piso de esa mujer.

—¿Llegó usted a entrar, señora?

—No, y eso que cuando Luis no quiso aceptar su invitación para jugar, me dijo que por qué no íbamos los dos. No quise. No sabría decirle el motivo, ya sé que parecerá una estupidez, pero antes me habría dejado arrancar las uñas que entrar en ese piso.

—¿Comentaron sus sospechas con la policía? ¿Llegaron ellos a hablar con su vecina?

La mujer negó con la cabeza. —A ellos no les dijimos lo que le acabo de contar, hubiera sonado... —lanzó una mirada furtiva a su marido—. No nos hubieran tomado en serio. Pero como quisieron hablar con todos los vecinos, también llamaron a su

puerta. No había nadie, el timbre no funcionaba, así que golpearon la puerta y resultó que estaba abierta. Dentro no había nadie, ni nadie ni nada: todo vacío, ni muebles, ni cortinas, ...solo polvo. Parecía que no hubieran vivido en ese piso desde hacía meses. —La mujer ahogó un sollozo. La realidad iba abriéndose paso en su mente—. Cuando hablaron con otros vecinos de la finca, nadie recordaba a la vieja. ¿Cómo es posible? Nosotros la vimos. No estamos locos —añadió con tono desafiante.

—No creo que lo estén, señora. Supongo que la policía investigará el asunto. También lo haremos nosotros. Si está relacionada con el caso, lo averiguaremos, —dijo mirando al suelo. Era un clavo ardiendo, pero ellos se aferrarían a él.

—¿Llegaron a ver al niño de su vecina?

—No, decía que tenía una enfermedad. Una especie de alergia y no podía salir a la calle. —La mujer hizo una pausa para volver a mirar al marido. Este contemplaba al techo con los brazos cruzados. El gesto desafiante había desaparecido. La cólera ya no le servía de refugio. Ella decidió continuar.

—Creemos que no existe, el chico me refiero. Que se lo inventó para atraer a Luis —su voz se quebró—. No tenemos pruebas, inspector. No sabemos ni siquiera quién era, pero se oyen tantas cosas —los sollozos sustituyeron a sus lamentos.

Aguirre decidió que ya tenía lo que quería, así que se levantó para marcharse. Además, no podía soportar el dolor de los padres, le hacía temblar.

—Gracias, han sido muy amables. Si averiguamos algo, nos pondremos en contacto con ustedes.

—Lo encontrarán, ¿verdad? —suplicó la madre—. Lo traerán a casa para que esté con nosotros.

Aguirre asintió sin atreverse a hablar por temor a que la voz le traicionase. No solo no volverían a ver a su hijo con vida, sino que dudaba mucho que llegaran a encontrar su cadáver. Ya abría la puerta, cuando la voz del abogado le detuvo.

—No nos ha pedido una descripción de esa mujer, inspector. —El tono era sarcástico con un deje desesperado de fondo—. Era una bruja, una auténtica bruja —añadió ante el silencio tenso de Aguirre.

El inspector cerró la puerta al dolor y se marchó usando las escaleras en lugar del ascensor. Necesitaba un pitillo y no pensaba esperar a llegar a la calle.

—¿Cree entonces que hay alguna relación con El Segador?, —preguntó el otro cuando Aguirre terminó de contarle el resultado de su visita a los padres de Luis.

—No lo sé, señor. Es una pieza más, pero no tengo la certeza de que tenga que ver con el conjunto o no... —vaciló unos instantes—. Aunque si quiere mi impresión personal, me parece demasiada casualidad que esto ocurra justo cuando El Segador acaba de matar aquí mismo.

—Estoy de acuerdo con usted, inspector. Probablemente nada de esto sea casual. Siga esa pista, quizás nos lleve a algo más concreto.

—De acuerdo, señor, aunque me temo que hasta que haga su próximo movimiento, poco podré hacer.

—Descuide, actuará de nuevo. Cuídese, Aguirre.

—Lo haré, señor.

—Aún me quedan un par de euros, Javi. Déjame que pague yo esta ronda. Ya pagarás tú las que vengan después.

—Que como mucho será una más, no creo que te convenga tomar tanto café. Baldo rio por lo bajo.

—Ni tabaco, ni picante, ni embutido, ni alcohol, ni sexo... Al final como el del chiste: no viviré más, pero se me hará muuuucho más largo.

Aguirre se unió a las risas del anciano mientras se dirigían hacia una mesa con los cafés.

—Vamos ahí a la del rincón —dijo Baldo—. Estaremos más recogidos. ¡Qué frío hace hoy! —se quejó, sentándose con un suspiro—. Eso sí que no me conviene, este frío que cala hasta el alma.

Aguirre asintió mientras envolvía su taza con las manos. Sí que hacía frío, un helor excesivo y se preguntó si tendría más que ver con el mal que parecía haberse instalado en Los Llanos que con la llegada prematura del invierno.

—¿No tendrás un cigarrillo? Me quitaron el *Camel* que me diste el otro día. El cabrón de Arsenio se chivó a la Arpía.

—Toma, —dijo Aguirre poniendo un paquete sin abrir sobre la mesa—. Quédatelo y procura que este no te lo vean.

Al anciano se le iluminó el rostro.

—Gracias, Javi, eres un amigo. Este no me lo pillan, ya lo verás. ¡Cómo odio ese sitio! ¡El Júbilo Dorado! Suena a una guarrería de esas que salen en los periódicos —masculló tras encenderse un pitillo—. Ya sabes... —añadió con un brillo pícaro en los ojos—. En las páginas de contactos.

—¿Cómo fuiste a parar a la residencia? —preguntó Aguirre tras reír la ocurrencia de Baldo.

Este expulsó una bocanada de humo acompañada de una tos cavernosa. Alzó una mano ante el rostro alarmado del inspector.

—Tranquilo, solo estoy aclarándome la garganta —dijo con una sonrisa—. ¿De verdad quieres saber qué hace un viejo tonto y decrepito como yo en una residencia? Pues lo que todos los viejos solitarios y decrepitos que van a parar a un sitio así: esperar la muerte. —Soltó una carcajada seca, desprovista de humor. Luego, su rostro adquirió seriedad—. Me quedé solo hace cosa de un año. Mi hijo José Luis... —su expresión se ensombreció—. Me lo arrebataron. Le... —Negó lentamente con la cabeza—. Prefiero no hablar de eso, Javi, no puedo, —enterró el rostro en las manos—. Amparo, mi mujer, no tardó mucho en seguirle. No pudo soportar la pérdida de José Luis. Y yo, supongo que perdí un poco la cabeza. Lo raro fue que no me pegara un tiro, —caló con fuerza el cigarrillo—. El doctor Galán, nuestro médico de toda la vida, me recomendó que viniera aquí, que estaría bien cuidado y que con mi pensión me lo podía permitir. —Encogió los hombros—. No es que esté mal el sitio, mejor que otros por lo que he oído, pero echo de menos muchas cosas... A ellos, los echo de menos a ellos. —Tomó la taza de café y se la llevó a los labios con rapidez. Una

lágrima furtiva se deslizó por la erosionada mejilla hasta caer sobre la mesa.

—Lo siento, Baldo. A veces la vida es una puta —dijo Aguirre reprimiendo sus propios recuerdos y añoranzas.

El anciano negó con la cabeza.

—Yo era feliz, Javi, de veras que lo era. Tenía una buena vida hasta lo de José Luis —apretó los dientes parpadeando con fuerza, aguantando las lágrimas—. ¿Qué hay del crío ese que ha desaparecido?

A Aguirre el cambio de conversación le cogió por sorpresa; el cambio de conversación y la pregunta de su acompañante.

—¿El crío? No sé...

—Venga, Javi, si no puedes hablar del tema, lo entiendo, pero las noticias corren y más en un barrio como este. Estoy convencido de que tiene relación con el Hombre Largo. Aquí nunca pasa nada y de pronto un asesinato, un crío que desaparece...

—No estamos seguros, Baldo. Probablemente tengas razón y exista una relación, pero andamos un poco perdidos.

Baldo asintió, aplastando la colilla del cigarrillo en el cenicero. No tardó en encender otro.

—Parece que esté aquí para quedarse —comentó entre una nube de humo.

Aguirre enarcó las cejas por toda respuesta.

—Hasta ahora iba de un sitio para otro, como si buscara algo. Ahora parece que lo haya encontrado aquí.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Sabes algo, Baldo? Espero que no estés ocultando información —repuso con gravedad Aguirre. Percibía la soledad del otro, su necesidad de compañía, pero una cosa era pagarle unos cafés y darle conversación, y otra que jugara con él.

—No, no —negó con vehemencia—. Quizás me callara algo el primer día que viniste a visitarme, pero creo que Gloria te contó todo lo que había cuando perdí la cabeza esa tarde. —Fijó una mirada honesta en el inspector—. No sé nada más, Javi, es simplemente una sensación.

Aguirre acabó por creerle, le dio un apretón en el brazo y pidió otros dos cafés a Gregorio.

—El último, Baldo o esta noche te mearás en la cama.

—¡Eh! Que eso aún lo controlo —comentó con una sonrisa cansada. Luego la sonrisa se deshizo y le miró a los ojos—: Javi, eres un buen tipo y parece que sabes lo que te haces, pero ten cuidado. Mucho cuidado.

El Segador

Ella ha actuado. Atrae la atención de los otros. *Él* me lo ha dicho. No la atraparán, es lista. Muy pronto volverá a actuar, iré a verla cuando lo haga. Luego vendrá conmigo, no puede volver a su hogar.

En esta ocasión correrá la sangre y acudirán los otros a su reclamo.

El plan de *Él* está en marcha.

DESPIECE

La Bruja

—Hola, mamá. Ya estoy aquí y... ¡Uf! ¿Cómo hay tanta sangre...? —Lorenzo se interrumpió mirando a su madre para luego agachar la cabeza. Durante unos interminables segundos estuvo contemplando el río sanguinolento que culebreaba por el suelo, hasta que un carraspeo procedente del mostrador le llevó a desplazar sus ciento veinte kilos, con inusitada agilidad, desde la trastienda a la parte delantera de la carnicería.

—Buenos días —soltó antes de fijarse en quién había entrado, con la visión de lo que dejaba atrás aún en la retina—. ¿Qué ponemos hoy, guapa...?

El rostro seco y erosionado, enmarcaba una mueca de desprecio en la que dos canicas negras le fulminaron.

—Doña —corrigió Lorenzo, azorado—. Doña Prudencia. —Luego sonrió nervioso—. No la había reconocido. Se ha hecho el pelo, ¿verdad? —Comprendió su error nada más pronunciar la frase. Prudencia era una solterona cotilla metomentodo de edad indefinida, aunque vieja eso sí, que odiaba a la vida en general y con especial inquina, por motivos que se le escapaban, a Lorenzo. Sus inocentes galanterías que tan buen resultado le daban con el resto de la clientela, solo servían para avivar el fuego del recelo de Prudencia. Le habría encantado perderla de vista, echarla de la carnicería y decirle que no volviera más. Recreaba esa escena en su imaginación: él con la voz firme y un gesto duro en el rostro y ella escabulléndose como una cucaracha ante su enfado.

Lamentablemente, doña Prudencia era amiga de su madre.

Aún recordaba la primera vez que entró en la carnicería: un sábado malhadado con el establecimiento repleto de clientes. La vio muy tiesa, mirando a su alrededor con los labios prietos, para luego sentarse en una de las sillas que había dispuestas para las personas más mayores mientras esperaban su turno. Ni dio los buenos días, ni pidió la vez. Simplemente se quedó allí sentada, observándolo todo con esos ojillos negros de armiño.

La vieja entornó los ojos mirando hacia la trastienda.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, con el peculiar tono exigente que tanto irritaba a Lorenzo.

—¿Eh? ¿El qué?

—¿Estás sordo, jovencito? ¿O crees que lo estoy yo?

¡Pam! ¡Pam!

—ESE RUIDO, —Prudencia juntó los labios formando una línea recta—. No dirás que no lo has oído ahora ¿O también tienes grasa en los oídos?

Lorenzo apretó el mango del gran cuchillo carnicero que tenía sobre el mostrador.

¡Qué coño te importa!, pensaba. ¿Por qué no te largas, vieja asquerosa de mierda?

Sonrió tan tenso que fue más una mueca dolorosa.

—Es mi madre, doña Prudencia. Anda con sus cosas por ahí dentro.

Quando se marchó el último cliente y ya era hora de cerrar, la mujer seguía ahí sentada, mirándole fijamente, con los labios bien prietos hasta perder el color en un gesto inquietante que el carnicero llegaría a conocer bien. Lorenzo tuvo la sensación de que le desnudaba con la mirada, no de manera lujuriosa, sino en un intento de escarbar hasta el interior de su alma.

—¿Qué le pongo? —le preguntó al fin, entre fastidiado y, a su pesar, amedrentado por el extraño comportamiento de la mujer.

Algo brilló en la mirada de ella.

—Estás gordo y soy doña Prudencia Villegas —le espetó con lento desdén—. Tú me llamarás doña Prudencia. Y estás gordo —repitió—, como un cerdo.

Fue como si le abofetearan. Ya sabía que estaba gordo, pero que se lo arrojaran a la cara como si fuera un trapo húmedo y maloliente desató su ira. Fue un arrebató de cólera que sintió trepar desde el foso de su gran estómago hasta el pecho y desde allí, clavando sus largas uñas en la garganta, le cortó la respiración obligándole a boquear igual que un pez fuera del agua.

—¿Qué pasa, hijo? ¿No ves que es hora de cerrar? ¿Es que tengo yo que hacerlo todo?

La entrada de su madre hizo que la ira retrocediera a su cubil dando paso al desconcierto y el omnipresente parásito de la culpa. Se giró para encarar a la robusta Filomena, siempre demasiado maquillada, demasiado teñida, demasiado presente. Sin embargo, en esa ocasión se alegró de verla. Ella pondría en su sitio a esa vieja deslenguada. Tomó aire para darle firmeza a su voz, su madre no soportaba sus balbuceos, cuando la vieja le interrumpió.

—Doña Prudencia Villegas, señora. Encantada de conocerla. Sabía que él —señaló con la barbilla, desdeñosa—, no podía estar al frente de esto.

Filomena pasó del desconcierto a una incipiente sonrisa para horror de Lorenzo.

—Tengo la certeza de que es una mujer de carácter, —prosiguió Prudencia, lisonjera—. Algo muy poco habitual hoy en día.

Lorenzo casi derramó la baba desde la boca abierta en una mueca de asombro. ¡Su madre sonreía abiertamente!

A partir de ese nefasto día, Prudencia y su madre, Filomena, se hicieron íntimas, tan íntimas que la madre de Lorenzo decidió que su nueva amiga podía compartir su principal objetivo en esta vida: amargarle la existencia a Lorenzo.

Pasaban los días al final del mostrador cuchicheando, aunque las frases escapaban como cuervos negros hasta alcanzar los oídos de Lorenzo, hiriéndole:

—Gordo sin remedio. Ya desde niño demostró bien poco. Está en el mundo porque tiene que haber de todo.

—¡Y lo que apesta!

—Su padre era otro inútil. No sabía ni manejar el cuchillo. De todo me encargaba yo.

—¡Qué carga, Filo!

—Todo porque mi padre tuvo el empeño de casarme. Eran otros tiempos, había que callar o...

Prudencia asentía, comprensiva, aunque los ojos clavados en Filomena brillaban como los de una serpiente siguiendo a su presa.

—Me dejé preñar con veintidós años. El mismo día que perdí la virginidad perdí mi vida. Fue mi gran error. Papá no quiso ni oír hablar de abortar —se interrumpió llevándose inconscientemente la mano al rostro. El recuerdo de la bofetada todavía dolía—. Me obligó a casarme con ese bueno para nada de mi difunto. No sé qué me ocurrió, qué pude ver en él para pegarme ese revolcón. —Agitó la cabeza para alejar el mal recuerdo—. Los años que he perdido dedicada primero a Papá, luego al inútil de Jesús, mi difunto, y ahora a ese, —indicó con un gesto despectivo a Lorenzo, que atendía tras el mostrador. Hablaba en voz baja, para que él no la oyera.

—Eres joven, Filo —había comentado Prudencia con voz adulatora—. Tienes toda la vida por delante.

—¿Con él? —siseó, con rabia, Filomena—. Este apenas sirve para atender. ¡A saber lo que yo podría haber hecho en la vida sin esta carga!

Prudencia posó la mano sobre el grueso brazo de la carnicera.

—Quizás no sea tarde —dijo—. Todos tenemos una oportunidad.

—Ojalá tuviera tu entereza, Pruden.

—Tendrás tu momento. Serás alguien, ya lo verás —afirmó Prudencia—. Hablarán de ti, alguien como tú no puede pasar por la vida de puntillas.

Filomena meneó la cabeza.

—No sé yo, a estas alturas...

No comentaron más y mientras Filomena observaba a Lorenzo con una mueca de desprecio, Prudencia la miraba a ella con gesto calculador. Calculador y satisfecho.

—Llámala.

—¿Eh?

—¿No me has oído? Que la llames, he de hablar con tu madre.

La vieja estaba claramente alterada, no paraba de moverse de un lado para otro y de retorcerse las manos. Algo le ocurría, algo malo observó Lorenzo con satisfacción.

—No creo que pueda atenderla ahora, doña Prudencia. Anda muy ocupada.

La vieja dirigió una mirada furiosa, inclinándose a continuación sobre el mostrador.

—¡Filo! ¡Salga querida, quería pedirle consejo!

Lorenzo sintió el sudor deslizarse por los grandes pliegues carnosos que se amontonaban alrededor de su cintura.

Prudencia jamás le compró nada, ni ese primer día ni ninguno de los sucesivos. Sin embargo, cuando quería algo, lo que era bastante frecuente, siempre decía lo mismo: —Filo, querida, quería pedirle consejo, —e invariablemente un paquete de género acababa en el amplio bolso negro que llevaba siempre colgado del brazo

sarmentoso. Y no se llevaba cualquier cosa, no, siempre grandes piezas sangrientas de ternera o cerdo. La vieja ponía especial énfasis en que el género fuera fresco.

—Son para mi chico, querida. No es que le guste demasiado la carne de... bueno, hay cosas que le gustan más —risita malévola y clavada en Lorenzo—. De todos modos, querida, esta es magnífica. Dime qué te debo.

Y nunca le debía nada, su madre que no le fiaba ni a Dios, palabras que recitaba en cuanto sospechaba que alguien entraba con esa intención, jamás le cobró un céntimo a Prudencia.

La irritación descompuso el semblante de la vieja.

—¡Filo! ¡Querida! —llamó con urgencia y comenzó a agacharse para pasar por debajo del mostrador—. Maldito maricón —masculló por lo bajo, aunque no lo bastante para que Lorenzo no la oyera. Estaba enfadada, su chico tenía hambre, mucha hambre. No pensaba permitir que el gordo la detuviera con sus estupideces.

Lorenzo se enamoró recién cumplidos los veintitrés años. Nueve años después de que su padre muriera tal y como había vivido: de golpe, en silencio y acompañado de los reproches de su mujer. Lorenzo pasó directamente del pupitre al mostrador, lo cual no fue ningún trauma, al menos dejaba atrás burlas y soledad. Y la vida siguió desmadejando días. Solo que ahora, Filomena lanzaba sus reproches a Lorenzo y este en lugar del tabaco, vicio que alumbró el cáncer que mató a su padre, dedicaba todo su tiempo libre a la comida.

Gloria, la hija de Manuela la quiosquera y huérfana, como Lorenzo, de padre, trabajaba de auxiliar de enfermería en la residencia de ancianos del barrio: El Júbilo Dorado. Era una muchacha de veintidós años con cuerpo de ninfa, melena negra ensortijada, de buen corazón y que no parecía hacerle ascos a los tímidos avances del joven carnicero. El problema fue que a él no se le ocurrió ser más prudente y su madre no tardó en darse cuenta de lo que ocurría: demasiadas visitas a la chica para salir juntos y tartamudeos acompañados de tonos bermejos en las mejillas de su hijo en cuanto alguien pronunciaba el nombre de Gloria. ¡Hasta comía menos y se peinaba varias veces al día! Filomena no estaba dispuesta a prescindir de su hijo y menos a manos de una pelandusca como la «niñata esa», tal y como se la definió a su amiga del alma, Pruden.

Así, una tarde de la semana anterior, Gloria acudió a la carnicería y esperaba a que Lorenzo acabara de recoger. Él tenía la persiana ya medio bajada y se apresuraba de aquí para allá ansioso por terminar y dar un paseo. Que Prudencia estuviera acodada en su lugar de siempre le ponía un poco nervioso, por lo que terminó enseguida y cuando ya se quitaba el delantal, su madre salió hecha un basilisco de la trastienda. Lorenzo no supo la que se le venía encima, aunque algo intuyó al vislumbrar la sádica sonrisilla de satisfacción de la vieja.

—¡¡TÚ!! —chilló Filomena señalándole con un dedo acusador—. ¡Vas a matarme de un disgusto! ¡Dios mío! —Y se apoyó sobre la pared cubriéndose el rostro con una mano grande de uñas descascarilladas en rojo.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre, mamá? —se aturulló Lorenzo, mirando de reojo a Gloria con el repentino deseo de que la chica se encontrara muy lejos de allí. Filomena bajó la mano con la que enmascaraba el rostro y meneó la cabeza.

—¿No tuve bastante con tu padre? ¿Tú también, hijo mío? —Al hablar no se dirigía a él, sino a Prudencia y a Gloria, que la miraba con ojos muy abiertos.

—Mamá, no sé de qué me hablas, —repuso Lorenzo intentando dar una firmeza que no sentía a su voz.

—¿Ah, no? Mira esto —e introdujo la mano en el bolsillo delantero de su gran mandil para detenerse teatralmente, dirigiéndose luego a Gloria—. Querida, quizás sea mejor que te marches, no creo que debas ver esto.

Lorenzo cruzó su mirada con la de la chica y supo que solo podía hacer una cosa.

—Gloria se queda mamá, no tengo nada que ocultarle.

La mirada fugaz que cruzó su madre con Prudencia, le bastó a Lorenzo para saber que estaba perdido.

—Como quieras, no dirás que no te advertí —nueva miradita a Prudencia y tono quejumbroso—. Dime, de quién son estas, estas... guarradas. —Extrajo unas revistas del mandil y las agitó delante de las narices de su hijo, que casi echó a reír de puro alivio. ¡Sus revistas porno! No es que se sintiera orgulloso de ellas, pero Gloria no era ninguna mojigata. Quizás le costara un pequeño disgusto con ella, mas no sería nada grave.

—Vamos, mamá, —descartó las revistas con un ademán de la mano. Le alivió aun más observar que Gloria parecía estar aguantándose la risa—. Ya ni me acordaba de ellas. ¡A saber dónde estaban! Tampoco es para tanto.

—¿QUE NO ES PARA TANTO? —aulló su madre sobresaltándole—. ¿VAS A DECIRME QUE ESTO ES NATURAL? —Arrojó las publicaciones por encima del mostrador y estas cayeron a los pies de Gloria. Lorenzo se giró algo irritado para pedirle a la chica que se marcharan de inmediato, cuando observó la expresión de asombro en el rostro de ella.

—¿Será posible?, —musitó Gloria al cabo de un rato y tras unos instantes de silencio tenso, se marchó tan deprisa que a punto estuvo de golpearse la cabeza con la persiana.

Cuando Lorenzo confundido ante la reacción de la chica, bajó la vista hacia las fotos de desnudos, distinguió varios penes enormes, diversos culos bien formados, cuerpos sudorosos y rostros en distintos estados de excitación... todos varoniles. Miró a su madre que cuchicheaba con Prudencia. Las lágrimas se secaron antes de salir y la ira clavó con fuerzas sus largas garras amenazando con ahogarle. Abrió la boca pero las palabras murieron envueltas en rabia.

—Su padre era igual, querida Pruden, un desnaturalizado.

—¡Dios mío! ¡Qué cruz! —exclamó la vieja con una sonrisilla perversa.

Lorenzo salió de la carnicería por la puerta de atrás y comenzó a andar cada vez

más deprisa. Estuvo horas andando hasta que el agotamiento abotargó cualquier emoción. Al día siguiente no sería capaz de decir dónde estuvo. Luego volvió a casa y se metió en la cama sin saludar tan siquiera a su madre que veía la tele en el salón. Al día siguiente se quedó acostado sin ir a trabajar. Pasó dos días en cama sin comer ni beber. Su madre entraba en silencio con bandejas de comida que le dejaba en el suelo y luego retiraba intactas. Al cabo de los dos días, ella se sentó en el borde de la cama y le miró con dureza. Le preguntó si estaba enfermo. Él negó con la cabeza.

—Pues mañana te quiero en la carnicería a primera hora, esta tontería ya ha durado bastante. Si tuvieras dos dedos de frente, verías que esto ha sido por tu bien. ¿Crees que sin la carnicería, se habría fijado en ti? ¡Vamos, mírate!

Lorenzo tuvo en ese instante su momento, lo intuyó. Si había que coger las riendas, había que tomarlas entonces y con fuerza. Sin embargo, al día siguiente había ido a la carnicería como si nada hubiera ocurrido.

Observó a Prudencia que serpenteaba para pasar al otro lado del mostrador.

—¿Filo? ¿Está bien?

Lorenzo apretó el mango del cuchillo hasta que le dolieron los nudillos.

—Ya le he dicho que anda ocupada.

—¡Silencio! —escupió la mujer—. Condenado gordo maricón —repitió sin preocuparle si él la oía o no. Fue hacia la trastienda mientras el carnicero era incapaz de moverse.

—Filo, Filo. ¿Qué pasa aquí?

Lorenzo siempre había sentido la culpa como una carga, culpa por comer demasiado, culpa por no hacer nada bien, culpa por no plantarle cara a su madre, a Prudencia, a la vida. Había acabado convirtiéndose en un espectador pasivo que asistía a la triste función de su existencia. Tuvo su momento con Gloria, esa oportunidad que se da una vez y a la que hay que aferrarse con uñas y dientes. Pero la perdió.

Solo el cuchillo sabía de su frustración, de su ansia de cambiar las cosas. Quizás esas huellas que dejaba en el mango fueran la única prueba de que aún era capaz de tener emociones, emociones que amenazaban con estallar.

Lorenzo decidió que no podía quedarse ahí parado como un pasmarote. Nadie debía entrar a la trastienda y él había permitido que esa bruja entrometida se colara. La siguió con determinación, temblando de miedo e ira.

—¿Qué es todo esto? —musitaba Prudencia con la mirada encendida.

—Ya le dije que mamá anda ocupada —chirrió Lorenzo entre dientes—. Que no iba a poder atenderla.

Filomena levantó lentamente la cabeza a la vez que alzaba una mano ensangrentada, suspirando largamente.

—Vamos, vete a la tienda ya —ordenó a Lorenzo—. Pase, Pruden, pase.

—Yo... Querida, no quisiera ser una molestia.

—En absoluto, en absoluto. Cuando le dije a esta inutilidad que no quería que me

molestaran, me refería a él. —Levantó a continuación el hacha de carnicero bajándolo con fuerza y gimiendo con el esfuerzo. ¡Pam!, golpeó la carne—. Una necesita concentrarse para descuartizar un bicho de estos —añadió, señalando el cerdo que tenía tendido sobre la gran mesa de aluminio.

—No me cabe la menor duda, debe de ser todo un arte —convino Prudencia con un extraño gesto anhelante.

—Siéntese querida, puedo enseñarle un par de cosas si lo desea. Tú, —señaló a Lorenzo—, vete al bar de Gregorio y nos traes un par de cafés con unas gotitas de coñac. —Le guiñó un ojo pícaro a Pruden—. Si nos vamos a meter en materia, no vendrá mal un poco de estímulo. No te preocupes por los clientes —le dijo a Lorenzo atajando su protesta—, si entra alguno, ya le atenderemos nosotras. Vamos hijo, mueve ese culo. —Luego pasó el grifo por la tabla limpiándola y el agua arrancó los restos de carne y sangre arrojándolos al suelo.

—¿No has oído? A ver si eres capaz de complacer a tu madre, será la única vez que complazcas a una mujer, —las dos rieron abiertamente la cruel pulla de Prudencia.

Lorenzo permitió que la ira trepara salvaje por primera vez hasta el exterior y enarboló el gran cuchillo que llevaba en la mano. Su vida corrió ante sus ojos, para disolverse con la misma rapidez. No había nada digno en ella, había permitido que se lo arrebataran todo.

—¡YA BASTA! —clamó una voz interior—, ¡YA BASTA!

Agitó el cuchillo con expresión decidida ante las miradas aterrorizadas de Prudencia y su madre. Había muerte en el gesto súbitamente sereno de Lorenzo y ellas lo sabían. Dio un paso con la mirada entre demente y determinada, clavada en su madre. Filomena intentaba retroceder balbuceando un perdón, un reproche o una súplica que nunca llegó a traspasar sus labios. Lorenzo se detuvo ante ella y apretando los labios, echó la cabeza hacia delante estirando el cuello hasta dejar la papada tensa como una vela carnosa, luego se dibujó con el cuchillo una gran sonrisa roja de oreja a oreja, que comenzó a escupir sangre. Se mantuvo en pie unos segundos abriendo y cerrando la boca en mudo reproche a su madre. Al final, cayó sobre las rodillas dando bocados a un aire que ya no llegaría a sus pulmones y a continuación se tambaleó hacia delante hasta derramarse sobre el suelo con un ¡PAF! sordo. Agitó débilmente los brazos para quedar finalmente, inmóvil.

Prudencia se volvió hacia Filomena.

—¿Y ahora, qué? —le preguntó con el rostro arrebolado.

Durante unos largos instantes solo se oyeron los jadeos excitados de Prudencia y el rechinar de los dientes de Filomena. Luego, la carnicera compuso un gesto de desprecio y comenzó a afilar un cuchillo.

—Bueno, querida, como tú has señalado, descuartizar un cerdo es todo un arte y esta quizás sea por fin, mi oportunidad. —Sonreía abiertamente a Prudencia haciéndole un gesto con la mano hacia el cuerpo desparramado en el suelo—. ¿Te

animas? Nadie le echará de menos, diré que se ha escapado y ya está. Hagamos que desaparezca —terminó apretando los dientes—. Entonces por fin podré vivir, dejar todo esto atrás.

Prudencia sonrió abiertamente.

—Mi querida Filo, sabía que no me equivocaba contigo. Ya te dije que lo conseguirías, eres una mujer de carácter —dijo aceptando el cuchillo que le tendía la carnicera—. Hoy mi chico estará contento. Muy contento —musitó para sí Prudencia, y tras unos breves segundos de reflexión, tomó un mandil, un cuchillo de buen tamaño y con un fuerte jadeo se dispuso a asestar el golpe.

El Inspector

Aguirre emergió a la realidad con un sobresalto. Inmerso en una nebulosa de sensaciones indefinibles, la llamada le había cogido por sorpresa. El sonsonete del móvil junto al tamborileo rastrero de la vibración...

Sí, tenía los dos sistemas de aviso conectados. De no hacerlo así, la llamada podría pasarle inadvertida.

... le trajeron devuelta al humo denso del bar. Había dejado la Agencia cuando apenas rayaba el día, para poder fumarse el primer pitillo.

Fumar puede producir impotencia.

Para partirse el pecho de risa, si uno tuviera ganas de reírse, claro está.

—Hola —graznó, aún medio ido. Echó un vistazo por la cristalera del bar; era de día. Se preguntó cuántas horas llevaría allí dentro.

Al otro lado de la línea solo se oía un gimoteo, como el de un bebé con pesadillas.

—Hola —dijo con mayor firmeza—. ¿Qué ocurre, Gloria? —Había reconocido el número en la pantalla, el único que tenía grabado.

El gimoteo lo interrumpió un balbuceo, culminado por un golpe seco. Quien fuera había dejado caer el aparato. Al cabo de unos largos segundos de silencio, Aguirre se incorporó para echar a correr hacia El Júbilo Dorado. No tenía la seguridad de que la chica estuviera allí, pero no se le ocurría otra cosa qué hacer. De pronto, oyó una voz decir *hola*. No era la voz de Gloria, era la voz grave de un hombre.

—¿Quién es? —exigió Aguirre con el alma encogida.

—Javi, soy Baldo. Estoy con Gloria. La chica no está para hablar. Quiere verte. Han descubierto algo en la carnicería del barrio. La policía está por todas partes... Hay sangre, mucha sangre. Javi, —susurró—. Han sido ellos, estoy seguro.

—¿Dónde estáis, Baldo?

—En la residencia, ¿vendrás?

—Puedes contar con ello. Voy ahora mismo.

—Javi, ¿podrías...? —La voz quedó en silencio unos instantes—. Ya sé que no es el momento, pero estoy tan...

—Te llevaré tabaco, Baldo —dijo, adivinando lo que quería el anciano—, y algo para café. —Luego colgó. No pudo evitar sonreír a pesar de la noticia que acababa de recibir. El viejo tenía la curiosa virtud de hacerle sentir más ligero.

Virtudes enarcó una ceja de desaprobación cuando lo vio entrar tan agitado y algo sudoroso, a pesar del frío que no desmentía un sol redondo y deslumbrante. La directora acabó por desviar la mirada ante el gesto grave del inspector. No tuvo que preguntar, ella le indicó con un gesto el pasillo. Se encontraban en el cuarto de Baldo. Cuando llegó a la puerta, oyó los sollozos de Gloria y la voz grave del anciano. Entró

tras tocar brevemente con los nudillos. Los encontró a los dos sentados en la cama. Él tenía las manos de ella entre las suyas y le susurraba. El susurro tenía una cadencia tranquilizadora. Ella tenía la cabeza gacha con el pelo cubriéndole el rostro.

Al ver entrar al detective, a Baldo se le iluminó el rostro con una expresión de alivio.

—¿Ves? Ya está aquí. Hola, Javi —vaciló unos segundos—. ¿Me has traído...? —se interrumpió algo avergonzado, miró de soslayo a Gloria y luego a Aguirre con expresión anhelante.

El inspector se adelantó y tomó a la chica de las manos, no sin antes entregarle un paquete de *Camel* abrigado por un billete de cinco euros a Baldo. El viejo sonrió alumbrando unos tristes dientes amarillentos.

—Voy fuera. Eh... vosotros estaréis mejor solos. —Salió de prisa a por el ansiado café que acompañaría a varios de los cigarrillos del paquete que antes escondió en el calcetín. El gesto le trajo recuerdos de otros tiempos a Aguirre. Tiempos en que fumaba a escondidas y, al igual que todos, ocultaba el paquete en el calcetín. Apartó el recuerdo, el pasado hay que dejarlo estar o se convierte en ancla. Despidió a Baldo con la mano. Luego centró su atención en la chica.

—¿Qué ha ocurrido, Gloria?

Ya lo sabía, de camino a la residencia había recibido otra llamada, la voz le había informado de los últimos acontecimientos de la tarde anterior. Estaba al corriente del crimen en la carnicería. Lo que ignoraba era la relación de la chica con todo ese tema.

Gloria alzó el rostro, tenía los ojos enrojecidos y el labio inferior le temblaba levemente.

—Él no era malo, inspector —explicó entre sollozos—. Ella hizo que yo le dejara, pero no era malo. Incluso pensaba volver a hablar con él. Me daba tanta lástima. Lo estuve pensando varios días... no podía creerlo. No en plan novios, eso creo que no hubiera funcionado. Pero sí como amigos. Él no tenía a nadie con quien salir, la mayor parte de la gente se reía de él. —Otro ataque de llanto interrumpió su discurso dolido. Aguirre aguardó con paciencia a que ella se recuperara. Acababa de caer en la cuenta de quién era el fallecido: *Ha llegado Lorenzo, mi... amigo*, recordó la voz de Gloria cuando le llamó al móvil días atrás.

Luego ella se lanzó a contarle cómo esa mañana durante la hora del café, había tomado la decisión de volver a la carnicería para hablar con Lorenzo y ponerle las peras al cuarto al mal bicho que tenía por madre.

—Ese día me hizo creer que él era... que era un marica. Mira, yo no tengo nada en contra. Cada uno a lo suyo y lo mío que no lo toquen, ¿sabe? —le miró buscando su aprobación. Él asintió con la cabeza, era una filosofía básica, pero efectiva. Ella relató la escena que había montado la madre con las revistas y cómo ella se había enfadado con Lorenzo, dejándole allí plantado.

—No era porque fuera... ya sabes. Solo que me sentí engañada. No sé, utilizada para que los demás no supieran que le iban los hombres. Y ahora está muerto. ¡Dios

mío! ¡Está muerto! Ni siquiera he podido hablar con él, de haberlo hecho quizás todo esto no hubiera ocurrido.

Cuando la chica llegó a la carnicería, había topado con la policía, una ambulancia y un montón de curiosos. No tuvo que indagar demasiado, bastaron los comentarios para saber que había ocurrido algo terrible.

—Ese chico no era muy normal, solo había que verlo: tan gordo y nunca te miraba a los ojos.

—Ya ves tú la que ha montado. Dicen que hay sangre por todas partes.

—Cría cuervos...

Gloria se apartó de los curiosos buscando algún policía, uno que le dijera que eran todo exageraciones. Que Lorenzo simplemente se había cortado con el cuchillo de la carne.

Él le mostraba pequeñas heridas casi a diario. Lo hacía con orgullo, como un soldado que volviera de combatir.

Que todo quedaría en unos cuantos puntos y un buen susto.

El agente al que se dirigió no le prestó demasiada atención, el hombre estaba más que harto de todos los curiosos que le hacían preguntas sobre lo que había ocurrido. Entonces oyó a alguien comentar que ella era la novia del carnicero. Le indicó con un gesto que le acompañara y la llevó hasta la entrada de la carnicería. Allí le pidió a Gloria que esperara y fue a hablar con uno de los hombres que estaban reunidos en la puerta. Este no vestía uniforme, iba de paisano y Gloria adivinó que debía de ser el que estaba al mando. El agente le habló en voz baja, Gloria alcanzó a oír la palabra «novia» en medio de la conversación. El hombre, alto y delgado, de edad indefinible con surcos profundos en el rostro, propios de quienes duermen mal y se preocupan demasiado, se giró hacia ella.

—Soy el teniente Castro, señorita...

—Gloria, Gloria Doménech.

—¿Conocía a los de la carnicería? —la interrogó sin más preámbulos. Tenía cejas gruesas y ojos oscuros, prácticamente negros. Su mirada era directa, escrutadora.

—Sí, —asintió ella con un nudo en la garganta al advertir el empleo del pasado en la pregunta del teniente—. Lorenzo y yo somos amigos, bueno lo éramos. Nos habíamos peleado, pero... Él está bien, ¿verdad? Se habrá cortado con...

No siguió, la expresión sombría del policía le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Muertos —le dijo Gloria a Aguirre—. Dicen que ha matado a su madre, que antes la torturó y luego se suicidó. Que se cortó el cuello... —La chica no pudo seguir. Se arrojó en brazos del detective con el cuerpo temblando. El inspector le devolvió el abrazo y no dejó de sentir, aun en esas circunstancias, lo agradable que era un abrazo.

La dejó llorar. Era joven, se desahogaría y se recuperaría. Le quedarían secuelas, siempre quedan, pero sus cicatrices no la tullirían. Eso solo ocurre con el paso de los años, cuando entregas más y las heridas no llegan nunca a cerrarse del todo.

En cuanto al caso, conocía muchos más detalles sobre lo ocurrido que la chica. Lo único cierto era que el pobre desgraciado se había rajado el cuello y, después de lo que había averiguado sobre él, no le extrañaba lo más mínimo. Él no había matado a Filomena. De hecho, por lo que le habían contado, todo había comenzado con el suicidio de Lorenzo. Luego la madre y alguien más, comenzaron a descuartizar al joven, al parecer la idea inicial era hacer desaparecer el cadáver. Los motivos no estaban muy claros. ¿Quién sabe lo que anida en una mente enferma? Pero hubo cambio de planes sobre la marcha. Alguien decidió que Filomena podía muy bien acompañar a su hijo y la emprendió con ella. La desdichada debió pasar por un infierno. Todo el despiece de su hijo muerto, ella lo sufrió en vivo. Y quien lo hizo, procuró retrasar su muerte todo lo posible. Para colmar el vaso de los horrores, faltaban varios órganos y algún que otro miembro de la madre. Al respecto habían surgido teorías de lo más disparatado. Aguirre sabía que la realidad las superaría todas.

—Labor de dos, —le comentaron a Aguirre—. Buscamos a dos, inspector.

La bruja y el hombre largo, pensó el inspector. El que bendice. ¿A qué clase de monstruos me enfrento? ¿Y por qué todo comienza a concentrarse aquí? Hasta entonces El Segador había actuado en iglesias bien alejadas unas de otras. ¿Qué le retenía de pronto en ese barrio? ¿Y por qué una carnicería? ¿Qué le había llevado a cambiar de escenario? Quizás tuviera relación con la entrada en escena de la bruja. Tendría que averiguarlo.

Abrazó con fuerza a la chica que todavía sollozaba y añoró de repente a su hija.

Deseó poder abandonarse al llanto como Gloria.

El Segador

Es bueno no estar solo.

Él me la ha enviado. Forma parte de sus planes.

El enemigo está cerca y ella será de gran utilidad.

Ella me respeta y eso es bueno.

Él me ordenó que saliera a su encuentro. Me indicó dónde podía encontrarla.

Cuando llegué, me obsequió con el sacrificio de una víctima. Sacrificio que acepté y en el que participé. Ella me ofrece compañía.

Él estuvo con nosotros. Lo presentí. Ella también, aunque no supo interpretarlo, creo que pasó miedo.

Permití que ella se llevara parte del sacrificio cuando me lo solicitó. Tiene a quien alimentar.

Me ha suplicado que la permita venir conmigo. Sabía que me lo pediría. Quiere traer a su cachorro. Ella le llama *su chico*. Le he contestado que sí, ya que es el deseo de Él. Vendrá conmigo y residiremos juntos.

Me ha besado las manos.

Le pedí que se marchara a buscar a su chico.

La bendije.

FERVOR

En la Iglesia de la Santísima Trinidad

Aguirre estaba incómodo, incómodo e irritado. El motivo era la sensación de abotargamiento que sentía en la iglesia a la que se había dejado arrastrar por Baldo.

—Dan una misa por el novio de Gloria —le había informado el anciano cuando fue a recogerle a la residencia para dar un paseo. La compañía de Baldo se había convertido en una costumbre agradable.

—Bueno, el amigo —se corrigió Baldo—. Ella dice que eran amigos. Aunque sospecho que quizás él lo viera de otra manera. Pero eso poco importa ya. Yo quiero ir, pero no me dejan si voy solo. La Arpía dice que no es seguro.

—¿Te dejan ir solo al bar y a la iglesia tienes que ir acompañado? —se extrañó el inspector.

—Dice que es peligroso con tanto asesinato, —Baldo encogió los hombros mientras prendía el enésimo cigarrillo del día—. Que como vi lo que vi, el chiflado ese podía ir a por mí. Como si alguien fuera a meterse con un viejo como yo. — Intentó reír pero tuvo un acceso de tos que sonó a tierra cayendo sobre un féretro.

Aguirre sintió una punzada de culpabilidad, su suministro casi diario de tabaco al anciano debía de estar minando su escasa salud. Luego vio vacilar la luz en los viejos ojos, cosa que ocurría con cierta frecuencia por lo que le había comentado Gloria, y decidió que el tabaco era la menor de sus preocupaciones.

—Baldo, Baldo, —le tomó del hombro sacudiéndole suavemente.

—Eh, Javi, que me desmontas.

El inspector sonrió aliviado, Baldo estaba con él de nuevo. En ocasiones se diluía como el azucarillo en el café y tardaba horas en volver.

—De acuerdo, paso a recogerte e iré contigo a la misa.

Y ahí estaba, rodeado de llanto y dolor que le herían y provocaban mareos. Baldo había entrado en una de sus ausencias nada más sentarse y Aguirre se preguntó si no lo habría hecho adrede. Si se hubiera atrevido, él habría hecho lo mismo. El problema era que dejarse ir le daba miedo, por si no volvía.

A Gloria y su madre alcanzó a verlas al entrar, se habían sentado en los primeros bancos. En cuanto a la familia de los fallecidos, solo había aparecido una prima lejana de Filomena de la que se rumoreaba que venía más por el testamento que otra cosa. Amigos, pocos, una vieja que ocultaba el rostro tras un pañuelo arrugado y que al parecer era íntima de Filomena. También algunas clientas habituales que lloriqueaban, encantadas por la atención que atraían.

Al lado de una de las columnas reconoció al teniente Castro y, o mucho se equivocaba, o los dos tipos que se encontraban al fondo del templo, cada uno en un extremo, acompañaban a Castro. Estaba seguro de que la policía sacaría fotos de los asistentes. La tentación del asesino de volver al escenario del crimen no era inhabitual. Tendría que buscar la penumbra cuando acabara el servicio religioso, una foto suya podía provocar un buen revuelo. Y el problema no solo era la policía,

también estaban los «fieles» que sacaban fotos empleando sus móviles, con mayor o menor disimulo, del rincón en que había perecido el Padre Luján. Las huellas del fuego aún eran visibles sobre el muro, semejantes a un críptico graffiti.

La iglesia literalmente zumbaba con los comentarios de la gente. La mayoría eran simples curiosos, curiosos y reporteros. La noticia era de las que abrían noticiarios y alcanzaban portadas como las de esa misma mañana:

Misa por el Carnicero y su Madre en el Templo de la Muerte.

Un joven carnicero de veintitrés años, mata a su madre y luego se suicida. Faltan partes del cuerpo de la madre. Se especula con que el carnicero pudo elaborar embutido con esas partes. La policía rehúsa hacer declaraciones.

La liturgia funeraria tendrá lugar en la iglesia de la Santísima Trinidad, la misma iglesia en la que recientemente halló la muerte el padre Ambrosio Luján a manos del asesino en serie conocido como El Segador.

El actual párroco: el padre Raúl Paredes, sustituto del fallecido padre Luján, ha advertido que no consentirá que los oficios de la iglesia se conviertan en un circo. También tuvo palabras muy duras para Lorenzo Carretero, el carnicero asesino y suicida, sobre el que llegó a insinuar que en otros tiempos no hubiera recibido sepelio en el camposanto por ser el suicidio un pecado execrable.

En el barrio de Los Llanos, escenario de todos estos terribles hechos, las gentes están conmocionadas y las reacciones de repulsa no se han hecho esperar...

Las palabras del sacerdote comenzaron a adormecer a Aguirre que hizo un esfuerzo por permanecer alerta. El oficio se alargaba de manera soporífera, el padre Paredes era de esas personas que estaban encantadas de haberse conocido y se estaba pegando un atracón de egocentrismo. Aguirre dudaba que el religioso hubiera contado jamás con una afluencia como la de aquel día.

La atmósfera en el interior del templo era una manta pesada y envolvente que aumentaba la sensación de claustrofobia del inspector que encontraba difícil seguir la homilía del sacerdote.

—*¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo.* Corintios seis, versículos diecinueve al veinte. —El cura, bajito, moreno, cuarentón, se detuvo para tomar aire. Estaba claro que se encontraba en su salsa.

Alguien debería cerrarle la boca a ese cretino, pensó Aguirre. Apretó la mandíbula con rabia, Gloria lo estaría pasándolo mal, lo último que necesitaba era que alguien le contara lo malo que había sido el joven al que había considerado un amigo y sobre el que albergaba sentimientos de culpabilidad.

—Dios no solo prohíbe que otros tomen nuestra vida, ese don que nos ha otorgado. También prohíbe que nosotros tomemos nuestra propia vida. Tanto el

homicidio como el suicidio son contrarios a los mandatos de Dios. La vida es un regalo, darle fin es escupir a Aquel que nos la ofreció...

Aguirre decidió desconectar, —*¡Al diablo con todo!* —se dijo. Si seguía prestándole atención al curita, acabaría haciendo algo de lo que más tarde se arrepentiría.

Cuando quiso darse cuenta, era Baldo el que en esta ocasión, le sacudía del brazo.

—Javi, Javi. Que esto se ha acabado. —En su tono había preocupación y algo parecido al miedo. Aguirre se maldijo por dejarse ir tanto, no quería sobresaltar a su amigo.

—Tranquilo Baldo, estoy bien. No duermo demasiado desde que todo esto comenzó y me había quedado un poco traspuesto.

El anciano rio mientras le empujaba suavemente hacia la salida.

—Yo también he aprovechado para echar una cabezadita, con este bochorno y el rollo del cura se me cerraban los ojos.

Aguirre observó el revuelo de reporteros que intentaba acercarse al religioso acosándole a preguntas y cubriendo la cúpula del templo de relámpagos con los flashes de sus cámaras.

Y este es el que no quería que se montara un circo con este asunto.

Ya se encontraban cerca de la salida y buscaba a Gloria cuando la vio en la entrada hablando con el teniente Castro. Cambió de dirección, ya hablaría más tarde con la chica. Baldo hizo un gesto de extrañeza ante la maniobra de su acompañante, pero no dijo nada.

Ese mismo día por la tarde, estaban en el *Bar Gregorio*, tomándose Baldo un café y Aguirre un chupito de güisqui con hielo. La desazón había vuelto y confiaba que un poco de alcohol la acallaría.

—¿Puedo tomar otro café, Javi?

—Creo que no, Baldo. Quizás más tarde te lleve uno cuando pase por la residencia, —añadió de prisa ante la expresión herida de su amigo.

Era curioso cómo había aceptado su amistad con el anciano, él que nunca había tenido demasiados amigos, aceptaba con naturalidad la compañía de Baldomero. Le apreciaba y sabía que el sentimiento era mutuo.

—Además, quiero hablar con Gloria, ¿no me dijiste que iría a trabajar hoy?

—Sí, la chica es dura. Hasta la Arpía le dijo que se tomara la tarde libre, pero contestó que prefería no quedarse en casa. Demasiadas cosas en las que pensar.

—Dile que pasaré a verla, que lamento no haberla visto esta mañana. Que había demasiada gente en la iglesia.

Baldo enarcó una ceja sorprendido ante la última frase del detective, pero nuevamente fue discreto y no comentó nada.

Aguirre se despidió y se fue con prisa. Necesitaba estar a solas porque pronto recibiría una llamada para informar sobre lo que había averiguado, aunque, lamentablemente, no tenía mucho que decir.

El Segador

Él me ha hablado y está furioso. Jamás le había visto así. Me ha hecho daño, creí que acabaría conmigo y tal fue mi dolor, que lo deseé con todas mis fuerzas. Era otra manera de llegar a la paz. Pero tuvo misericordia. Le disgustó profundamente que acudiera hoy al templo a oír las palabras del cura.

Le dije que yo debía acudir. *Él* piensa que no. No debo contradecirle. Duele si lo hago.

La bendición sola no basta, hay otro morador en la iglesia y eso la convierte en la fuente de su malestar. Mi visita provocó estrépito en su esencia.

Que ella estuviera, no le importó. Ella no forma parte de *Él*. No es portadora de su esencia. Yo sí, el templo le provocó dolor.

Solo acudiré allí con un cometido y llevaré conmigo su palabra de muerte.

Ahora también la llevaré a ella. Será mi compañera.

Él apartó el dolor.

Me mostró la paz apartando cualquier duda.

Me perdonó.

El Padre Raúl Paredes

El padre Paredes no podía creer en su buena suerte. En dos días había pasado del anonimato y el destierro a ocupar los titulares de todos los medios.

—He manejado el tema con habilidad e inteligencia, —se dijo, sirviéndose otra copita de vino de misa sin consagrar, naturalmente. Tomó la bebida y estiró las piernas, reclinándose con cuidado en la silla. Los crujidos del respaldo le hicieron desistir de apoyar los pies sobre la pequeña mesa que tenía frente a él. Echó un vistazo al despacho parroquial negando con la cabeza. Aparte de la mesa y dos sillas, solo había una desvencijada estantería con revistas atrasadas y en cuanto a las paredes, un crucifijo a sus espaldas acompañaba las innumerables manchas que hacían difícil distinguir el color original de la pintura.

Su antecesor en el cargo, el malogrado padre Luján...

Que Dios lo tenga en su gloria.

... había sido un descuidado. Habría que hacer muchos cambios y no solo en lo que se refería al mobiliario, también pensaba reclamar los fondos necesarios para recuperar la entrada principal a la iglesia. Era una vergüenza que los fieles tuvieran que pasar por esas puertas pintarrajeadas. Y habría fieles, ya lo creía. Iba a levantar esa parroquia, conseguiría que se llenase, que la gente volviera a la Casa del Señor. El oficio de esa mañana, había sido el primer paso. Estaba convencido de que había levantado la suficiente expectación como para que todo el mundo volviera a ver qué tenía que decir en sus próximas homilías y no pensaba defraudarles. Para la misa del próximo domingo, retomaría el tema de los asesinatos y pensaba añadir alguna referencia al padre Luján y su terrible muerte. Más adelante, tendría que buscar otros temas. Tampoco era cuestión de aburrir a la gente, y la gente se aburría con una rapidez terrible. Pero eso no le arredraba lo más mínimo, tenía un par de ideas para homilías sobre la homosexualidad y el suicidio asistido en las que no dejaba títere con cabeza. Seguro que algunos se escandalizarían, pero eso era bueno, la polémica nunca deja a nadie indiferente.

Se sirvió otro vasito más de vino, prometiéndose que sería el último. Ya notaba la cabeza algo ligera. Pero tenía motivos para esa pequeña celebración, excelentes motivos. Dios le había dado la oportunidad de llevar su palabra a los fieles. Una oportunidad que hasta entonces, le habían negado. Se acomodó en la silla ignorando los crujidos, mientras se deleitaba recordando lo ocurrido hacía apenas tres meses.

—Templanza padre, la iglesia de hoy requiere templanza. —El obispo se ajustó las gafas de montura al aire antes de proseguir.

Gafas caras, ¿formará parte eso de la templanza?, pensó con acidez el padre Paredes.

—Hay que seducir al rebaño, padre. Las amenazas, los ladridos ya no sirven. Solo ahuyentan a las ovejas alejándolas de la iglesia.

El padre Paredes hizo un esfuerzo por controlar su ira. ¿Seducir? ¡El Señor jamás

sedujo a nadie! «*Déjalo todo y sígueme*», dijo Jesús. Ni templanza ni seducción, uno acepta al Señor o no. No hay tratos que valgan, el Camino es sinónimo de renuncia y sacrificio. El premio vendrá en la otra vida, de las manos del Señor en el Reino de los Cielos.

—Hemos considerado que tras el último eh... incidente, sería adecuado trasladarle a la parroquia de La Merced. Es una iglesia tranquila.

Lo que quiere decir que no va nadie ni por error.

—Tendrá ocasión de reflexionar, poner en orden sus ideas.

No tenía ninguna necesidad de reflexionar. El *incidente* al que había aludido el obispo, tuvo lugar cuando se negó a bautizar a un crío y no era algo sobre lo que tuviera que reflexionar. Los padres no estaban ni casados y lo que era aparecer por la iglesia, ni de casualidad, y aún tuvieron el descaro de presentarse allí un día pidiéndole el sacramento del bautismo para el bastardo que habían tenido en su relación ilícita. Les había dejado bien claro que la Iglesia no era un centro comercial al que uno acudía cuando le interesaba, comprando aquello que le venía en gana.

—La Iglesia es compromiso —les dijo, casi gritando—. Sin compromiso, no sois bienvenidos.

Se formó un buen escándalo cuando la pareja denunció el caso a los medios de comunicación siempre ávidos de noticias que involucraran a la Iglesia.

—No rechazamos sus ideas, padre —aclaró el obispo en tono conciliador. Lucía una sonrisa de dientes perfectos—. Solo queríamos que las disciplinara, que las sometiera por el bienestar de la Iglesia a la que sin duda ama por encima de cualquier otra cosa.

¡Qué sabría él de su amor a la Iglesia! Desde niño no había tenido otro objetivo en la vida que servir a Dios y ahora le reprendían por ello.

La conversación —el monólogo en realidad, ya que el padre Paredes se había limitado a asentir, aceptando en apariencia las palabras de su superior— culminó con el obispo ofreciéndole el anillo pastoral que el sacerdote besó con los dientes apretados.

Su destino había resultado todo lo árido que esperaba; la iglesia de la Merced era una construcción barata de los años ochenta situada en un barrio obrero. Los ocupantes de las viviendas arracimadas preferían el bar a la iglesia y, a excepción de dos viejas que frecuentaban la iglesia a diario, nadie tenía el menor interés en oír la palabra de Dios.

Cuando más desesperado se encontraba, le llegó la propuesta de suplir al padre Luján. El padre Paredes sonrió para sí. ¡Qué inescrutables eran los caminos del Señor! Debieron pensar que no era más que otra parroquia tranquila en la que había ocurrido una desgracia. Nada más. Un destino más en el que «enterrar» al incómodo padre Luján. Y entonces vino lo de la carnicería y la misa funeraria que le solicitó aquella mujer. Y los medios de comunicación. Y la llamada del obispo: —Recuerde, padre, templanza.

¿Querían templanza? No sería en su iglesia. Ahora, con medio mundo pendiente de él, le dejarían tranquilo. No tendrían más remedio. Estaba convencido de que al final le felicitarían cuando vieran que la Santísima Trinidad, *su iglesia*, se llenaba para oír la verdad, los «ladridos», como los había llamado el obispo.

Salió de su ensoñación de golpe, había oído algo en la iglesia, probablemente algún feligrés. Se puso de pie, fastidiado. Había olvidado cerrar las puertas y la verdad era que estaba cansado. El día había resultado agotador: declaraciones a los periodistas; a continuación, la policía, —¡como si él supiera algo de lo ocurrido!—, luego, los curiosos... Ahora solo pensaba en una buena ducha y meterse en la cama. Fuera quien fuera, tendría que volver en otro momento.

El Inspector

Aguirre se encontró con Gloria en el Júbilo Dorado, la joven iba apurada y no pudo estar mucho rato con él.

—La Ar... esto, doña Virtudes tiene un cabreo monumental —le contó la chica con los ojos aun enrojecidos de llorar—. No han parado de venir periodistas por aquí preguntando por mí. ¡Me han puesto de los nervios! Doña Virtudes ha llegado a sugerirme que me tomara la tarde libre, pero le he dicho que no, lo último que necesito es tiempo para darle vueltas a la cabeza.

Aguirre le preguntó por Baldo.

—¡Uf! —exclamó meneando la cabeza—. Está ausente, más *pallá* que *pacá* esta tarde. Lo último que me dijo fue que el *Hombre Largo* estaba cerca, luego se puso a cantar nanas. Ya sabe, «*duérmete niño*» y cosas por el estilo. ¿Tiene algún sentido para usted?

Aguirre negó con la cabeza, ya tenía bastante la chica como para añadirle una preocupación más hablándole sobre el *Hombre Largo*. Le habría gustado sacar a colación la conversación que había mantenido Gloria con el teniente Castro en la iglesia, pero tendría que hacerlo en otro momento. De todos modos, confiaba en ella. No creía que hubiera hablado sobre él a pesar de no haberle indicado nada en ese sentido.

—¿Cómo estás tú? Me refiero a que, en fin, ¿cómo lo llevas?

—Se refiere a lo de la misa, ¿verdad? Ojalá no hubiera ido, pero se lo debía a Lorenzo —reprimió un sollozo—. No puedo creer lo que cuentan de él.

—Si te sirve de consuelo, quizás se quitara la vida, aunque no por culpa tuya, pero de lo que estoy bastante seguro es de que no tuvo nada que ver con la muerte de su madre.

—¿Cómo puede saberlo?

—Confía en mí, ¿vale? No te mentiría.

Gloria le abrazó musitando unas gracias entrecortadas. Aguirre se despidió de ella entregándole el consabido paquete de *Camel*, junto con el billete para los cafés, que le había prometido a Baldo.

Anduvo por el barrio pensativo.

El Hombre Largo está cerca.

Baldo se estaba viendo muy afectado por todo lo relacionado con El Segador y si bien era cierto que todo el barrio de Los Llanos estaba conmocionado con lo que estaba ocurriendo, al anciano parecía herirle en lo más profundo y Aguirre comenzó a temer seriamente por su cordura. Tendría que mantenerle al margen tanto como pudiera, bastante tenía sin añadir a Baldo a su larga lista de preocupaciones.

Levantó la cabeza con aire ausente, por un momento no supo dónde estaba, el sol era apenas una línea de fuego sobre las montañas que se distinguían al oeste de la ciudad, y el frío comenzaba a hacerse sentir con intensidad. Luego vio el largo muro

grisáceo que rodeaba la Agencia.

Claro, pensó. Uno siempre va a lugares conocidos cuando camina sin rumbo. Sin embargo, no le apetecía encerrarse. Dio media vuelta y regresó de nuevo al barrio. Iría al Bar Gregorio. A pasar el rato. A echar unos cafés y unos cigarrillos. Y a pensar.

El Padre Raúl Paredes

El padre Paredes abrió la puerta de la sacristía con una ligera sensación de malestar, combinación del cansancio y el vino con el que se había obsequiado en su solitaria celebración.

Las sombras oscilantes de la iglesia le hicieron ver movimientos por todas partes, en especial tras las columnas y por el fondo tenebroso del templo al que apenas llegaba la luz del altar. Lanzó un par de «holas» que no obtuvieron respuesta y decidió que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Fue hasta la entrada para cerrar las puertas con la idea de marcharse enseguida a descansar, no pensaba ni cenar, solo quería dormir, cobrar fuerzas para el día siguiente en el que las reacciones llegarían en forma de titulares y también, cómo no, del obispado. Se detuvo sorprendido, las puertas estaban cerradas, no entornadas, sino cerradas a cal y canto. No recordaba haberlo hecho él.

Pero tengo que haber sido yo, reflexionó. Están cerradas por dentro.

Se convenció de que lo había hecho, olvidándolo luego debido a todo el ajetreo del día. Quiso creer que eso era lo que había ocurrido y a pesar de ello, no pudo evitar que la sensación de malestar se incrementase sin que tuviera nada que ver con el vino ni el cansancio. Resolvió meterse en sus aposentos, así que dio media vuelta encontrándose con la sombra alargada que le observaba desde el altar. A punto estuvo de chillar del susto. La sombra tenía una mano alzada con el índice y el corazón extendidos.

Está dando una bendición, pensó el cura asombrado. Del asombro pasó a la irritación, ¿quién osaba entrar en la casa de Dios y burlarse de los ritos de la Santa Madre Iglesia?

Se adelantó con resolución hasta distinguir el rostro que ocultaban las sombras. Se detuvo, de nuevo asombrado.

—Usted —balbuceó—. ¿Qué hace aquí? Menudo susto me ha dado... —No pudo seguir, alguien se acercó por detrás y le asestó un brutal golpe en la cabeza que le hizo caer inconsciente.

El Segador dio un par de pasos.

—¿No le habrás matado? —siseó entre dientes.

—Descuida —replicó la Bruja—. Los dos lo queremos vivo. Mejor dicho, los tres —dijo con una risita seca volviéndose hacia la figura que gruñía tras una de las columnas.

El Inspector

—Señor, tenemos otro caso.

Aguirre apretó los dientes ¡Tan pronto!

—¿Dónde? —gruñó, incorporándose. La noche había sido larga, como todas las últimas, y cada vez le costaba más levantarse. El día había amanecido gris con un frío feo y sobón que le obligó a ajustarse la chaqueta.

—En la iglesia de la Santísima Trinidad, señor. El padre Raúl Paredes.

La noticia dejó a Aguirre confuso y asustado. Ya no solo parecía confirmado que se hubiera quedado en el barrio, hasta atacaba dos veces en el mismo sitio. Su modo de actuar había cambiado definitivamente y no podía ser casual. El agente le entregó el informe observándole con la inquietud dibujada en el rostro.

—¿Algo más, agente? —le preguntó Aguirre con irritación al ver que el otro se quedaba ahí plantado.

—Esto, eh, sí, señor. Me han pedido que le diga que tiene una cita. En media hora. Le han asignado un, esto... un compañero. —Se interrumpió unos instantes. Era un hombre de edad mediana, con una barbita perfectamente recortada y figura atlética. En esos instantes exhibía tantos tics como un ratón frente a una serpiente. La fama de Aguirre le precedía. Este observaba al agente en silencio.

—Un recién incorporado le aguarda en el *Bar Gregorio*. ¿Lo conoce?

—¿Al bar o al nuevo? —gruñó Aguirre entre dientes—. Si se refiere al bar, sí lo conozco y si es al recién llegado, ni lo conozco ni ganas.

El agente vaciló, sin saber qué decir.

—Márchese, agente. Dígales que allí estaré.

—Así lo haré, señor.

Aguirre maldijo en voz baja. Era un lobo solitario, ¿a qué venía ponerle un acompañante? ¿Es que ya no se fiaban de él? Decidió aclarar el asunto lo antes posible, no le apetecía toparse con otro Peláez, e hizo una llamada.

—Señor, soy yo. Tenemos que hablar...

—Buenos días, inspector Aguirre. ¿Qué tal su descanso?

—Eh, bien, supongo. Gracias por preguntar, pero no llamaba por eso...

—Hemos confirmado que están juntos. Nuestro enemigo tiene una aliada. —Ante el silencio de Aguirre, la voz siguió—. Sabe que estamos cerca, inspector. Por eso ha cambiado. Ahora ya no se desplazará. Instalará su cubil en el barrio. Será más violento y peligroso. Necesita ayuda, inspector. No caben discusiones a ese respecto. —La voz se detuvo de nuevo unos instantes, permitiéndole asimilar lo que acababa de oír—. Otra cosa, su nuevo compañero es joven, muy joven. Por ahora solo necesita saber que andamos tras El Segador y su compinche. No está preparado para conocer más detalles ni el alcance de esta operación. Cuando llegue el momento, usted mismo se lo contará. ¿Está claro, inspector?

Aguirre musito un *sí* desganado, empezaba a fastidiarle profundamente el tema de

su nuevo compañero. Si no estaba preparado para enfrentarse a la verdad, ¿para qué coño lo quería? Como en otras ocasiones, guardó el pensamiento para sí.

—Bien, no quisiera entretenerle más de lo debido, creo que tiene una cita y un nuevo crimen que investigar.

—Sí, señor —musitó Aguirre—. Que tenga un buen día.

—Gracias, inspector. El deseo es mutuo.

Aguirre se puso el informe bajo el brazo y se marchó de la Agencia con un pitillo colgando de una comisura del labio y un gesto malhumorado enganchado a la otra.

Cuando entró en el bar, saludó a Gregorio, un individuo hosco que tenía buena clientela porque contaba con una cocinera excelente, un bar amplio y limpio con una magnífica pantalla plana y además, su café era inmejorable. Pero si la clientela hubiera dependido del trato hosco y malhumorado que dispensaba Gregorio, el negocio habría quebrado mucho tiempo atrás.

Como ya era habitual, Gregorio ni se molestó en devolver el saludo de Aguirre. En ocasiones soltaba un bufido que algunos interpretaban como un buenos días y otros como un simple estornudo. En esta ocasión, miró a Aguirre como si le debiera dinero y luego se giró hacia la cafetera para prepararle su acostumbrado café solo, corto y con dos sobres de azúcar.

El inspector abrió el informe para leer las últimas atrocidades cometidas por el Segador, cuando alguien le tocó el brazo. Adoptó su expresión más hostil para encarar al que sin duda, era su nuevo compañero. Se topó con Gloria.

—Hola, inspector —le saludó la chica con un velo de cansancio en los ojos oscuros.

Él le devolvió el saludo procurando que la muchacha no viera el informe. Sabía que la policía aún no había descubierto el crimen.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó observándola con detenimiento. La chica tenía unas ojeras violáceas que denunciaban la falta de sueño.

—No es el único que tiene derecho a tomar buen café, inspector —replicó ella—. Aunque lo sirva él —añadió bajando la voz y señalando con la cabeza a Gregorio—. Y bueno, esperaba encontrarle para agradecerle lo comprensivo que ha sido.

El inspector sonrió para sus adentros ante el comentario, le hizo sentirse bien. Luego tomó los dos cafés y fueron a sentarse a una mesa.

—Dejemos los formalismos, ¿de acuerdo? Llámame Aguirre o Javi, como Baldo.

—Me gusta Aguirre —dijo ella—. Tiene fuerza, pertenece a alguien que mira a la vida de frente.

Él se encogió de hombros, *ojalá hubiera tenido yo esa fuerza cuando...* Interrumpió el pensamiento.

—¿Y cómo te encuentras? —le preguntó.

La mirada de ella volvió a oscurecerse unos instantes.

—No soporto la idea de que todo el mundo hable de Lorenzo como si fuera un monstruo. No digo que no fuera capaz de suicidarse, su madre le traía por la calle de

la amargura, encima tenía la ayuda de una amiga: una auténtica bruja a la que Lorenzo no soportaba. Pero de eso a lo que cuentan de él.

—¡Una amiga de su madre! —saltó Aguirre, súbitamente alerta—. ¿Sabes quién era?

—Ni idea, la vi algunas veces cuando iba a recoger a Lorenzo para dar un paseo por el parque, —se detuvo unos segundos, apartando la mirada. Aguirre la tomó de la mano—. Estoy bien, Aguirre, al menos todo lo bien que se puede estar. Hubo momentos en que creí estar enamorada de él, pero ahora creo que simplemente me daba pena, con esa mirada de desamparo...

—Si prefieres dejarlo para otro momento, no hay ningún problema.

—No, no —repuso con firmeza. Luego frunció el ceño, intentando recordar a la amiga de Filomena—. Estaba siempre al final del mostrador. Era muy vieja y tenía una mirada, no sé, fría y seca. —La chica encogió los hombros—. Ya te digo que no me fijaba mucho en ella. ¿Es importante?

—Ahora mismo ignoro qué es importante y qué no lo es —repuso él encendiendo un cigarrillo—. Me gustaría hablar con ella, quizás pudiera aportar algún dato. Estamos un poco perdidos en todo esto.

—El poli del otro día me dijo que lo tenían todo muy claro, ya ves. Que lo sentía mucho por mí, pero que los hechos eran los hechos.

—¿Te buscó para decirte eso?

—En realidad, no —dijo Gloria con lentitud—. Me preguntó si había visto a alguien rondando por el barrio, alguien que no fuera de por aquí y que hubiera aparecido de repente. —Miró a Aguirre que se había puesto en guardia. El policía no podía estar buscándole a él, debía referirse al Segador, pero si Gloria le había comentado algo sobre el *inspector Aguirre*, estaría metido en un buen lío—. Supongo que hablaba de El Segador, ¿no?

—Supongo —replicó él con voz débil.

Ella sorbió su café mirándole por encima del borde la taza.

—No te preocupes —le tranquilizó dejando la taza en la mesa—. No te he mencionado.

—¿Por qué? —se sorprendió preguntándole. De pronto no quería que la chica fuera tan confiada, a fin de cuentas él no dejaba de reunir todas las condiciones para ser sospechoso: aparecido de la nada, actuando como un policía sin serlo...

—Porque Baldo confía en ti y yo también. Fue él quien me dijo que no eras policía, por lo menos no uno normal, pero también que estabas del lado de los buenos, que eso se te veía en la cara, en los ojos. Decidí no preguntarte nada, si tienes algo que contar, ya lo harás y si no... Bueno, a mí me sigues pareciendo un buen tipo.

Él asintió, aliviado, y luego pasó a explicarle lo de la Agencia y su cometido: ocuparse de casos especiales y complicados. Terminó disculpándose por no poder darle más detalles.

—Si lo hiciera, tendría que mentirte —dijo a modo de disculpa.

Tampoco te estoy contando toda la verdad, pero tendrás que conformarte con esto.

—No es que seamos una Agencia secreta, pero tampoco vamos pregonando nuestra existencia por ahí. A veces la policía nos considera unos entrometidos, no les gusta que metamos las narices en sus asuntos, así que la discreción es nuestra mejor arma. Aunque no sé yo —reflexionó, mordaz—. Baldo me caló bien pronto.

—¡Buenos días! El inspector Aguirre, ¿verdad? —El chico, moreno, pelo largo, flaco como un rastrillo y de ojos castaños y vivarachos se sentó a la mesa sin esperar a que le respondieran—. Soy Kike, Kike Fernández por si te interesa el apellido. Soy el recién llegado. Me han asignado a ti. Soy tu nuevo compañero.

—¿Recién llegado? —Gloria enarcó las cejas ante la irrupción del tal Kike, aunque el desparpajo del joven le resultaba divertido.

—Eso es, guapa. ¡Vaya!, del inspector Aguirre me habían hablado, pero de ti no. ¿Desde cuándo estás en la Agencia?

—¿Se puede saber de dónde sales tú? —preguntó Gloria haciendo un esfuerzo por no reírse ante el empuje del joven y la cara de fastidio de Aguirre que no hacía más que abrir la boca para meter baza sin conseguirlo.

—¿Yo? Vengo del depósito, me habían enviado a investigar, y recibí el aviso allí mismo: que acudiera aquí de inmediato, que Aguirre ya me esperaba. No veas la que hay montada, los del depósito están...

Aguirre dio una palmada en la mesa que hizo temblar las tazas. Gregorio les echó una mirada asesina desde la barra. El inspector hizo caso omiso inclinándose hacia Kike.

—Ella no es de los nuestros, no pertenece a la Agencia, listillo. —Aguirre masticó las palabras amenazando con escupirlas sobre el rostro repentinamente pálido del recién llegado.

—Yo, disculpe señor, no sabía... Joder, vaya cagada.

Gloria rompió a reír y le dio unas palmadas en la espalda a Kike.

—Yo ya me iba, no te preocupes. Seré discreta, no le diré a nadie cómo te apellidas. No seas muy duro con él, Aguirre, tampoco ha pasado nada.

—Lo pensaré mientras le arranco la piel a tiras —repuso el inspector clavando una mirada malévola en Kike.

Gloria volvió a reír, luego miró al reloj y exclamó un *¡Eh, qué tarde es!* Se despidió con rapidez y salió corriendo hacia la residencia.

—Inspector, no sé qué decir —murmuró Kike evitando la mirada de Aguirre.

—En esos casos lo mejor es no decir nada —sentenció Aguirre—. ¿Quieres tomar algo? —añadió en un tono más suave ante el rostro compungido del otro. A fin de cuentas Gloria tenía razón, no había pasado nada y el chico parecía espabilado y lleno de una vitalidad contagiosa, no como el inepto de Peláez.

—Eh, sí, señor. Me encantaría tomarme un buen café. ¿Qué tal es el de aquí?

—Superior. Y por cierto, tutéame. Parece que vamos a ser compañeros —y tras

hacerle un gesto a Gregorio, le preguntó a Kike qué era lo que había visto en el depósito.

—¡Ah, sí! —exclamó, recuperando el ánimo—. Han llevado el cadáver del padre Raúl Paredes. Ya veo que no estás al corriente —comentó al ver la expresión de Aguirre.

—Tengo el informe —aclaró el inspector—. Aunque todavía no lo he leído. Pero creía que el cadáver no había sido descubierto aún.

—Pues sí, por una limpiadora que va todas las mañanas a primera hora. A la mujer casi le da un síncope. Pero la policía quiere llevarlo en secreto y no me sorprende: al tipo parece que le haya atacado una manada de lobos hambrientos.

Aguirre abrió su informe hojeándolo con rapidez: Múltiples heridas con objeto afilado. Cinta aislante en muñecas y tobillo. Herida de objeto contundente en la base del cráneo. El informe aclaraba que esa herida no fue la causa de la muerte, lamentablemente para el sacerdote. Y por último: lesiones por mordeduras en abdomen, glúteos, aparato genital... Aguirre apartó el informe con cara de asco.

—Ha cambiado de método, no le prendió fuego, ¿verdad?

Kike negó con la cabeza y tras interrogar con el ademán a Aguirre, tomó uno de los cigarrillos del inspector y lo prendió con evidente deleite.

—Eso comentaban en la morgue: nuevo método y nuevos amigos. —Acercó su cabeza a la de Aguirre susurrando—. Faltaban partes del cuerpo, igual que en el caso de la carnicería. Ahora, en lugar de quemarlos, se los come.

—¡Maldito cabrón! Casi prefería que los quemara. Quizás ese cambio tenga que ver con su amiguita. Parece que se ha juntado con alguien, una mujer, y ella es tan depravada como él.

—Pues vas a flipar, —dijo Kike bajando la voz—. Probablemente no sean dos, sino tres.

La Pasión y Muerte del Padre Raúl Paredes

El padre Raúl Paredes volvía a ser Raulito, un niño de nueve años que lloraba tirado sobre el suelo del patio escolar. Manolo, el crío más grande de la clase, le había vuelto a pegar.

—¡Por idiota! —ofreció por toda explicación el matón y se marchó tras escupirle en la cara.

Raulito lloraba más de rabia que de dolor. De rabia y de miedo. Le palpitaba la cabeza y casi notaba cómo surgía el chichón sobre el que luego le preguntaría su padre.

—Me caí, papá, —susurró, ensayando la excusa—. Jugaba al fútbol y me caí. Me di un golpe contra el suelo. Pero no lloré, no lloré para nada.

Emiliano Paredes, padre de Raulito, era un hombre de manos largas, inteligencia escasa y paciencia más escasa todavía. La primera vez que su hijo llegó a casa lamentándose porque le habían pegado y respondió *nada* a la pregunta de su padre sobre qué había hecho él, recibió dos bofetadas:

—Una por nenaza llorona y otra por...

Como la expresión oral nunca fue el fuerte de Emiliano, le sacudió una tercera bofetada mandándole a la cama sin cenar.

El niño aprendió tres cosas: La primera, que la violencia de su padre no se detenía en su madre. La segunda, que sus bofetadas dolían mucho más que las de sus compañeros de clase y la tercera, que la vida no era justa.

Por aquella época se aficionó a la lectura, los solitarios tienen pocas alternativas, pero en casa no había dinero para libros.

—¡El único papel que entra en esta casa sirve para limpiarse el culo! ¿ESTÁ CLARO? —aulló Emiliano cuando Raulito le comentó que la profesora recomendaba que leyeran algún libro—. O puedes leer la Biblia de tu madre, ella ya debe sabérsela de memoria.

La madre no discutió, jamás lo hacía, y Raulito, que necesitaba su propio refugio, decidió que eso era mejor que nada. Así, a la par que sus compañeros descubrían a Superman, Spiderman, Los Cuatro Fantásticos... él descubrió a Jesús. Decidió que ese hombre-Dios sería su héroe. Toda la desesperanza, frustración e ira contenidas, hallaron consuelo en la lectura del libro sagrado. El niño acabó desarrollando una fuerte convicción religiosa subrayada por un profundo fervor. A partir de los once años, nadie volvió a pegarle. Aunque nunca llegó a ser muy alto, sí que se hizo violento. «Rocky», le decían sus compañeros por la forma que tenía no solo de pegar sino también de encajar golpes. No había quien lo tumbara. A pesar de su recién hallada fe, no renegaba de la violencia ya que tomaba como ejemplo la acción de Jesucristo con los mercaderes del templo, y desde luego pasó por alto aquello de poner la otra mejilla. Así dejó de temer a nadie. A nadie menos a su padre, claro está. Pero Emiliano, que cultivaba con fruición todos los vicios a su alcance, falleció tres

años más tarde de un fulminante ataque al corazón, lo cual dejó a Raúl —ya no era Raulito— en compañía de su madre quien pasó a someterse a su hijo al igual que antes lo hiciera a su marido.

Raúl abandonó pronto el hogar e ingresó en un seminario merced al padre Isla, su profesor de religión, quien quedó impresionado por los excepcionales conocimientos religiosos y el fervor de que hacía gala su alumno. Raúl volvió en raras ocasiones a visitar a su madre y eran encuentros incómodos entre dos extraños con recuerdos amargos en común, pero que poco o nada tienen que decirse tras el saludo inicial.

La última visita que le hizo a su madre fue al hospital, cuando ella agonizaba a causa de un cáncer linfático. Aunque para Raúl, la causa real de su estado era la falta de voluntad para vivir, una pasividad fatal que había presidido toda su existencia, y por ello la despreció.

Curiosamente, ahora se acordaba de ella, inmerso en un mundo de sombras rojas y dolientes, y la llamaba con desesperación.

—Parece que ya vuelve en sí. Está llamando a su mamá —rio la bruja—. Ya te dije que estaba bien.

El Segador no respondió, cortaba largos trozos de cinta aislante que luego ceñía alrededor de los tobillos y muñecas del sacerdote. Cuando estuvo seguro de que el religioso estaba bien amarrado, se encaró con la Bruja.

—Mantenlo apartado —advirtió señalando a la sombra agazapada en un rincón—. Cuando llegue su momento, te lo haré saber. Hasta entonces, no os atreváis a interrumpir mi sacrificio.

Prudencia retrocedió ante la mirada de El Segador, el hombre la excitaba de una forma intensa, algo que jamás le había ocurrido con nadie, salvo que hubiera dolor de por medio. Pero también le temía, sobre todo cuando entraba en esa especie de trance con los ojos en blanco y la baba cayendo de la boca entreabierto de la que surgían sonidos guturales e ininteligibles.

—Hablo con *Él* —le había explicado en una ocasión en que ella se había atrevido a preguntarle—. *Él* guía mis pasos. *Él* es la paz y, cuando culmine mi tarea, estaré a su lado para siempre.

Prudencia podía percibir ese *Él* del que le hablaba. Y no era agradable. Ella no sentía paz alguna, solo una presencia pesada y ominosa de la que quería huir, escapar para ocultarse en el agujero más profundo.

Se sentó al lado de su chico, al que abrazó.

—Tranquilo mi amor, tranquilo. Tendrás lo tuyo, ya lo creo. Dejemos que se divierta, luego será nuestro turno.

Los primeros gritos del padre Raúl quedaron amortiguados por un nuevo trozo de cinta aislante que le cubrió la boca. Luego el cuchillo de filo cruel, prosiguió su tarea con movimientos precisos. El olor de la sangre inundó la iglesia llegando hasta el rincón en el que estaban Prudencia y el chico. La Bruja se vio obligada a hacerse un corte en el brazo con una navaja que sacó de su bolso, para ofrecerle su propia sangre

al chico y conseguir que se calmara. El chupeteo voraz elevó a Prudencia al éxtasis y sus jadeos resonaron uniéndose a los quejidos cada vez más débiles, del desafortunado sacerdote.

Cuando Prudencia apenas podía ya controlar al chico, enloquecido por el olor de la sangre y el sufrimiento procedentes del confesionario, El Segador se incorporó, elevó un recipiente lleno de sangre que sostenía con las manos y musitó algo ininteligible. *Él* estaba ahí. Con ellos en el interior de la iglesia. El chico se encogió contra la pared temblando de pánico y se orinó encima. La Bruja le abrazó con fuerza. Luego la opresión desapareció con la misma rapidez que había llegado. El Segador bajó el recipiente, untó sus dedos en la sangre murmurando por lo bajo y fue hacia el altar. Su mensaje cubriría el ara, así lo quería *Él*.

... vendimia los racimos de la tierra.

Miró hacia atrás.

—Es todo vuestro. No perdáis el tiempo.

No tuvo que decirlo dos veces. El chico y la Bruja se abalanzaron sobre el sacerdote que aún seguía consciente a pesar de las heridas y la pérdida de sangre.

El padre Raúl Paredes era un hombre vigoroso y resistente. No había quien le tumbara. Ahora iba a tener ocasión de lamentar esa fortaleza.

Murió preguntándose en qué habría ofendido al Señor.

El Segador

Él está satisfecho. Pudo entrar al templo tras el sacrificio, ahora es suyo.
Sus enemigos, nuestros enemigos, lo sabrán. Cuando acudan, averiguaremos quiénes son.

Todo forma parte de su plan.

Desea que siga conviviendo con la vieja y su cachorro. Que nos traslademos aquí.

Pronto me acogerá en la paz. Mi tarea no será mucho más larga.

Me siento feliz. Ansío la paz, alejarme de este torbellino.

Pero no me gusta el cachorro de la vieja. Me repugna.

No se lo he dicho, aunque quizás *Él* lo sepa. Si quiere que sea mi compañero, lo será.

Pero no me gusta.

El Inspector

—¿Estás completamente seguro?

—Sí, estuve presente en la autopsia y el forense dijo que había encontrado muestras de ADN en el cadáver del padre Paredes. Eran restos procedentes de tres personas distintas. La policía anda despistada. Tienen la teoría de que los asesinos como El Segador, actúan siempre en solitario.

Aguirre asintió, él pensaba lo mismo. Pero era obvio que El Segador no era un mero asesino psicópata. Por eso andaban ellos tras él.

—Hay algo más —dijo Kike levantando la mano al ver que el inspector iba a intervenir—. Cuando ya me marchaba, oí al forense decir que había coincidencias entre dos de las muestras. Vamos, que dos de esos hijos de puta son familia.

Aguirre reflexionó durante unos instantes.

—No parece que te sorprenda —le dijo Kike.

—No demasiado, la verdad. —Y le comentó la conversación que mantuvo con los padres de Luis, el niño desaparecido.

—¿Una vieja? ¿Un crío enfermo? ¡Joder! ¿Crees que son ellos los que se han unido a nuestro chiflado?

—Estoy casi seguro, aunque no me creo lo del crío enfermo para nada. La presencia de esos dos en el barrio no puede ser casualidad.

—Según la poli, los asesinos no están fichados y los forenses discutían entre ellos si se enfrentaban a fanáticos religiosos o sociópatas. Creo que hicieron apuestas y todo. En fin, poco más te puedo contar, me tuve que venir en cuanto me avisaron que me esperabas. —De pronto, ante el asombro de Aguirre, se echó a reír—. Perdona, perdona, es que me estaba acordando del ataque de risa que me dio cuando empezaron a apostar. Ahí estaba lo que quedaba del pobre curita, todo mordisqueado y acuchillado, y los tíos esos hablando de jugarse un almuerzo con sus tapas y sus cervezas.

El inspector no pudo evitar una sonrisa malcontenta.

—En fin, volviendo a lo de antes, ¿tienes idea de quiénes pueden ser? —preguntó Kike.

—Lo cierto es que no, quizás una de ellas fuera amiga de Filomena, la madre de Lorenzo, el carnicero asesino —le aclaró a Kike que le miraba sin comprender—. Pero no tengo ni idea de quién puede ser —encendió un cigarrillo que caló con fuerza—. Sea quienes sean, nos enfrentamos a tres monstruos, Kike, tienen muy poco de humano.

—Y ellos se enfrentan a nosotros dos y les vamos a dar guerra —repuso Kike con una media sonrisa desafiante.

Aguirre asintió dándole una palmada en el hombro.

—Sí, chaval, somos dos. Y me alegro, —añadió de pronto, sintiéndolo de verdad.

—Vaya, por un momento temí... bueno, en la Agencia todos te tienen por... —

torció el gesto, fastidiado—. A veces hablo demasiado.

Aguirre soltó una carcajada áspera.

—Tranquilo, sé perfectamente lo que piensan de mí en la Agencia y no me importa lo más mínimo. —Se echó hacia adelante repentinamente serio—. No quería un compañero, no te voy a engañar, pero no me han dejado opciones y la verdad, ahora que te he visto, quizás la idea no sea tan mala.

—Gracias, eso me tranquiliza —dijo Kike.

—Vale, no nos pongamos sentimentales. ¿Qué tal otro café?

Pidieron los cafés y cayeron en un silencio que no incomodó a ninguno de los dos, cada uno sumido en sus pensamientos.

Aguirre sorbió el café observando a su joven acompañante con detenimiento. Vestía pantalón vaquero y chaqueta negra de cuero bajo la que llevaba una camiseta también negra, con una leyenda que rezaba *Rock or Die!* Tenía un tatuaje en el cuello: una de esas letras japonesas o chinas. *Ideogramas*, pensó. *Se llaman ideogramas*. El chaval parecía avisado, lleno de energía e iniciativa. Su rostro era franco, el de alguien con todo por delante y ganas de disfrutarlo, hasta que llegabas a los ojos, ahí anidaba la tristeza que desmentía el desparpajo con que se comportaba.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Aguirre—. Me refiero a todo esto —se explicó ante le expresión confundida del otro—. No sé por qué has acabado en la Agencia, pero sí sé que nunca es sencillo.

Kike apretó los labios mientras fruncía el ceño.

—Supongo que todavía estoy algo confuso —respondió al cabo de unos instantes—. Aún duele bastante. Intento no obsesionarme, me dijeron que no serviría de nada, así que... —Se pasó la mano por la frente en un vano intento de borrar lo que le atormentaba—. No quiero hablar, no te ofendas, pero no me siento preparado.

Aguirre comprendía perfectamente por lo que estaba pasando el otro y no insistió. Volvieron a quedar en silencio, Aguirre con la mirada perdida en la calle donde la tarde se teñía de grises que prometían lluvia y Kike con la cabeza gacha, el pelo desordenado cubriéndole el rostro.

El inspector acabó sacando un par de pitillos y ofreció uno a Kike.

—Si en algún momento necesitas hablar, estaré aquí —dijo encendiendo los cigarrillos—. Y ahora más vale que nos pongamos en marcha, en la Agencia estarán preguntándose si te he devorado de un solo bocado o todavía te estoy torturando.

Kike

Gloria volvía a casa con la cabeza gacha intentando ocultar el rostro del gélido aire que se colaba, buscón y sobón, por todos los resquicios. El invierno se presentaba ese año más crudo que de costumbre. Los casos de afecciones pulmonares entre los ancianos se habían multiplicado en los últimos días y, aunque agotador, el trabajo extra atendiendo a tanto enfermo le había venido bien; tener el tiempo ocupado evitaba que su mente volviera a los terribles sucesos de la carnicería. Por no hablar de lo sucedido con el padre Paredes que había desatado una oleada de pánico en todo el barrio. Hacía varios días que la gente apenas salía por la noche y quienes como Gloria, se veían obligados a recorrer las calles tras la puesta del sol, lo hacían con el paso ligero y el miedo pisándoles los talones. Poco consuelo suponían las patrullas policiales que recorrían Los Llanos, El Segador se había burlado de las fuerzas de seguridad hasta el punto de cometer dos asesinatos en la misma iglesia.

—Hola, Gloria.

La chica dio un chillido dejando caer el bolso en el que buscaba las llaves del portal. Al ver quien era, se llevó una mano al pecho conteniendo una risa que sonó entre histérica y aliviada.

—¡Kike! ¡Qué susto me has dado! Ni te oí venir.

—Soy muy sigiloso —respondió él con una amplia sonrisa—. Siento haberte asustado.

—Tranquilo —contestó Gloria aceptando el bolso que él había recogido del suelo—. Supongo que andamos todos con los nervios a flor de piel.

Él inclinó la cabeza observándola con ojos rientes. Vestía la misma cazadora que en el bar, pero la camiseta era otra, también negra, aunque en esta ocasión se podía leer *Carpe Diem* escrito en letras rojas.

—Hace tiempo que no os veía —comentó ella—, desde lo de... Bueno, a ti solo te he visto una vez...

—Pues probablemente nos veamos más veces, porque no nos marcharemos hasta atrapar a ese hijo de puta.

—¿Qué querías? —preguntó ella, tras unos instantes de silencio en que comenzó a dar saltitos para alejar el frío—. Perdona que sea tan brusca, pero llevo un día infernal y sueño con una ducha y... ¿Ha pasado algo? ¿Ha vuelto a...? —Se quedó paralizada mirándole con los ojos muy abiertos. La posibilidad de que El Segador hubiera vuelto a matar la aterrorizaba.

Él negó con la cabeza.

—No, no, llevamos unos días muy tranquilos.

—Quizás se haya marchado a otro sitio —sugirió ella con un atisbo de esperanza en la voz.

—No lo creo. Me temo que está agazapado, esperando a que nos confiemos para organizar otra matanza. Ya sabes, lo de la calma que precede a la tempestad. No

preguntas por qué, pero tenemos la impresión de que se encuentra a gusto en Los Llanos.

—¡Qué horror! —exclamó Gloria mezclando los escalofríos del miedo con los del frío—. Mejor será que suba o mi madre comenzará a preocuparse, —añadió ante el silencio de él.

—¿Y por qué no te tomas algo conmigo? Algo calentito, quiero decir. Podemos charlar un rato, no sé... —Lo dijo de corrido mientras la miraba con expresión anhelante—. Si te apetece. Ya sé que estás...

—Vale —aceptó ella sorprendiéndose a si misma—. Le envío un mensaje a mi madre por el móvil y nos vamos, tampoco me apetece encerrarme en casa, y contigo estoy segura, ¿no?

—Claro que lo estás —respondió él guiñando un ojo—. Como mucho, puede que te roben un beso —acabó, riendo.

Ella frunció el ceño para sumarse enseguida a las risas de él. Su buen humor era contagioso y últimamente a ella le faltaban motivos por los que reír.

—Eso ha sido una estupidez, Kike, una de las gordas. —Aguirre apuró el cigarrillo exhalando el humo con rabia malcontenta—. ¿Qué coño estabas pensando? Si has de establecer un contacto, yo te diré con quién y cómo, y siempre será por motivos relacionados con el caso. ¡Maldita sea! ¿Quieres que te larguen?

El aludido negó cabizbajo.

—No, es solo que...

—Sé perfectamente lo que buscabas —le interrumpió Aguirre algo más calmado—. Pero no estamos aquí para eso. En la Agencia están dispuestos a trasladarte, has cabreado a bastante gente.

La expresión de alarma en el rostro de Kike impulsó al inspector a suavizar el tono.

—No lo harán, al menos no esta vez. Les he prometido que no volverá a ocurrir, porque no volverá a ocurrir, ¿verdad?

Kike negó con la cabeza, —No volveré a ver a Gloria sin tu permiso, tienes mi palabra —musitó débilmente—. Y gracias.

Aguirre le dio una palmada en la espalda y le ofreció un cigarrillo que el otro aceptó

—Vamos a tomar algo —dijo con suavidad—. Algo para matar un poco este frío de los cojones.

MUERTES

El Inspector

Aguirre se había perdido varias veces dando vueltas y más vueltas en un vano intento de ubicarse. Al final y a punto de darse por vencido, reconoció la plaza bordeada de palmeras en que desembocaba la amplia calle.

Había cambiado, los árboles estaban más altos y frondosos. También observó que había algunos comercios que antes no estaban: un par de fruterías y un moderno centro de masajes con Spa. Pero otros que recordaba; un kiosco y la peluquería a la que iba siempre a cortarse el pelo, ya no estaban. Se quedó inmóvil, perdido en sus recuerdos.

—*Cerezos, la calle de los Cerezos —había dicho ella cogiéndole del brazo—. Me gusta el nombre, aquí vamos a ser muy felices, cariño.*

Y se habían besado.

—*Nos haremos viejecitos aquí —y los dos se habían reído.*

—*Soy tan feliz.*

Y él había respondido que también lo era, tanto que a veces dolía.

Ella le pidió que no dijera eso y luego le había vuelto a besar.

Dedicó buena parte de la tarde a pasear con la esperanza de verlas. Procuró moverse con discreción, buscando las sombras de los árboles, no quería que ningún conocido le viera. Corría un riesgo importante y si se enteraban en la Agencia, no iba a gustarles y menos tras lo ocurrido con Kike. *¡Qué coño!*, pensó, *necesito verlas y no pienso hablar con ellas. Nadie tiene porque enterarse.* Llevaba varios días sin nada que hacer, el maldito Segador parecía haberse tomado un descanso y la inquietud le estaba corroyendo las entrañas. Demasiado tiempo para pensar, para recordar.

Entonces las vio. La niña iba dando saltitos por la acera, como si saltara de piedra en piedra cruzando un río. Cada tres o cuatro saltos se volvía gritando:

—*¡Mira, mami! ¡Mira como salto!*

Y pegaba un salto con todas sus fuerzas. La mujer, que la seguía con paso ligero, frunció el ceño advirtiéndole que tuviera cuidado.

—*A ver si te caes, Eva, cariño. Que es tarde y no se ve bien.*

Siempre tan melindrosa, pensó Aguirre. A ver si te caes, a ver si te atragantas, a ver si acabas llorando...

Hubo un tiempo en que se preocupaba así de él. Fue un tiempo breve. Demasiado. La relación comenzó a hacer aguas muy pronto y la chiquilla fue un intento de recuperar algo que en realidad nunca habían tenido. De hecho, aceleró el deterioro hasta convertir el hogar en un infierno. Se preguntaba muchas veces, desde cuándo le habría estado engañando con el vecino y si habría habido otros antes. Claro que él tampoco había puesto mucho de su parte. Tragó fuerte intentando deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. ¿Cuánto hacía que no veía a la niña? Tenía un problema con el paso del tiempo, más de una vez se encontraba haciendo esfuerzos

por recordar el día que era. Lo atribuía a la tensión, las horas en vela y quizás a algo más sobre lo que prefería no pensar.

—Demasiado tiempo en cualquier caso —murmuró, respondiéndose a sí mismo. Curiosamente, ver a su ex no le produjo emoción alguna y esa carencia sí le entristeció provocando un contrasentido que en otras circunstancias le hubiera llevado a reírse. Hoy no tenía ganas de reír. Ninguna. De pronto una presencia a sus espaldas hizo que se volviera con un sobresalto.

—Hola, Javi. ¿No tendrás un cigarrillo?

—Coño, Baldo. ¡Qué susto me has dado! Pensé que nadie me vería aquí, quiero decir, no vayas a pensar que... Además, ¿qué haces tú aquí?

El anciano le dio una palmada en la espalda.

—Nada dando un paseo, supongo... —por unos instantes su expresión fue de perplejidad—. No sé, —dijo finalmente—, pero mira por donde voy a encontrarme contigo justo cuando me moría por fumarme un cigarrillo. Venga ese pitillo, Javi.

Tras encenderse el cigarrillo, señaló con la cabeza hacia las dos figuras que se alejaban.

—¿Conocidas tuyas?

—Mi ex y mi hija.

—¿No vas a hablar con ella? Con la niña, quiero decir. Imagino que a tu ex ya le habrás dicho todo lo que tenías que decirle en su momento.

Aguirre negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Te lo han prohibido?

—Sí, algo así.

Baldo enarcó las cejas:

—vamos, Javi, siempre hay formas. No dejes asuntos pendientes.

Aguirre no tuvo ocasión de replicar porque sonó su móvil. Siempre se enredaba con alguno de los paquetes de tabaco que llevaba encima, y cuando consiguió sacarlo del bolsillo y ponérselo en la oreja, Baldo ya no estaba. Aguirre frunció el ceño, ¿dónde diablos se había metido? Y eso de que estaba dando un paseo y encontrarse con él justo en ese lugar...

—¿Aguirre? ¡Aguirre! ¡Por Dios, contesta si estás ahí!

—¿Gloria? —contestó, alarmado, olvidando momentáneamente a Baldo— ¿Eres tú? —No reconocía el número de la pantalla. Luego averiguaría que ella le llamaba desde la residencia.

—Algo ha atacado la residencia, la policía está persiguiéndole.

—¡Qué! ¿Algo? ¿Qué quieres decir? ¡Voy hacia allá ahora mismo! ¿Estás bien, muchacha?

No hubo respuesta, solo un llanto apagado.

—Gloria, ¿te han hecho daño?

—No, no —balbuceó ella—. No soy yo, es Baldo.

—¿Baldo? Pero si hace un momento estaba...

—Está muerto, Aguirre. Baldo está muerto.

El Segador

El cachorro de la vieja apesta, se lo he dicho a ella y se ha burlado de mí.

—Es solo un niño —me ha dicho, haciéndome muecas.

Él tiene planes. Planes para mí y para ellos. Los otros deben sufrir. Ya no visitaré más lugares. Mi misión acabará aquí. Después vendrá la paz...

El cachorro apesta y ella se ha burlado de mí. Cree que tiene derecho porque al fin me ha recordado de otro tiempo. Entonces me temió tanto que salió huyendo. Ahora cree que no tiene motivos para el miedo, que nos une la sangre. Cree que esos lazos la protegen.

Se equivoca. Y lo lamentará...

La Muerte de Baldo

—Gloria, ¿eres tú?

—Eh... Sí, doña Virtudes, soy yo.

—Pero, muchacha, ¿se puede saber qué haces a oscuras en el cuarto de las escobas?

La joven salió al pasillo con una sonrisa nerviosa mientras se recogía el pelo en una coleta apresurada.

—Esto... buscaba una bayeta, don Rosendo se despertó con sed y ha vuelto a derramar el zumo. Venía con tanta prisa que no he encendido ni la luz.

Virtudes Hinojosa frunció los labios, algo pasaba, de eso estaba segura, lo malo era que no sabía qué. Encendió la luz del cuarto y lo examinó a fondo. No había nada extraño, todo parecía en su sitio: las escobas, los mochos, un montón de trapos, botes de todos los colores y tamaños... Se volvió hacia Gloria que mantenía la vista fija en el suelo.

—Bueno, ¿vas a limpiar ese zumo o esperarás a que se evapore?

La chica levantó la cabeza con expresión sorprendida.

—Cla, cla, claro doña Virtudes.

Gloria entró de nuevo al cuarto para coger un cubo y un mocho, luego apresuró el paso dejando atrás a la suspicaz directora. Al girar por el pasillo a la derecha, oyó a alguien corriendo tras ella. Se detuvo ahogando un grito cuando la asaltó un torbellino de risitas y abrazos.

—¡Tú! —exclamó Gloria dejando a un lado los útiles de limpieza— ¿Dónde te habías metido? Pensé que la Arpía nos había pillado. ¿Cómo lo has hecho? Estabas conmigo en el cuarto y de pronto... ¿Cómo lo has hecho?

—Conocí una vez a un mago, un ilusionista: ¡El Gran Dudu! Era un buen tío, nos fuimos un par de veces de fiesta por ahí. Me pregunto qué habrá sido de él... —meneó la cabeza saliendo de su momentáneo ensimismamiento—. A lo que iba, el tipo me contó algunas cosas de los magos. Entre otras, me dijo que con el movimiento se atrae la atención, vaya, que distraes al público haciendo aspavientos con una mano mientras ejecutas el truco con la otra. Y al contrario también funciona: la inmovilidad no llama la atención, lo que más activa la vista es un objeto desplazándose. Así que me agaché entre las escobas, me quedé muy quitecito y ya ves, tu querida Arpía ni me vio.

La chica chasqueó la lengua, incrédula.

—Vamos, no querrás que me crea esa patraña, ¿verdad? Por quieto que estuvieras, te habría visto ahí dentro. Menuda es esa, no se le escapa una.

—Te juro que es cierto, lo único que tuve que hacer fue estarme quietecito. Además, la tipa esa, seguro que es corta de vista.

Gloria le dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Supongo que con ese pelo te confundiría con un mocho. Eres un diablillo, no sé

lo que voy a hacer contigo.

—Pues a mí se me ocurren un par de cosas.

—Oye tú, que solo nos conocemos desde hace un par de semanas.

Él fingió hacer un esfuerzo como si recordara.

—¿Tanto? —dijo al final con expresión inocente—. Pues fíjate que parece que fue ayer. —La abrazó intentando darle un beso.

Ella apartó los labios riendo.

—Kike, Kike ¿Qué me estás haciendo? —Luego se puso seria y echándole los brazos al cuello, le besó con fuerza.

Baldo despertó de golpe con la sensación de que se ahogaba. Dio rienda suelta a un violento ataque de tos repleto de flemas que desbordaron el pañuelo de papel que se llevó a la boca. Cuando consiguió controlarse, arrojó el pañuelo al suelo con un gesto de asco mientras maldecía por lo bajo. Luego echó las mantas a un lado y se arrodilló trabajosamente en el suelo, tanteando bajo la mesilla de noche hasta dar con el paquete de tabaco que había pegado con cinta adhesiva al fondo del mueble.

—A la mierda —farfulló—, voy a echar un pitillo.

Abrió la puerta de su habitación con cautela, deslizándose a continuación por el pasillo con todo el sigilo del que era capaz. Dirigió sus pasos hacia el vestíbulo de la residencia pensando que, con suerte, la Arpía se habría ido ya a dormir y la enfermera de guardia estaría haciendo la ronda, con lo que podría fumar a sus anchas. El olor a humo se habría disipado para el día siguiente. Sonrió para sus adentros, le encantaba romper las normas, aunque fueran chiquilladas como fumar a escondidas. Le hacía sentirse vivo.

Virtudes Hinojosa, directora y dueña de la residencia *El Júbilo Dorado*, andaba hacia el mostrador con la mosca tras la oreja. Tenía la absoluta certeza de haber oído dos voces en el cuarto de limpieza y estaba dispuesta a apostar una caja de sus bombones favoritos...

Rellenos de licor. Una cajita al día. Su único vicio. Casi.

... a que una voz pertenecía a Gloria y la segunda era masculina. Sin embargo, aparte de la chica, no había visto a nadie en el cuarto. De todos modos, tenía intención de hablar seriamente con la muchacha. Había tenido mucha consideración con ella por lo de ese exnovio o lo que fuera suyo, el *carnicero asesino*, pero todo tenía un límite. Alcanzó el mostrador y abrió el cajón para coger los bombones. Pensar en ellos y querer comerse unos cuantos fue todo uno. Se llenó la boca con tres piezas de chocolate. Sintió una punzada de culpabilidad que descartó enseguida. *El chocolate es un antioxidante*, pensó. *Y levanta el ánimo*. Luego se metió otras tres, lo cierto es que andaba algo decaída esos últimos días.

Años, estos últimos años.

Echó una mirada ansiosa a la caja, decidió guardarla para cuando volviera a su dormitorio en la propia residencia. A fin de cuentas, eran ya más de las once. Gloria podía encargarse de todo y, si ocurría algo, solo tenía que despertarla.

Estaba recogiendo cuando le pareció oír un ruido furtivo, como si alguien anduviera de puntillas. Echó un vistazo atemorizado a su alrededor, pero solo distinguió las sombras arrojadas por las luces de la calle y la lámpara que había sobre el mostrador pensada únicamente para la lectura. Al lado del redondo foco luminoso reposaba *Los Renglones Torcidos de Dios*, un libro que había leído multitud de veces.

—Una obra maestra —dictaminaba a quien mostraba curiosidad por la obra—. No como lo que se escribe ahora.

Segura de encontrarse sola, se reprendió por asustarse de esa manera. Si de algo presumía Virtudes Hinojosa era de ser una persona sensata, con los pies bien plantados en la tierra. Desde niña había hecho gala de esa cualidad y sus padres siempre habían alabado la madurez de su hija que por otra parte les venía muy bien, ya que no podían estar mucho tiempo con ella debido a sus trabajos: abogado, Rafael Hinojosa y enfermera —origen de la vocación de la propia Virtudes— Gema Morote. Fue hija única y criada prácticamente por su abuela materna, Leonor Calatayud, quien se ocupó de inculcarle valores firmes y sólidos.

Una señorita no grita en público. Una señorita no silba. Una señorita no interrumpe a los demás. Una señorita no come nunca demasiado. Una señorita jamás muestra sus sentimientos...

Tan leal fue a los postulados de su abuela, que Virtudes jamás se casó. No había nadie digno de ella y es que...

Ya no quedan caballeros. Si hubieras conocido a tu abuelo. ¡Dios lo tenga en su gloria!

... su abuela no creía que hubiera hombre lo bastante bueno para su nieta. Leonor

falleció cuando Virtudes contaba dieciocho años. La por entonces joven estudiante de medicina, la lloró con fuerza en su única demostración pública de sentimientos. Quizás la fallecida no la hubiera aprobado ni siquiera en esas circunstancias.

La residencia *El Júbilo Dorado*, se hizo realidad merced a la generosa herencia que Leonor legó a su nieta. Hija única, nieta única se encontró con la vida solucionada y decidió que la dedicaría a los demás y, quizás en inconsciente homenaje a su abuela, esos demás serían los cada vez más numerosos miembros de la llamada tercera edad. Así, en cuanto acabó los estudios, puso manos a la obra buscando el local adecuado y acabó por instalarse en el barrio de Los Llanos al frente de *El Júbilo Dorado*.

Sus padres se divorciaron al poco tiempo de fallecer Leonor. Con el divorcio se limitaron a hacer oficial lo que era una realidad desde hacía años. Apenas se veían entre ellos y aún menos, a Virtudes. A partir de la separación, los vio todavía menos. Al principio, quedaba de vez en cuando con su padre. Él se había vuelto a casar con otra abogada veinte años más joven, casi de la edad de Virtudes. Con el tiempo, tuvieron hijos y las visitas se fueron convirtiendo paulatinamente en ocasiones incómodas en las que tenían cada vez menos que contarse y terminaron por espaciarse cada vez más.

En cuanto a su madre, se había marchado a un país africano con una ONG —*algo sin fronteras*— y Virtudes solo recibía la ocasional felicitación de Navidad que le recordaba que su madre seguía viva en un lugar cuyo nombre Virtudes apenas podía pronunciar.

Así que sin más vínculos emocionales, se había dedicado en cuerpo y alma a la residencia, haciéndose cada vez más rica aunque de una manera casi involuntaria, nunca había sentido demasiado afán por el dinero.

El problema surgió cuando comenzaron los sueños. Sueños que la dejaban sucia y agotada. Eran episodios en los que aparecían conocidos de la más diversa procedencia: el tendero del barrio, el policía local, el conductor de la ambulancia, el camarero... Todos ellos solo tenían dos rasgos en común: que eran hombres más bien sencillos, algo bastos, sin demasiada formación, y que aparecían en los episodios nocturnos de Virtudes como Dios los había traído al mundo. No se atrevió a consultar el caso con su médico —demasiado mayor para tomar parte en alguna de sus fantasías— y solo tuvo el valor de comentarle que tenía problemas para dormir, por lo que el facultativo le recetó unos somníferos que de poco le sirvieron. Al final recurrió al chocolate y a una botella que guardaba bajo llave. El chocolate porque estando en una cafetería, oyó a un grupo de mujeres comentar entre risitas que quien no tenía sexo le daba al chocolate. El comentario escandalizó a Virtudes quien abandonó de inmediato el local no sin antes fulminar al grupito con la mirada. De todos modos, la conversación estuvo rondándole varios días hasta que decidió que no perdería nada por probar. Comenzó con unos bombones rellenos de licor que había probado en una ocasión. La combinación de dulce y alcohol la entusiasmó y, a pesar

de que aún tenía algunos sueños, ya no le importaba tanto. De hecho, aunque jamás lo hubiera reconocido, disfrutaba de ellos. Recientemente había decidido que tomar una copita de «algo» antes de dormir tampoco le haría daño, así que había adquirido una botella de brandy, *Cardenal Mendoza*, que le gustaba por su regusto dulzón. La combinación de bombones y copita la dejaba sumida en un letargo tan agradable que había acabado por prescindir de las pastillas que le recetara el médico. En cuanto a los ocasionales sentimientos de culpabilidad, los reprimió con fuerza, alojándolos en lo más profundo de su conciencia.

Se desperezó poniéndose en pie para marcharse a su cuarto e iniciar el ritual de la copita, y al hacerlo le llegó un olor nauseabundo. Se apresuró a olerse las axilas con aprensión, sabía que en ocasiones su «olor corporal» era algo fuerte —normal con tanto trabajo— pero eso rayaba en lo insoportable. Cuando se levantaba para ver si había pisado algo «sospechoso», no era la primera vez que un anciano aprovechaba alguna ausencia suya para dejarle un «regalito» debajo de la silla, una mano le cubrió la frente y tiró hacia atrás con violencia —la peste provocó arcadas a Virtudes impidiéndola gritar— y unos dientes afilados se clavaron en su cuello destrozándolo. La caja de bombones cayó al suelo con la misma rapidez que se diluyó la resistencia de Virtudes. Su último pensamiento fue para su abuela:

Las señoritas no gritan en público.

Al cabo de unos instantes, Virtudes era un cadáver sobre el que se inclinaba una sombra que gruñía y chupaba con voracidad. Fue entonces cuando Baldo apareció.

—Estate quieto.

—Vamos, solo un besito más.

—Lo digo en serio, Kike, he oído algo.

—Hum, no será que estás *sintiendo* algo.

—Quí-ta-te —insistió ella, tapándole la boca para que se callara.

Entonces oyeron una voz muy débil y a continuación un grito que más parecía animal que humano.

—Dios mío, ¿qué ha sido eso?

—Quédate aquí, nena. Voy a ver qué ocurre —la expresión del joven era repentinamente grave.

—Mira, *nene*, —le soltó Gloria, visiblemente irritada—, quédate tú si quieres, esta es mi gente así que yo seré quien vaya a ver qué ocurre.

Kike se giró, su gesto era serio.

—Gloria, puede ser peligroso. Si ese tipo está por aquí... No quiero que te ocurra algo.

—No seas bobo, —replicó ella poniéndose los zapatos y abriendo a continuación la habitación desocupada en la que se habían metido—. Dudo mucho que El Segador ese vaya a meterse aquí con tanta gente. Será alguno de los abuelos que ha tenido una pesadilla, pero me voy a dar prisa porque como lo oiga la Arpía, sí que será peligroso.

—No sé, quizás tengas razón en lo de El Segador, pero esos gritos no parecían humanos. Quizás se haya colado un perro callejero. Hay muchos por aquí deambulando, sobre todo por la noche. Creo que deberías quedarte, llamar a la policía...

Gloria salió al pasillo dejándole con la palabra en la boca. Una vez fuera se detuvo e inclinó la cabeza, pero no consiguió oír nada. También era difícil ver algo, ya que por la noche solo funcionaban las luces de emergencia para no molestar a los residentes.

—Ahora no se oye nada, —comentó Kike.

—Vaya, qué observador —se burló Gloria—. Anda vamos, voy a hacer la ronda. Ya te he dicho que seguramente ha sido uno de los abuelos. No creo que sea peligroso —añadió riéndose de él—. Acompáñame y luego nos tomamos un cafetito.

—¿Un café? Yo preferiría tomarlo después de... ¿Qué ocurre? —Ella se había detenido de repente arrugando la nariz con asco.

—¿No hueles? ¡Dios! ¡Qué peste! ¡Oh, mierda! Me juego algo a que Angelines está pintando otra vez.

—¿Angelines? ¿De qué estas hablando? ¡Eh! ¡Espérame! —Gloria había echado a correr.

—Angelines es una abuela que prácticamente no se ha movido desde que la trajeron aquí —aclaró Gloria mientras avanzaban a paso ligero por el pasillo hacia las habitaciones de las mujeres—. Pero las dos veces que sí lo ha hecho, se cagó en el suelo y luego se puso a pintarrajearlo todo. No tienes idea de la que armó. Nunca creí

que cupiera tanta mierda en...

Al doblar el recodo que llevaba hasta los cuartos de las mujeres, Gloria tropezó contra un bulto tirado en el suelo. Kike la agarró a tiempo, evitando que cayera de bruces.

—¿Qué es eso?

—No sé, parece un...

Entonces el bulto gimió. Gloria se acercó con rapidez pensando que sería uno de los residentes que había sufrido una caída. Algunos eran sonámbulos aunque con la medicación se suponía que eso no debía pasar.

—¡Baldo! —exclamó reconociendo al caído. Tomó con suavidad la cabeza del anciano que estaba tumbado de lado y la volvió hacia ella. Estuvo a punto de soltarla. Ese lado de la cara no existía. Se lo habían arrancado y a través del boquete, Gloria distinguió los dientes y la lengua del anciano. No era la única herida que había sufrido, tenía el cuerpo cubierto de desgarros por los que se escurría la vida. Un reguero de sangre llegaba hasta el vestíbulo, era evidente que al anciano le habían atacado en la entrada a la residencia y que se había arrastrado hasta allí huyendo de su agresor.

—Gloria —susurró Kike con urgencia—, escúchame.

Ella le hizo callar con un gesto impaciente.

—Llama a una ambulancia, Kike —le pidió controlándose a duras penas. Quería ponerse a gritar lo más fuerte posible—. Está muy mal. —Intentaba taparle las heridas con las manos para detener las hemorragias, pero eran demasiadas.

—No se puede hacer nada por él, nena.

—¡Eso no lo sabes! —se revolvió ella, furiosa—. ¡Llama una puta ambulancia! Estaba gimiendo. Aún está vivo.

Kike se agachó y tomó las manos de ella aunque no dejaba de mirar hacia el vestíbulo.

—Mírale, vamos mírale. —Ella lo hizo, Baldo era una figura inerte de ojos abiertos de par en par. Ojos vacíos.

—Agonizaba, ya ha muerto, Gloria y no hay nada que podamos hacer, pero tú estás en peligro.

—¿De qué estás hablando?

—Tienen que haberle atacado hace unos segundos y me temo que quien lo hiciera, no debe de andar muy lejos. El hedor es más fuerte aquí.

Gloria se incorporó lentamente mirando hacia el pasillo que habían dejado atrás y luego hacia el vestíbulo. No vio nada.

—¿Dónde crees que estará?

Kike le indicó que guardara silencio.

—¿Lo oyes? —cuchicheó al cabo de un rato.

Ella asintió, unos crujidos que venían desde el vestíbulo acompañados de un sonido que recordó a Gloria el de un sumidero por el que está pasando gran cantidad

de líquido.

—Viene de la entrada —dijo Kike tomándola de la mano y dándose la vuelta—. Vámonos, hay que buscar ayuda. Tengo que hablar con Aguirre.

—¡Dios mío! —exclamó Gloria.

—¿Qué, qué?

El hedor aumentó de intensidad provocándole una arcada a Gloria que señaló hacia adelante con una mano temblorosa. Kike siguió la dirección de la mano. Una sombra deformada se dibujaba contra el ventanal de la entrada. La figura estaba inmóvil, observándoles. De una de sus manos, pendía algo alargado que goteaba. Era difícil distinguir sus facciones a contraluz. Gruñía, un sonido que fue en aumento y entonces la sombra saltó hacia delante con un aullido estremecedor. Lo hizo con tal rapidez que a Gloria no le dio tiempo ni a girarse para huir. Kike sin embargo, fue más rápido. La empujó con fuerza gritándole que corriera y se enfrentó al ser. Alrededor de Gloria el tiempo se ralentizó. Alcanzó a ver por el rabillo del ojo que algunos de los residentes de *El Júbilo Dorado* salían al pasillo alertados por los gritos. Por el otro lado, Kike se agachaba adoptando una postura que le recordó a la de un luchador de sumo y eso, increíblemente, le dio ganas de reír. De pronto perdió el equilibrio, había resbalado en la sangre de Baldo, y sintió como el tobillo cedía haciéndola caer. El dolor hizo que el tiempo recuperara de golpe su ritmo normal y se vio rodeada de gritos, gruñidos y el espantoso hedor que la envolvía como un sudario.

—¡Corre! ¡Saca a esa gente de aquí! ¡¡Llama a Aguirre!!

La voz de Kike la impulsó a levantarse, aunque apenas podía apoyar el pie, notaba el tobillo hinchándose por momentos. *Que no esté roto*, rezó. Si era una fractura no podría apoyarlo. Se incorporó con dificultad, a punto de resbalar de nuevo sobre la sangre de Baldo, y apoyó el pie con cuidado. La punzada de dolor casi la hizo caer de nuevo, pero el tobillo soportó su peso. No parecía que hubiera nada roto, así que, cojeando, fue en dirección a los ancianos, ordenándoles que se dirigieran hacia la salida de emergencia. Tenía que sacarlos a la calle, llamar a Aguirre y rezar para que Kike pudiera contener al monstruo con el que estaba luchando.

Y que no muera intentándolo. Apartó el pensamiento.

—¡Vamos, vamos! —ordenó a los ancianos. Algunos estaban paralizados con la mirada perdida. *Malditos sedantes*, pensó la chica. Consiguió organizar a los más capaces para que ayudaran a los que tenían dificultades y finalmente encabezó una fila de ancianos asustados que renqueaba hacia la salvación. Detrás solo oía los ruidos de la pelea: gruñidos y jadeos acompañados de golpes sordos. Gloria prefirió no mirar. Nada podía hacer por ayudar a Kike. Su prioridad ahora eran los residentes.

Recorrieron el pasillo y giraron a la derecha, al final del mismo distinguieron la puerta de emergencia que ya estaba abierta. Algunos de los ancianos se habían adelantado y ahora ayudaban a los demás a salir al exterior.

—Hay que llamar a la policía.

—Ya la he llamado —informó Cipriano, un abuelo que jamás se separaba del

móvil por si recibía llamada de sus hijos. Por fin había podido darle utilidad al aparato.

Y confirmando lo dicho, a lo lejos se oyeron las primeras sirenas. Gloria viendo que estaba todo controlado, y contra su impulso más racional, decidió volver a internarse en la residencia en busca de Kike.

Nada podrás hacer si esa monstruosidad ha acabado con él, pensó. Su corazón sin embargo, le decía lo contrario, que acudiera a ayudarlo. Nunca había sentido la oleada de emociones que despertaba Kike en ella.

—Así que esto es el amor, —susurró para sí mientras cojeaba hacia donde había dejado a los dos contendientes—. Hacer el tonto arriesgando tu vida.

Se detuvo lo suficiente para descolgar un extintor de la pared. No creía que como arma fuera a servirle de mucho, pero era mejor que nada.

Cuando llegaba al recodo que daba a la zona de la pelea, oyó con toda claridad los aullidos de las sirenas policiales y los gritos ininteligibles de los curiosos que se arremolinaba en el exterior. La cacofonía le impedía distinguir sonido alguno en el interior.

Chica, vete por donde has venido. Ya está aquí la policía, ¿qué vas a hacer tú que ellos no hagan mil veces mejor?

Aun así, no se detuvo, pasó el recodo y entonces la arrollaron. Un remolino maloliente con la rapidez y fuerza de un ariete la apartó a un lado haciéndola caer sobre el tobillo magullado. El dolor la hizo gritar y eso atrajo la atención de su agresor que se giró con agilidad simiesca hacia ella. A Gloria se le encogió el alma. El rostro que la observaba estaba medio oculto por unas greñas tiesas que recordaron a Gloria a esa monstruosidad con serpientes en lugar de cabello que viera en una película. Solo distinguía un ojo enloquecido y ansioso. Un profundo gruñido surgió de la garganta del ser y Gloria sintió como se encogían sus entrañas. Estaba ante un depredador y ella era la presa. Levantó el extintor intentando sacar la arandela de seguridad con dedos temblorosos. Entonces el monstruo avanzó y Gloria se orinó encima.

—ALTO, POLICÍA.

El depredador levantó la cabeza mirando más de allá de la chica, luego con una velocidad endiablada echó a correr pasillo abajo.

—¡FUEGO!

Los disparos hicieron reaccionar a Gloria que se aplastó instintivamente sobre el suelo gritando de miedo y también de alivio. Prefería morir de un disparo a tener que seguir ante la mirada de ese ojo inhumano que le removía las entrañas.

—LE HE DADO, LE HE DADO.

—VAMOS, SE ESCAPA.

Varios policías pasaron corriendo al lado de Gloria que seguía encogida y con las manos sobre los oídos, no era consciente de que estaba gritando hasta que alguien se detuvo a su lado tomándola del codo para incorporarla.

—Tranquilícese, vamos. Ya se ha ido. No podrá hacerle daño. Venga, deje de gritar.

Ante ella estaba el rostro duro del teniente Castro. Sintió tal alivio que se abalanzó sobre el hombre abrazándole. El policía la separó con cierta brusquedad.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Gloria le contó todo lo sucedido y cuando estaba terminando, cayó en la cuenta de que Kike no estaba por ninguna parte. Pronunció su nombre en voz alta llevándose la mano al pecho.

—¿Kike? ¿Quién es Kike?

Iba a responderle que su novio, pero se contuvo. Ese era el mismo policía al que le habían dicho que era la novia de Lorenzo, no dejaría de sorprenderle que le hubiera sustituido tan pronto. Ella misma estaba asombrada de lo deprisa que iban las cosas con Kike.

—Un chico, esto... un amigo. Me hacía compañía. Después de todo lo que ocurrió, ya sabe... Yo me fui a sacar a los residentes por la puerta de emergencia trasera y él se quedó aquí con esa... cosa, peleando con ella. Y ahora no sé dónde puede estar. Podría estar herido.

—Pues aquí no hay nadie, excepto la mujer de la entrada, bueno lo que queda de ella —comentó secamente el policía—. Y el viejo de ahí. También está muerto. No hemos visto a nadie más. Supongo que le entraría miedo y echaría a correr —proclamó con aire ausente. Parecía haber perdido el interés por ella.

Gloria sintió un atisbo de esperanza, quizás el teniente Castro tuviera razón y Kike había podido escapar. No porque tuviera miedo, ella había visto la decisión con que se había enfrentado al monstruoso asaltante de la residencia. Entonces, recordó otra cosa.

—¡Dios mío! Esa cosa iba hacia la puerta de emergencia. Ahí están todos los residentes.

—Ya hemos cubierto esa salida antes de entrar. Los ancianos están todos a salvo.

El transmisor que llevaba Castro en el cinturón, chisporroteó de repente cobrando vida.

—¡Sí! —ladró el teniente.

—Está abriendo la puerta, señor. —La voz era apenas un susurro.

—Bien, ya saben lo que tienen que hacer. Sígale a distancia. ¡Ah! Y como vuelva a oír un disparo, le cortaré personalmente los cojones al que lo haga. ¿Está claro, sargento?

Transcurrieron unos segundos antes de que la voz, encogida, respondiera:

—Sí, teniente, está claro.

—¿Han despejado las calles?

—Sí, señor, hay patrullas por toda la zona. Tenemos todo el barrio controlado.

—Voy para allá —anunció el teniente, cortando la comunicación sin aguardar respuesta.

—¿No van a detenerlo? —preguntó Gloria sorprendida ante las órdenes de Castro.

El teniente, que ya se marchaba pasillo abajo, se volvió.

—No, vamos a seguirle hasta su guarida. Tenemos sospechas de que hay más de un monstruo metido en este asunto. —Luego la miró de arriba abajo frunciendo el ceño y sin más, se marchó a buen paso. Gloria bajó la vista preguntándose a qué vendría el escudriño del policía. Tenía toda la falda mojada, desde la entrepierna, la humedad se abría como un abanico.

—Madre mía, como una chiquilla —y rompió a llorar y a reír todo a una. Se dejó llevar durante un rato sin intentar controlarse, intuía que su equilibrio mental necesitaba el desahogo. Cuando se calmó, su primer pensamiento fue para Kike y después, Aguirre. Tenía que avisar al inspector de todo lo que estaba ocurriendo, quizás lo hubiera hecho Kike, pero necesitaba hablar con Aguirre, contarle todo y que él se hiciera cargo. Ella ya no podía más.

Fue corriendo al vestíbulo donde los sanitarios de una ambulancia, que alguien había avisado, observaban impotentes los restos de Virtudes. Gloria apartó la vista sintiendo que se le humedecían los ojos. Nunca le había gustado demasiado esa mujer, pero nadie merecía morir de esa manera. Tragando con fuerza, tomó el teléfono del vestíbulo y llamó a Aguirre. Cuando oyó la voz del inspector, recordó de golpe que doña Virtudes no era la única que había perdido la vida esa noche.

El Segador

El cachorro se ha marchado.

La Bruja dormía. No paraba de roncar. Ahora no. Ahora no para de chillar. Me gustaría arrancarle la lengua para que dejara de hacerlo.

La he tranquilizado. He dicho que encontraré al chico.

Ella intenta estar más calmada, nota que me irritan los gritos. Ahora me sonrío todo el rato y me da las gracias. Me ofrece placer para cuando vuelva con él sano y salvo.

No le respondo.

Le he dicho que voy a encontrarlo. No que vaya a salvarle.

A fin de cuentas, fui yo quien le abrió la puerta.

El chico

Apareció un mal día de un verano caluroso por el centro de acogida. Nadie lo reclamaba, según la policía. Seguirían investigando pero mientras tanto se quedaría allí.

Una pareja lo había encontrado entre unos matorrales en un parque. El parque, llamado de las Avenidas, era una extensión de árboles, zonas de juegos e incluso contaba con un lago artificial. Ofrecía diversión a los más pequeños durante el día y cobijo a los que buscaban algo de intimidad al atardecer.

La pareja se estaba besuqueando en un banco, intercalando caricias con planes de un futuro compartido. Eran jóvenes, sentían que su amor les hacía invencibles.

Ella lo había oído primero, el sonido procedía de entre las ramas enredadas de unos matorrales de romero y lavanda que había frente a ellos. Pensaron que era un animal que alguien había abandonado. Un gatito o algo por el estilo. Ella le pidió a él que por favor lo rescatara. Él se levantó a regañadientes, no le apetecía meter la mano en la maleza arriesgándose a recibir un arañazo o peor todavía, un mordisco. Pero lo que encontró no fue un animal.

—Dejémoslo aquí, nadie sabrá que lo hemos encontrado. Con suerte para mañana... —propuso, horrorizado, él. Se llamaba César. Lo había dejado en el suelo con una mueca de repulsión.

—¿Cómo puedes decir algo así? —saltó ella con indignación. Sin embargo mantenía los ojos apartados del bulto que había en suelo. Estaba envuelto en una manta sucia de la que sobresalían el rostro y dos pequeñas manos. Gimoteaba reclamando atención. Ella no se atrevió a cogerlo. Se llamaba Estrella.

Finalmente, llamaron a la policía que lo llevó a un hospital.

Estrella dejó a César al cabo de cinco días. Con el tiempo, conoció a un hombre mayor que le recordaba mucho a su padre, aunque jamás lo hubiera admitido. Se casaron al poco de conocerse. Él murió pocos años después. No tuvieron hijos. Ella nunca quiso. *No tendrían padre*, se decía a si misma. *Él es un encanto, pero ya está mayor*. Y se ponía a cantar para acallar la vocecilla que sugería otros motivos.

César lo dejó todo, consiguió que le despidieran diciéndole al jefe algo sobre poner publicidad en el orondo trasero de su esposa, cogió el paro y se hizo escritor. Jamás publicó nada. Mientras tanto le dio a la barra y ahí sí dejó la impresión del codo bien marcada. Cuando ya era una ruina en todos los sentidos, cogió el coche y se empotró contra un poste de la luz.

Estrella nunca volvió a saber de César. Él nunca llegó a olvidar a Estrella.

Aparte de las deformidades que presentaba, el bebé gozaba de buena salud aunque el pediatra que le atendió en el hospital al que lo llevó la policía, dijo que si Dios existía, tenía un cruel sentido del humor. Finalmente las pesquisas policiales intentando encontrar a los padres, no dieron fruto y la criatura fue a parar al centro de acogida. Le pusieron aparte de los demás y jamás se sumó al *desfile*, término con que

los propios niños llamaban al hecho de ser presentados a familias de adopción. El deseo secreto de todos era que falleciera. A pesar del dictamen médico, nadie podía creer que semejante monstruosidad pudiera sobrevivir. Pero lo hizo y pronto exhibió un apetito desmedido que iba parejo a una fortaleza física desmesurada. No tardaron en referirse a él como «Eso» y pronto pasó al olvido el nombre que se le dio legalmente. Prudencia que por entonces tenía ya la treintena,...

Parece más mayor.

Lo que parece es más... yerma.

... sintió curiosidad por conocer a la criatura sobre la que todos hablaban en susurros y, cuando finalmente lo consiguió, algo se removió en su interior. Nunca le había sucedido cosa semejante. De hecho sintió miedo pensando que se había puesto enferma. Pero no, la sensación era agradable sobre todo cuando permitía que «Eso» se aferrara a su dedo con sus manitas.

Se hizo el firme propósito de que algún día le sacaría del orfanato y sería su chico. Mientras tanto, se ofreció voluntaria para cuidarlo y aunque en condiciones normales jamás le hubieran permitido que cuidara de un bebé, dadas las circunstancias, nadie tuvo mucho interés en ponerle trabas. Así comenzó la particular relación entre el chico...

Mi chico, mi niño bonito.

... y la Bruja. Un día, en el que él contaba ya cuatro años, Prudencia le hacía unos muñecos recortables y se cortó con la tijera en un dedo. La sangre brotó en un goterón bermejo y brillante. Al chico le faltó tiempo para arrojarse sobre la herida y sorber con fruición. Prudencia se asustó aunque poco a poco los labios del chico, gruesos y fuertes, le provocaron sensaciones que jamás había conocido. Así fue como ella le ofreció su sangre y el chico conoció su sabor. Durante su estancia en el orfanato, Prudencia no tuvo demasiadas ocasiones para ofrecerle su propia sangre, los cortes que se hacía de cuando en cuando ya levantaban sospechas, y tuvo que recurrir a cazar pequeños animales. En ocasiones hasta gatos, que su protegido devoraba. Porque con el tiempo él ya no se conformaba con la sangre, y la carne cruda y palpitante también pasó a formar parte de su dieta.

Cuando Prudencia decidió que había llegado el momento de abandonar el centro de acogida, el chico tenía quince años y ella le había enseñado bien para que pudiera procurarse su propio alimento sin llamar demasiado la atención. Sin embargo, el año que estuvieron separados fue un auténtico tormento tanto para ella como para él. Se habían acostumbrado a la compañía mutua y no soportaban la soledad. Al cabo de ese tiempo, Prudencia le reclamó en adopción y para sorpresa de todos y también alivio al ver a «Eso» desaparecer, le concedieron su custodia.

Desde aquel día, hacía ya cuatro años, jamás se habían separado. Donde iba el uno iba la otra, por eso al no encontrarle a su lado esa noche, ella no se alarmó. Estaba convencida de que debía de andar por ahí, intentando cazar alguna rata para paliar su siempre insaciable apetito. Sin embargo, tras llamarle varias veces y ver que

el chico seguía sin aparecer, tuvo un mal presentimiento y acudió al Segador. Suplicó, lloró y amenazó. Sabía quién era, había acabado por recordarle de cuando acudió al pueblo a por la herencia de la Angustias. Él la había ahuyentado inspirándole un terror ciego y brutal, pero las cosas habían cambiado, ella era más fuerte. Quizás también lo fuera él, pero conocía su secreto y, ante su silencio, amenazó con desvelarlo. Si sus enemigos descubrían quién era, le espetó, el juego se habría acabado. Al final, él había consentido en salir a buscarle y ella quedó encogida en un rincón de la iglesia esperando a que volvieran. Estaba segura de que la ausencia del chico era obra de El Segador y se prometió que cuando estuvieran juntos de nuevo, huirían. Pensaba instalarse en otro rincón de la ciudad, contaba con los ingresos mensuales que Federico Castillo hacía puntualmente todos los meses. Comenzarían de nuevo. Y si era necesario matar al Segador, lo haría. No le importaba ya la sombra que tanto la aterrorizaba, nada ni nadie iba a impedirle reunirse con su amor.

El Segador

No fue difícil conseguir que el cachorro saliera.

Dejé la puerta abierta. Oculté su alimento. Ella dormía.

Le indiqué dónde podía alimentarse. Le llevé hasta allí.

Luego cerré la puerta.

Ahora, ha llegado el momento de cerrar otras puertas.

Ella me ha amenazado. Lo esperaba. Cree que estoy en sus manos. He dejado que lo creyera y he consentido en salir a buscarle. Me ha prometido placer. Ya no quiero sus favores. Ni a ella y su cachorro apestoso.

Para cuando lo descubra, será demasiado tarde.

Él no ha dicho nada.

Todo marcha bien, estoy satisfecho.

Pesadillas

David Monterrubio era un tipo alargado, enjuto y fibroso como un espárrago. Contradiendo su apellido, lucía una maraña negra sobre la cabeza que no había tijera ni peine que domara. Hijo de albañil y ama de casa, admiró siempre los uniformes en la misma medida en que curiosamente, despreciaba la disciplina. La academia se encargó de domar su rebeldía lo justo para llegar hasta el uniforme y el primer día que salió a la calle, se sintió una mezcla de Eastwood y Willis dispuesto a cambiar el mundo a patadas. Desde ese día no tan lejano, había dado alguna que otra patada, pero el mundo no se había dado por enterado. Por otra parte, aún no había tenido ocasión de emplear el arma lo cual le frustraba profundamente y tenía que conformarse con las actuaciones que se montaba delante del espejo de su cuarto. Él lo ignoraba, pero sus interpretaciones solitarias tenían mucho de De Niro en *Taxidriver*. Horas delante de ese espejo, le habían permitido perfeccionar una mirada entre desafiante y chulesca que combinada con un cierto vaivén de las caderas, le hacía sentirse invencible.

Claro que, en las horas menudas de esa madrugada en que acababa de recibir una llamada de la central, la chulería había tomado de la mano al desafío y las dos habían echado a correr dejando al temor para que se apañara como pudiera. David tenía miedo, un pánico cervical que se lanzaba una y otra vez por el tobogán de sus vértebras haciendo paraditas para jugar a pilla-pilla con su corazón.

Al principio, cuando recibió el aviso para que estuviera listo porque pasarían a recogerle en cuestión de minutos, casi se puso a aullar de la emoción. Una llamada así tenía que ser por un asunto importante, probablemente de drogas. Rezó para que fuera un enfrentamiento entre bandas o algo por el estilo, en esos casos siempre había posibilidades de pegar algún tiro. Se lo preguntó al agente al otro lado de la línea.

—¿Drogas? ¡Qué va! Un chiflado que se ha metido en un asilo de esos para viejos. Tío, ha montado una buena. Castro ha pedido refuerzos por un tubo.

Según escuchaba a su interlocutor, a David se le fue acelerando el pulso, sería como en las películas: un loco con rehenes al que sacarían a tiro limpio. Eso de negociar en la vida real era como tirarle pedos a un huracán: ganas de hacer el capullo. Se fue vistiendo mientras aguantaba el móvil con el hombro.

—¿Hay muertos? —preguntó, aguantando a duras penas el entusiasmo.

—Ni puta idea, pero apostaría el culo a que sí. Dicen que se ve sangre por todas partes. Y, David...

—¿Qué? —exigió impaciente, ante el repentino silencio al otro lado.

—Creen que es él.

—¿Eh? —soltó los pantalones que tenía a medio abrochar.

—Creen que es El Segador. —El susurro le llegó tan apagado que apretó el móvil contra la oreja para oír bien.

—¿Eh? —repitió.

—¡El Segador! Coño, David, si me pillan aquí parloteando contigo con la que hay montada, me joderán vivo.

—Hos hostia puta —balbuceó David.

—Ya te digo. Oye, te dejo que viene el sargento.

La conexión se interrumpió y David pudo acabar de vestirse. Ya no tenía tanta prisa. De hecho, deseaba no haber atendido la llamada, que se hubiera agotado la batería del móvil, cualquier cosa. El miedo le echó la mano por encima del hombro y le ofreció una amplia sonrisa.

—*Hola* —le dijo—. *¿Echamos unas risas? ¿O estás muy ocupado cagándote en los pantalones?*

Hacía cosa de un año, El Segador ese de los cojones había quemado al párroco de la iglesia del Perpetuo Socorro y él había sido uno de los primeros en llegar. Desde ese día se había hecho vegetariano y se le revolvían las tripas cada vez que veía cualquier tipo de carne, sobre todo las hamburguesas. Porque eso era lo que el padre Soriano le había recordado cuando lo encontraron entre los restos calcinados del confesionario: una hamburguesa y encima, quemada.

Había conseguido aguantar las náuseas delante de los compañeros y hasta había reído un par de bromas que hicieron *in situ* los veteranos.

—Esto debe ser un «curasao».

—Pues ponme un chocolatito.

—Ja, ja, ja.

La presencia del teniente Castro acompañado del forense acabó con las risas y David pudo dejar atrás los restos del cura con la excusa de ir a examinar lo que había escrito con sangre en el altar de la iglesia.

Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra; porque están maduras sus uvas.

—El Apocalipsis —dijo su compañero Carlos que se había acercado con él hasta el altar.

—¿El poca qué?

—El Apocalipsis —repitió con paciencia—. Es una parte de la Biblia. Teníamos un profesor de religión al que le encantaba leernos esta parte. El tipo era un poco cabroncete, siempre con el fuego del infierno y esas cosas —explicó—. ¿Quieres que hablemos sobre *eso*? —preguntó tras unos instantes, indicando con la cabeza hacia los restos chamuscados sobre los que se inclinaban Castro y el forense.

David negó rápidamente con la cabeza.

—No hay nada de qué hablar. Han matado a un cura, son cosas que pasan. —Encogió los hombros como si no le diera mayor importancia.

—Hablar te vendrá bien —insistió Carlos.

—Te he dicho que estoy bien, coño.

Carlos se encogió de hombros y no dijo más.

Más tarde, en casa, David se sintió repentinamente indispuerto y vomitó hasta que no quedó nada que echar. A pesar de eso, las arcadas se repitieron hasta dejarle agotado y es que lo que tenía atravesado, no había quien lo vomitara. Luego tuvo fiebre y una diarrea que lo mantuvieron de baja durante tres días.

—Un virus —declaró el médico que fue a atenderle—. Hay mucho por ahí suelto. En unos días estará perfectamente.

David pasó esos días en cama con el recuerdo de lo que había visto en la iglesia acosándole, acoso que se convertía en pesadillas en cuanto cerraba los ojos para dormir. La mañana del cuarto día, se sintió mejor, así que, gritándole *¡Basta!* a su reflejo en el espejo, se puso el uniforme, fue a trabajar, explicó lo de que había pillado un virus y se hizo el firme propósito de no volver a pensar más en el tema. Y no lo hizo, excepto que de vez en cuando sufría unas pesadillas tan atroces que despertaba dando gritos.

Ahora, todos esos recuerdos se agolpaban provocándole una sensación de asfixia y si en ese momento no hubiera recibido el aviso del compañero diciéndole que le esperaba abajo, habría llamado a comisaría para que no contaran con él.

Cuando entró en el coche, apenas musitó un débil *bien* en respuesta al *qué tal* de Carlos, el mismo que le había contado la historia esa del apoca, acopa... o lo que fuera. Adujo que estaba cansado para justificar su silencio y el otro tampoco insistió, era veterano y sabía más de miedos que de desafíos.

Media hora más tarde, estaba a la caza de una especie de monstruo, quizás El Segador o quizás otro jodido chiflado del que sospechaban podría ser una especie de cómplice, que antes había jugado a los rompecabezas con una pobre mujer. Quiso no verla y la vio toda. Bueno, a trozos que probablemente no hubiera podido encajar forense alguno de haberlo intentado. Al parecer el chiflado se había tomado un tentempié. También la había emprendido con un anciano, pero ese estaba en el interior de la residencia y David no pensaba entrar salvo que se lo ordenaran. Y no se lo ordenaron. Le enviaron junto a su compañero y otros agentes, a cubrir la salida de trasera del edificio y para que siguieran al asaltante cuando abandonara la residencia.

Habían dejado el coche por órdenes del teniente Castro e iban a pie, a buen paso y hablando entre ellos lo justo. El sargento Gutiérrez les transmitió las instrucciones del teniente.

—No hay que dejar que ese hijo de puta se escape, le seguiremos para que nos lleve con su cómplice. Y cuidado, uno de los dos, este o el cómplice, probablemente sea El Segador, así que quiero que llevéis las armas listas. Pero ojito con disparar sin que lo ordene el teniente. Os jugáis los cojones.

Y mientras recorrían las calles con el arma en la funda, pero sin seguro, persiguiendo una sombra deforme que se apresuraba sin molestarse en mirar hacia atrás, David hacía esfuerzos por no recordar. Intentaba concentrarse, no tropezar ni perder de vista su objetivo, sin embargo las imágenes mutiladas de Virtudes se

mezclaban con las del párroco del Perpetuo Socorro y se le estaban revolviendo el estómago y el alma. Apretó la culata con decisión sacando valor de su propio temor. Tendría pesadillas, eso ya no había quien lo evitara, pero al menos el que las había provocado no volvería a soñar en su puta vida. De eso se encargaba él.

El cachorro

El Hombre Largo le observaba fijamente haciéndole sentir incómodo. Miró a Ma, le habría gustado que le abrazara, pero ella dormía tumbada en un banco de la iglesia, enroscada sobre sí misma. No quiso molestarla, ya le había dicho que el Hombre Largo era de la familia, alguien que, además, le conseguía alimento. No existían motivos para preocuparse. Volvió la cabeza concentrándose en el hueso que estaba royendo. No era gran cosa, los restos de un gato que había cazado Ma para él y del que había dado buena cuenta hacía ya unas horas. Como el hambre le apretaba, se dirigió hacia el saco con comida que ella siempre guardaba para él: carne seca a la que recurría cuando no le quedaba más remedio. No había nada comparable al sabor de la carne palpitante y sanguinolenta, pero conseguir presas vivas no era sencillo y al menos, esa carne aunque dura y correosa, le calmaba el apetito.

Llegó hasta el rincón en que Ma había dejado el saco junto con un balde lleno de agua, y se quedó paralizado. Allí solo estaba el agua, de la comida ni rastro. Dio varias vueltas gimoteando por lo bajo. ¡Tenía hambre! El caso es que tenía hambre casi siempre, pero rara vez le había faltado un bocado que echarse a la boca. Y cuando fallaba todo, Ma le amamantaba. Volvió la mirada hacia la vieja que seguía dormida, algo la inquietaba, pues se agitaba en su sueño murmurando palabras ininteligibles. Pensó en despertarla para que le amamantara. Ella no se enfadaría, jamás había perdido la paciencia con él.

Se dirigía hacia ella cuando una sombra se interpuso en su camino. Alzó la cabeza, sorprendido. Ante él, sólido como la oscuridad, se alzaba el Hombre Largo. El chico agachó la cabeza incapaz de sostenerle la mirada y gateó intentando rodearle. Un zapato negro se posó sobre su espalda contrahecha. El chico levantó de nuevo la mirada y se topó con unos ojos fríos y oscuros.

—Ma, —lloriqueó señalando hacia la Bruja—. Ma. Hambe.

El Hombre Largo se agachó y le puso la mano en la boca.

—¡Sh! —chistó con ferocidad—. Ella duerme, pero yo te puedo enseñar dónde hay comida. Sígueme.

—Zi, hambe. Comida —se alegró el chico abriendo mucho el ojo sano. El otro se perdía en pliegues surrealistas semejantes a la cera derretida. Se incorporó todo lo que pudo, saliendo en pos del Hombre Largo. Volvió la cabeza un par de veces, le inquietaba abandonar a Ma, pero su voraz apetito era más poderoso, así que reanudó su caminar desmadejado tras la sombra que le precedía. Abandonaron la iglesia de la Santísima Trinidad, donde habían instalado su refugio, adentrándose en las desiertas calles de Los Llanos; dos figuras sombrías desdibujadas y de aspecto fantasmal. Así fue como llegaron al *Júbilo Dorado*. Tras facilitarle la entrada a la residencia, El Hombre Largo se había marchado.

Eso tuvo lugar solo dos horas antes y al principio todo había ido bien. Encontró una presa que abatió con facilidad y luego una segunda que tampoco opuso

demasiada resistencia. Pero a partir de ahí las cosas se habían torcido y ahora corría desesperado en busca de *Ma*. Le habían hecho daño, mucho daño, sobre todo el raro con el que había luchado en la residencia. Él solo quería a la chica, era joven y tierna, pero el otro no le había dejado. No había conseguido sujetarle, se escurría entre sus manos como si fuera humo, y sin embargo, le había pegado con fuerza hasta hacerle sangrar. No era grave, podía moverse sin problemas, pero ahora le perseguían muchas sombras. Podía oler el sudor y la adrenalina de sus perseguidores y estuvo a punto de darse la vuelta para enfrentarse a ellos. No lo hizo, eran demasiados. ¿Dónde estaba el Hombre Largo? No conseguía verle. ¿Por qué no le ayudaba? Oyó a sus perseguidores acercándose así que prosiguió su enloquecida carrera hacia *Ma*. Cuando vislumbró la fachada de la iglesia de la Santísima Trinidad, el alivio le inundó. Ahí estaba *Ma*, ella sabría qué hacer. Estaba a salvo.

La Bruja

Cuando la espera ya se había convertido en un parásito cruel que le nublabla la mente, oyó que alguien se acercaba y supo que era el chico. Fue corriendo hacia el portón de la iglesia. ¡El Segador había cumplido su promesa! De todas formas, seguía convencida de que había sido él quien había embaucado al chico para que saliera. Desconocía sus motivos, pero ya no confiaba en él. Le ofrecería el placer que le había prometido y cuando estuviera descuidado en sus brazos, utilizaría el largo cuchillo carnicero que le había cogido a Filomena. Era un cuchillo magnífico. Sonrió recordando lo bien que había sajado las carnes de la madre de Lorenzo.

Llegaba a las puertas del templo a punto de abrirlas, cuando se detuvo en seco. Ya no solo oía al chico. Había más, muchos más. Se asomó con precaución por un resquicio y tuvo que llevarse la mano a la boca para ahogar un grito. El chico corría por la calle con la torpeza impuesta por sus piernas asimétricas, y detrás, incontables sombras le acosaban. Prudencia sintió un retortijón de tripas, estaban atrapados. El Segador les había traicionado.

El Segador

Ella sabe que algo va mal. Ahora será peligrosa. Una perra defendiendo a su cría. Justo lo que quería.

El cachorro me ha visto. Se acerca. Le detengo con un gesto. Nadie debe advertir mi presencia aquí.

Le hago gestos para que se dirija hacia la iglesia.

—Vete con *Ma* —le digo—. Ella te espera. Todo irá bien.

Me da las gracias. Suena algo así como *Gdaciaz*.

Los demás no deben verme, me oculto. Desde aquí podré verlo todo. No quiero perdérmelo.

Él no ha dicho nada... todavía.

Pesadillas

David había perdido el control. Corría con el arma en la mano haciendo caso omiso de las órdenes que le llegaban a través del auricular. Su compañero también le gritaba para que volviera.

—¡David! ¿Qué coño haces? ¡Castro te va a matar!

No, no le mataría. No iba a hacerlo porque pensaba ofrecerle la cabeza de ese esperpento que corría como si estuviera borracho.

Ciego como una mesilla de noche, pensó David. *Hasta los ojos de mierda*.

Y cuando acabara con el asesino psicópata, también lo haría con sus pesadillas o al menos tendría un motivo para reírse de ellas al despertar.

Su presa se detuvo unos instantes ante un callejón, a David le pareció distinguir a alguien allí oculto, pero cuando el asesino caníbal echó de nuevo a correr, se lanzó tras él con feroz determinación.

—Agente, AGENTE MONTERRUBIO, —reconoció la voz del sargento Gutiérrez. Nunca le había caído bien ese gordo tripón. Se arrancó el auricular del oído y lo arrojó al suelo. ¡A tomar por culo! Iba a volarle la cabeza a ese hijo de Satanás y nada ni nadie le detendría.

Cuando el otro se paró ante la entrada a la iglesia de la Santísima Trinidad...

Muy listo, cabronazo. Esconderte justo donde te has cargado a dos curas. ¿Quién iba a pensar en buscarte ahí? Encima te ayudamos precintando la iglesia.

... levantó el arma y abrió fuego. El estruendo hizo que el otro se encogiera lloriqueando mientras se arrastraba hacia un rincón de la escalinata que daba acceso al templo. Gimoteaba balbuceando algo que David no consiguió entender. El agente se maldijo, había fallado el tiro. Vio por el rabillo del ojo a sus compañeros que se acercaban, así que se adelantó con el arma en alto. Nadie iba a robarle su momento. Se aproximó todo lo que pudo a la figura que estaba hecha un ovillo en el suelo:

—¡Ma ma ma ma ma!

—¡¿MA MA MA?! —chilló David apuntándole a la cabeza—. MAMA ESTO, CABRONAZO.

Percibió el movimiento por el rabillo del ojo conforme tiraba del gatillo y lo penúltimo que pensó es que era un tonto del culo, que al viejo Harry, su personaje preferido de Eastwood, jamás le hubiera ocurrido algo así. El último pensamiento fue que era imposible que algo doliera tanto. Bajó la mirada pensando que al final todo iba a resultar una pesadilla, que esas cosas no ocurrían en la vida real. El mango del cuchillo sobresalía entre las tripas que resbalaban hacia el suelo. El tajo había sido limpio y mortal. Una mano seca cogió el mango, lo retorció, y extrajo el cuchillo de sus entrañas. David cayó al suelo soltando la pistola e intentando recoger sus vísceras para volver a introducir las en el sitio al que pertenecían. Oyó gritos, unos de rabia y otros de dolor. Los de dolor eran suyos. Luego se sumergió en la oscuridad. Luego nada.

Las pesadillas de David Monterrubio habían terminado.

Carlos Martínez, compañero de David estaba convencido de que con veinticinco años en el cuerpo, estaba de vuelta de todo, que nada podía sorprenderle y mucho menos asustarle. Hasta esa noche. La persecución del monstruoso asaltante de la residencia de ancianos —prefería no recordar lo que había visto allí—, el comportamiento de David que siempre había sido algo impulsivo pero, por lo demás, un buen agente y compañero, y la súbita aparición de un cuchillo destripando a su compañero cuando este estaba a punto de volarle la cabeza al asesino, le hicieron pensar que era posible que todavía le quedaran cosas por ver y que con toda sinceridad, preferiría no verlas.

La orden de avanzar interrumpió sus pensamientos. Él ya se había puesto en marcha, dudaba de que se pudiera hacer algo por David, pero al menos el que le había hecho eso iba a pagar por ello. El resto de agentes avanzaba con la misma resolución, ver al compañero caído les había encendido la sangre a todos.

Formaron un semicírculo frente a la puerta de la iglesia que ahora se veía iluminada por las luces parpadeantes de coches patrulla que llegaban con las sirenas aullando. El momento de la discreción había pasado. El mismísimo teniente Castro daba instrucciones:

—Sin riesgos, está armada. Si es necesario, disparad.

Lo último fue una advertencia innecesaria, nadie dudaba de que fueran a disparar, solo aguardaban el momento. Durante unos segundos nadie se movió. Entonces la sombra flaca y desdibujada que se alzaba al lado del cuerpo caído de David, comenzó a acercarse al bulto tembloroso que seguía acurrucado en un rincón. Una voz amplificadora por un megáfono rompió el silencio.

—POLICÍA. SUELTE EL ARMA Y LEVANTE LAS MANOS.

La figura giró el rostro hacia la voz y enarboló el cuchillo en muda amenaza —hubo exclamaciones de sorpresa al ver que era una mujer mayor, una vieja— y luego se agachó junto al bulto acariciándole. Le murmuraba algo que los agentes no llegaban a distinguir. Sí oían lo que aullaba el bulto

—*Ma, Ma. Pupa, Ma. Pupa.*

—SI NO SUELTA EL ARMA, NOS VEREMOS OBLIGADOS A ABRIR FUEGO.

Entonces la vieja se movió con una rapidez sorprendente y lanzando un grito de odio se abalanzó sobre el agente que estaba más próximo a ella. El trueno de las armas de fuego cubrió los chillidos de la mujer y también, de la sombra en el rincón que ni se movió. El tiroteo no cesó hasta que las armas quedaron sin munición. Los oídos de Carlos retumbaban y el olor acre de la pólvora se le pegaba a la garganta reseca. Todos corrieron a ver a los asesinos, él se acercó a David.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó sollozando ante el grotesco espectáculo de entrañas entremezcladas con mierda que ofrecía el que había sido su compañero. Se alejó dejando caer el arma. Al día siguiente presentaría su dimisión.

El Inspector

Gloria se había cambiado de ropa y esperaba a Aguirre tal y como este le había pedido, en la puerta del Júbilo Dorado.

—Ahí estarás segura, no te preocupes —le dijo antes de cortar la comunicación.

Se encontraba al borde del ataque de nervios y acarició la idea de tomarse alguno de los tranquilizantes que facilitaban a los residentes, pero la desechó. Necesitaba tener la mente despejada, tenía preguntas para las que necesitaba respuestas inmediatas y sospechaba que Aguirre le podría proporcionar algunas. Kike era una de las preguntas, la principal de hecho. Se había enamorado como una tonta de él ¡Amor a primera vista! ¡Dios!, ella que siempre se había reído de esas cosas. ¡Qué distinto de lo que había sentido por el pobre Lorenzo! Ahora reconocía esos sentimientos como una mezcla de pena e instinto maternal.

Apretó los labios y volvió a la realidad, una realidad que había irrumpido acabando con la calma que comenzaba a sosegar de nuevo la vida en el barrio y que, sobre todo, había destrozado la burbuja en que se había instalado Gloria. Durante esos últimos días de paz, llegó a pensar que la pesadilla había quedado atrás y que iniciaba una nueva andadura junto a Kike. Los susurros de horror de los sanitarios la hicieron volverse. El trabajo de recoger los restos de Virtudes y el cadáver de Baldo estaba siendo una pesadilla, una que no olvidarían con facilidad. En cuanto a Kike, no había rastro de él, así que suponía que estaba bien, pero que se hubiera marchado sin decirle nada, la dejaba perpleja, con sensación de abandono. Aguirre tendría que explicarle el porqué, a fin de cuentas era su jefe y probablemente tuviera mucho que ver con su ausencia.

El inspector surgió a su lado como una aparición, tan ensimismada estaba en sus pensamientos que ni le vio llegar. Dio un buen respingo acompañado de un chillido.

—Tranquila, soy yo —le dijo él, tomándola en sus brazos. Ella estaba al límite de sus fuerzas y Aguirre temió que se fuera desvanecer.

Gloria se abandonó entre sus brazos, rompiendo de pronto a llorar. Estuvo unos minutos dejando que todo el miedo y la tensión mojaran las solapas de Aguirre. El inspector no dijo nada, simplemente la dejó hacer mientras la abrazaba con ternura. Cuando consiguió controlarse de nuevo, se echó hacia atrás, aceptó el pañuelo que le ofrecía él y se enjugó las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Aguirre con suavidad.

—Sí, —repuso ella—. Al menos un poco mejor. Sigo asustada y bueno, han matado a doña Virtudes y a... —su voz se volvió romper durante unos instantes—. A Baldo —dijo por fin con voz entrecortada—. Lo han matado como a un perro.

—Lo sé, —el rostro de Aguirre era inescrutable, aunque a Gloria le pareció que la voz le tremolaba levemente. El inspector ya había hablado con la agencia sobre todo lo referente a Baldo: su asesinato y el encuentro que había tenido con él cuando el anciano ya había muerto. Era algo a lo que no debía darle vueltas.

Cosa del estrés. La muerte no es fácil de aceptar. Él acudió a un amigo. Le dijeron con suavidad. Sabían que lo del anciano le dolía. Mejor olvídelo.

—¿Cómo lo sabes? No estabas aquí.

—He hablado con mi gente en la Agencia por teléfono mientras venía hacia aquí, —aclaró él, apartando la vista.

Gloria asintió con la cabeza sin saber qué decir, tenía la sensación de que él ocultaba algo. Entonces volvió a acordarse de Kike.

—¿Y Kike? ¿Dónde está?

Aguirre la volvió a mirar con el ceño fruncido.

—No lo sé. He intentado hablar con él, pero está ilocalizable. En la Agencia tampoco han sabido nada de él, —resopló mientras buscaba un pitillo—. Ya lo intentaré más tarde, probablemente esté...

—Estuvo aquí, me salvó la vida —le interrumpió ella. Y se lo contó todo, desde el momento en que a punto estuvo de pillarlos la difunta dueña de la residencia en el cuarto de la limpieza, hasta cuando le dejó a él enfrentándose al asesino mientras ella ponía a salvo a los residentes.

—Me salvó la vida. Y no solo a mí, si no llega a ser por él, habría muerto muchas más gente.

Él apartó la cabeza apretando la mandíbula con fuerza, como si estuviera contrariado. Solo fue un instante fugaz, pero ella hubiera jurado que Aguirre acababa de cogerse un cabreo de padre y muy señor mío.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿He dicho algo malo?

Cuando la volvió a mirar, era el Aguirre de siempre: serio e impasible.

—No, nada de eso. Me preocupa Kike, eso es todo. Aunque creo que estará bien —aseguró al ver la inquietud de la chica—. Aparecerá, ya lo verás. Ahora quiero que te atiendan los sanitarios. No discutas —se anticipó al verla a punto de protestar—. Necesitas que te vean ese tobillo y yo tengo que marcharme a ver qué diablos ha ocurrido. Y no, no me puedes acompañar.

Gloria acabó cediendo, sabía que Aguirre tenía razón. Solo sería un estorbo. El inspector la dejó en manos de los sanitarios que ahora atendían a los residentes, algunos con serias crisis nerviosas, y se perdió entre las sombras en la dirección que habían tomado el asesino y sus perseguidores.

Kike

En cuanto se aseguró de que Gloria estaba bien, Kike había seguido discretamente a las fuerzas policiales que iban tras el asaltante a la residencia. Cuando avistó la iglesia de la Santísima Trinidad y vio al perseguido correr hacia el templo, se ocultó entre las sombras de un frondoso olmo de la plaza en que se alzaba el templo. Desde allí podía verlo todo sin ser visto. Además, con todo el jaleo que se había organizado, había más de un curioso asomado a la ventana e incluso algunos habían bajado a la calle haciendo caso omiso a las advertencias de peligro de la policía. Así que, si a pesar de sus precauciones, alguien llegaba a distinguir su figura, no le daría mayor importancia. De todos modos, procuró hacer su presencia lo menos evidente posible.

Fue testigo de cómo la Bruja acuchillaba al joven policía que se había adelantado de manera temeraria desoyendo las advertencias de sus compañeros. Y también del posterior tiroteo que acabó sacudiendo como muñecos de trapo a las dos figuras caídas ante el portón de la Santísima Trinidad. Algún balazo se llevó también el agente muerto.

—Qué puto desastre, —gruñó Kike para sí meneando la cabeza. El asaltante de la residencia con el que había luchado para permitir que Gloria escapara, era un ser patético. Un contrahecho con la mentalidad de un niño pequeño que se había echado a llorar después de comprobar que no podía con Kike. Al joven compañero de Aguirre no le costó mucho llegar a la conclusión de que ese no podía ser El Segador.

—¡Éjame! —le había chillado cuando comprobó que era demasiado ágil y fuerte para él—. Quiedo a *Ma* —y en ese preciso instante había llegado la policía entre aullidos de sirena y gritos. El contrincante de Kike había echado a correr y el propio Kike aprovechó la confusión para ocultarse. Lo último que necesitaba era que la policía le viera allí.

Kike pensó que debía llamar a la Agencia, había visto algo extraño mientras perseguía al asaltante del *Júbilo Dorado*, algo que no acababa de encajar. Pero no iba a ser una conversación agradable, era consciente de que había infringido las normas de nuevo y lo que era más grave, al menos para él, había roto la promesa que le hiciera a Aguirre. Eran compañeros y había traicionado su confianza. Sabía que habría consecuencias, pero en el fondo no se arrepentía. Gloria le hacía sentir cosas que creía muertas para siempre. De hecho, en algunos aspectos, eran emociones que dudaba haber sentido alguna vez.

Tengo que llamar, pensó. Y lo haré... dentro de un rato.

El Inspector

El agente Carlos Martínez deambulaba sin rumbo, cuando oyó que alguien gritaba su nombre. Era el sargento Gutiérrez.

—¿Está sordo, agente? Se le ha caído el arma, es que quiere... ¿Qué coño le pasa? —preguntó al ver el rostro surcado de lágrimas del veterano policía—. ¡Ah! —exclamó de pronto, comprendiendo. Miró hacia atrás, a la figura de David sobre la que se inclinaba el personal sanitario.

—Su compañero, ¿verdad? Lo siento, era un buen policía —le consoló. Luego le introdujo él mismo el arma en la funda ante las manos caídas de Carlos—. Váyase a casa, duerma. Aquí todo ha acabado ya. Yo le cubriré. Mañana será otro día.

Carlos hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y echó a caminar con la mente revuelta, rebuscando en los bolsillos las llaves del coche y añorando el calor de su esposa. Ahora mismo era su compañía lo único que podía deshacer el enorme bloque de frío que se había instalado en sus entrañas. Ignoró a la multitud de gente que comenzaba a concentrarse en las inmediaciones de la plaza, pero el acceso al escenario del tiroteo estaba ya restringido por la policía. Algunos intentaban preguntarle qué había ocurrido para desistir de inmediato al reparar en su rostro desencajado. Dejó atrás la plaza y se dirigió a dónde había dejado el coche cuando una mano se cerró con fuerza en torno a su brazo.

—¿Agente?

Se revolvió con brusquedad apartando la mano.

—¿Qué coño quiere? No he visto nada, maldita sea, váyase a dormir, váyase y déjenme en paz. —Entonces reparó en la figura robusta que se erguía ente él. No parecía un curioso. Echó mano al arma de manera automática, sin recordar que el cargador estaba vacío.

La figura se adelantó tendiendo la mano.

—Agente Martínez, soy el inspector Aguirre, colaborador externo en el caso de El Segador. Lamento haberle sobresaltado.

Carlos estrechó la mano del otro con algo de desconfianza.

—¿Inspector Aguirre? Nadie me había hablado de usted. De todas formas es mejor que hable con Castro, con el teniente Castro. Yo no sé nada...

—No. Yo solo quería preguntarle por su compañero: David Monterrubio.

—Ha muerto —dijo con brusquedad Carlos—. En acto de servicio. Ahora si no le importa, me marcho a casa.

—Sé que ha muerto, por eso estoy aquí —explicó Aguirre con paciencia—. Se ha comportado como un héroe y me han encargado que hable con la familia, probablemente le den una medalla.

La del chorizo de cantimpalos, por idiota, pensó con cinismo el inspector. Pero acababan de encargarle esa tarea y tenía que averiguar dónde vivía el infortunado agente.

Uno siempre vuelve a casa cuando deambula sin rumbo.

Carlos se detuvo y observó con más interés a su interlocutor.

—Joder, sí que os movéis rápido. Acaba de caer ahora mismo.

—Bueno, el caso este está levantando mucha expectación, demasiada, —expuso Aguirre—. Y ya sabe cómo son los de arriba —encogió los hombros como resignado—. Solucionan todo con medallitas.

Carlos asintió con la cabeza, prendiendo un pitillo que le acababa de ofrecer el inspector. Hacía años que lo había dejado y al día siguiente ni siquiera recordaría haber fumado, pero en esos instantes, ese pitillo le hacía falta, mucha falta.

—Son unos cabrones, sentaditos en sus despachos mientras nosotros nos jugamos el culo —a continuación se pegó un buen hartón de toser que hizo fruncir el ceño a Aguirre—. Tranquilo, hacía tiempo que no fumaba. Mire, tome nota: esta es su dirección. De todas formas, llame a la puerta de al lado. Ahí viven sus padres, él vivía solo. —Sonrió con tristeza—. Solo, pero cerca de sus padres. A fin de cuentas solo era un crío, un crío que jugaba a ser un poli duro. —Su voz se rompió y, arrojó el cigarrillo al suelo y preguntó a Aguirre si necesitaba algo más. Le había entrado de nuevo la urgencia de volver al lecho con Maite, su esposa. Aguirre le dio las gracias y una palmada en el hombro antes de marcharse él también.

Horas más tarde y con el caso del agente acuchillado en manos del departamento correspondiente, Aguirre mantenía un reunión en la Agencia.

—No señor, todavía no he hablado con él.

—Localícele, inspector. Seguro que está aturdido. Recuerde que el agente Enrique es muy joven e impulsivo.

—Lo comprendo, señor, pero la chica...

—Sé lo que significa ella para su compañero y también lo que significa para usted.

Aguirre jadeó audiblemente, no creía que fuera tan obvio.

—No se sorprenda, inspector. Mi trabajo consiste en saber cosas. Tanto usted como Enrique tienen sus motivos, aunque admito que en estos momentos la relación que hay que cortar de raíz es la del chico. Y cuanto antes. ¿Está claro?

—Sí, señor. Estoy de acuerdo.

—Todavía queda trabajo por hacer, inspector. El enemigo sigue ahí, han caído dos, pero le recuerdo que eran tres. Y que detrás de todo esto está nuestro adversario, agazapado y aguardando a que cometamos un error.

—Lo sé, señor.

—Ahora El Segador está solo, pero al sacrificar sus peones, ha obtenido información a cambio. El problema es que ignoramos qué sabe y lo que es más grave, quién es. Tenemos noticias de que la policía quiere dar el caso por cerrado, a pesar de contar con evidencia de que posiblemente haya un tercero, quieren creer que es simplemente eso; una posibilidad y que tras lo sucedido esta noche, haya huido a esconderse. Acabarán por convencerse de que han terminado con El Segador y su

cómplice. Que no hay nadie más. Quieren cerrar el caso, apuntarse un tanto. Nos corresponde encontrarle, inspector. Está ahí fuera, preparando su próximo paso. Hay que localizarlo. Mover nosotros antes de que lo haga él.

Solo podremos mover cuando lo haga él y entonces habrá sangre, pensó Aguirre. *Siempre ha ido por delante, dudo mucho que vaya a cometer un error.*

No dijo nada.

—De todas formas, ahora tiene prioridad el asunto del agente Fernández. Búsquele, hable con él y que luego nos llame.

—Lo haré, señor.

—Deje las cosas claras, solo existe una salida a este embrollo.

Aguirre asintió con la cabeza.

—Cuídese, inspector, y mantenga los ojos abiertos.

—Descuide, señor.

Cuando salió de la Agencia, Aguirre se fue a pasear sumido en sus pensamientos. Sacudió la cabeza intentando ordenar el tropel de emociones. La muerte de Baldo era un lastre que le encogía el alma, sin embargo no podía permitirse esos sentimientos. Tenía que encontrar a Kike, eso era lo primordial. Aunque primero llamaría a Gloria para asegurarse de que estaba bien. *Como haría cualquier padre,* pensó sin querer. *Pero no eres su padre, de hecho no eres nada suyo.* Apartó el pensamiento, irritado. Así no llegaría a ninguna parte. Resolvió enviarle un mensaje escueto al móvil, era lo mejor para todos. Luego echó a andar con paso ligero. Se le acababa de ocurrir dónde podía estar a Kike.

DESPEDIDAS Y REVELACIONES

Kike

A Kike la cabeza le daba vueltas y no era a causa del chupito de güisqui con el que jugueteaba sobre la barra. Apenas había dado un sorbo y se preguntaba si no había tenido ya bastante alcohol en su vida como para ponerse a beber ahora de nuevo. Apartó el vaso, tomó un sobre de azúcar y lo echó al café que acompañaba al chupito. No se podía quitar a Gloria de la cabeza. Antes de conocerla había estado con otras mujeres, de hecho, con bastantes. Tenía ese atractivo canalla que las volvía locas y lo sabía, pero ninguna le había dejado huella. Hasta Gloria. Ella le había descubierto emociones de las que antes siempre se había burlado. Ahora ya no. Ahora solo pensaba en tenerla cerca, tocarla, acariciarla, besarla. Y aunque el componente sexual también estaba presente, sus emociones iban más allá de la simple ansia física. Estar con ella era como llegar a casa, saber que estarías bien, que ese era tu sitio. Pero no había futuro para la relación, por mucho que él se empeñara, su mundo y el de Gloria jamás podrían unirse. Por si eso fuera poco, ahora le aguardaba una conversación con Aguirre cuya confianza había traicionado. Apretó los dientes en un gesto de rabia, ¿por qué era todo tan complicado? Si no hubiera sido un estúpido arrogante...

Una mano se posó con suavidad sobre su hombro interrumpiendo el hilo de pensamientos y reproches.

—Hola, muchacho. ¿Te importa si me tomo un café contigo? —Aguirre se sentó en el taburete libre que había a su lado.

El *Bar Gregorio* estaba prácticamente vacío, apenas eran las siete de la mañana y los primeros clientes se repartían de uno en uno por las mesas, con el gesto perdido en quién sabe qué mundos.

—¿Cómo sabías que...?

Aguirre enarcó las cejas por toda respuesta.

—Tampoco era tan difícil, supongo. —A Kike le habría gustado estar más preparado para el encuentro con el inspector. Por otra parte, no había mucho que preparar, la había cagado rompiendo la promesa que hiciera a Aguirre, así que ahora tocaba dar la cara.

—Vale, venga la bronca —repuso desafiante y en un impulso, agarró el chupito vaciándolo de un trago—. Sé que la jodí.

Aguirre torció los labios en un gesto de desaprobación señalando el chupito.

—El alcohol no te ayudará. Nunca lo ha hecho.

—Eso es cosa mía.

El gesto tozudo del joven hizo suspirar para sus adentros a Aguirre. Comprendía a Kike, sin embargo se jugaban mucho, demasiado como para ir con paños calientes.

—¿Quieres a Gloria? —le espetó sin más dilación.

—Sí —replicó Kike, secamente.

—Ya, entonces, ¿por qué quieres convertir su vida en un infierno?

El joven entrecerró los ojos.

—¿Es que no me has oído? La quiero, ¿vale? La quiero de verdad —añadió con un deje desesperado en el tono.

—Ponme un café —pidió Aguirre a Gregorio que se había acercado con la misma cara avinagrada de siempre. El inspector aguardó a que se lo sirvieran y luego siguió hablando.

—¿Es qué no comprendiste de qué iba esto cuando entraste en la Agencia? No estoy dispuesto a jugármela más veces por ti, me va mucho en todo esto igual que a ti. Tú verás lo que haces, pero vas a acabar jodiendo a todo el mundo y eso incluye a Gloria.

A Kike se le nubló la mirada.

—Joder, yo...

—Tú no pensaste y eso puedo entenderlo —le interrumpió Aguirre—. Ahora, supongo que ya has tenido tiempo para reflexionar, ¿no? ¿Es que vas a seguir engañándote a ti mismo?

Kike negó lentamente. No dijo nada.

—Tienes que dejarla. Si la quieres, lo harás. Y lo has de hacer antes de seguir con la misión.

—Es muy duro. Yo no lo busqué, pero ocurrió. Y ahora...

Aguirre le echó una mano al hombro.

—No creo que nadie dijera que esto fuera sencillo.

El muchacho levantó el rostro, los ojos le brillaban.

—¿Podré despedirme? Quisiera hacerlo personalmente.

—Sí —concedió Aguirre—. Supongo que es lo mínimo que ella merece, pero asegúrate de que sea una despedida, tienes que cerrar esa puerta y cerrarla para siempre. ¡Ah! y luego te esperan en la Agencia, quieren hablar contigo. No me mires así, yo he hecho todo lo que he podido.

—¿Está seguro de eso, agente Fernández?

—Estaba bastante oscuro, señor, y no sabría decir si la... *cosa* esa le sorprendió allí o qué, pero juraría que era él. ¿Es importante?

—Eso es algo que usted se encargará de averiguar, agente.

—¿Yo? Esto... claro, señor. ¿Quiere que informe al inspector?

—No, actuará usted solo, para el inspector Aguirre tenemos otros planes. Y no, —dijo adivinando la pregunta de Kike—, no puede comentarle la misión que le estoy encomendando.

Kike vaciló unos instantes, no le gustaba la idea de actuar a espaldas de Aguirre. Luego se encogió de hombros, ya había tensado la cuerda bastante con el asunto de Gloria, ponerse a discutir ahora no le llevaría a ninguna parte.

—De acuerdo, señor. El problema es que no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Yo creo que le puedo ayudar en eso, agente. ¿Recuerda que se averiguó que dos de ellos tenían un vínculo familiar?

—Sí, la vieja y la cosa esa ¿no? Oí que eran...

—Eso pensábamos nosotros —le interrumpió el otro—. Estábamos equivocados. El parentesco no era entre esos dos. Era entre ella y el otro... El Segador. Y ese es el hilo del que vamos a tirar.

Gloria

El día amaneció amortajado en grises y blancos sucios, velando un triste sol otoñal que tampoco mostraba demasiado interés por mejorar la situación. A Gloria ese cielo sombrío le pareció apropiado para despedir a Baldo, una muestra de que con la muerte del anciano el mundo perdía luz.

Había poca gente en el sepelio: algunos residentes que se esforzaban por componer una tristeza que en el fondo no sentían.

Contentos de que no les haya tocado a ellos... aún, pensó con dureza Gloria.

Y también deambulaban por ahí curiosos, gentes del barrio, tampoco demasiados, con los que había tratado Baldo.

A ella ya no le quedaban lágrimas que derramar, sentía los ojos irritados de tanto hacerlo durante los dos últimos días. Dos días infernales durante los que intentó recomponer sus pedazos a la vez que atendía los interrogatorios de la policía. Tuvo que responder a muchas preguntas, en especial sobre la anciana, Prudencia no sé qué, que al final resultó ser la amiga de Filomena, la que siempre se acodaba al final del mostrador en la carnicería. Ella y su cómplice, una especie de monstruo resultaron ser El Segador. Dos locos en lugar de uno. El teniente Castro habló con ella un par de veces sobre algunos detalles de la noche del asalto a la residencia, luego le aseguró que todo había terminado, que ya no había de qué preocuparse. Gloria estuvo a punto de echarse a reír, nada de qué preocuparse excepto que le acababan de joder la vida.

A pesar de todo, no dejó de ir a trabajar. Corrían rumores de que los herederos de Virtudes iban a vender el Júbilo Dorado y algunos de los trabajadores habían planteado la posibilidad de formar una cooperativa y quedárselo. Gloria pensó que probablemente acabaría enviándolo todo a hacer puñetas, pero mientras, quería estar al tanto de lo que ocurriera. Aunque en el fondo lo que la aterrorizaba era quedarse en casa, sola consigo misma y los fantasmas de los últimos días. Cualquier excusa era buena para estar fuera, rodeada de gente. No creía que pudiera soportar quedarse a solas con sus pensamientos.

Ella se había encargado de organizar el funeral de Baldo al no aparecer familiares que se hicieran cargo. El anciano estaba solo en el mundo. En cuanto a Virtudes, se la habían llevado para enterrarla en la intimidad.

Así tengo una excusa para no ir, se había dicho Gloria. *Ya tengo bastante con lo que me ha caído encima.*

Gloria intentaba no pensar en Kike y en el hecho de que lo único que sabía de él y de Aguirre, era un escueto mensaje del inspector a su móvil que decía que estaban bien y que ya se pondrían en contacto con ella.

Miró a su alrededor, buscándolos. Le había dejado un recado a Aguirre en su buzón de voz, saltaba siempre que le llamaba, indicándole el día y la hora del entierro. Estaba convencida de que entre Baldo y Aguirre había surgido una amistad muy especial a pesar del poco tiempo que estuvieron juntos. Le costaba creer que el

inspector no fuera a acudir para despedir a Baldo. Le gustaría verle, necesitaba verle, y a Kike también... Sobre todo a Kike.

Cruzó los brazos abrazándose. Tenía frío, un helor que nacía en las entrañas. Sintió un intenso deseo de que hubiera alguien a su lado. Alguien que la reconfortara.

Kike... o Aguirre.

Un hombro sobre el que reclinar la cabeza, que compartiera su intenso dolor. Empezaba a ser demasiada carga para ella.

El sacerdote que oficiaba el sepelio, murmuró unas palabras a las que nadie prestó demasiada atención, bendijo el féretro y tras acercarse a Gloria y darle el pésame — no había nadie más a quien dárselo— se marchó. Gloria no halló motivos para entretenerse más. No quería estar presente cuando las primeras paladas de tierra cayeran sobre el ataúd, sonaban a portazos...

Se acabó, ya no hay más. Fin de la función. El espectáculo no continúa porque no queda nadie ni nada. Ni cielo ni infierno. Solo los gusanitos haciendo su faena. Y les gusta la intimidad.

Ya había pasado por eso con Lorenzo y no le apetecía repetir.

Dios mío, pensó. Es el segundo entierro al que asisto en unos días. ¿Qué me está pasando?

Se alejó deprisa sin despedirse de nadie, no soportaba más el frío que se aferraba a ella con saña. Tenía ganas de llegar a casa y darse una ducha con agua bien caliente. Aceleró el paso y de pronto las lágrimas que creía agotadas, se agolparon de nuevo emborronándole la vista. Apenas conseguía ver por dónde iba y tropezó con una piedra. No cayó porque alguien la sujetó del brazo.

—Gracias —murmuró manteniendo la cabeza gacha, no quería que la vieran llorar, e hizo ademán de seguir hacia delante. La mano que la sostenía no la soltaba—. Ya estoy bien, gracias. Yo...

—Hola, Gloria.

Dudó unos segundos entre abofetearle, gritarle o simplemente ignorarle. Finalmente se echó en sus brazos y se dejó llevar por el llanto.

Kike la abrazó con fuerza sin decirle nada, esperando a que ella acabara de desahogarse.

—¿Hablaste con ella?

Kike removió los pies, inquieto. Mantenía la mirada fija en la lápida.

—Sí —admitió al fin—. Lo hice.

—¿Qué tal fue? —preguntó Aguirre con paciencia ante la parquedad del otro.

—Lo hemos dejado ¿No era eso lo que querías? —Su voz estaba a punto de quebrarse y el inspector no le culpaba por ello. Tomó al joven del brazo alejándole de la tumba de Baldo, comenzaron a pasear lentamente.

—No es lo que yo quería. No es lo que quería nadie y creo que lo comprendes perfectamente.

—Sí, joder, sí. Claro que lo comprendo, pero le he roto el corazón. Necesitaba apoyo, ahora más que nunca y yo voy y le digo que lo nuestro no funcionaría, que tiene que entenderlo, bla, bla, bla. Y todo eso justo el día que entierran al Baldo ese. Se ve que le tenía afecto al pobre viejo —interrumpió la parrafada mirando a Aguirre de reojo—. No era la única, ¿verdad? Lo siento.

El inspector volvió la cabeza, aunque no dijo nada y siguieron caminando por las estrechas veredas del camposanto. Finalmente se detuvieron delante de otra lápida y entonces, Kike comenzó a llorar en silencio.

Aguirre se sentía incómodo, no sabía cómo consolarle, la verdad es que no había consuelo que ofrecer.

—Mira —le indicó Kike secándose las lágrimas—. Cuando me olvido de mí mismo, vengo aquí y echo un vistazo. Pone las cosas en su sitio. Ya lo creo.

Noelia Fernández Vargas

2000-2010

Hija amada.

Tus padres no te olvidan.

—¿Es ella?

—Sí —asintió Kike—, ella era mi hermana pequeña. Me adoraba. Y yo la maté.

El Segador

Hoy me ha hablado. ¡Está satisfecho!

Ella y su cachorro solo eran herramientas, cebos para atraer a los otros. A ella la cultivó con mimo, formaba parte de su plan, pero no como yo, ella era solo un peón.

No le importa que tomara la iniciativa. No esperaba menos de mí.

Los Otros, los que irrumpieron en la paz amenazando con destruirla para siempre. He de acabar con ellos. Han salido a la luz, se han descubierto. Conozco su debilidad y eso será su perdición.

Dos son mis presas. Y para llegar a ellos prepararé una trampa.

Habrà sangre. *Él* revive con ella.

Necesito ayuda para la trampa. Mi ayuda se llama Gregorio.

También un señuelo. El señuelo se llama Gloria.

Sé donde encontrarlos a los dos.

LA TRAMPA

Gregorio

La gente se preguntaba por qué Gregorio tenía un bar y no se dedicaba a otra cosa más acorde con su carácter: Asesino profesional o dentista, que son dos profesiones en que provocas dolor y cobras por ello.

—Ahí estaría en su salsa —aseguraba más de uno.

Y no es que lo hiciera mal en el bar. De hecho, tenía una clientela bastante fiel. La cocina estaba en manos de Lola: cuarentona, regordeta, soltera de buen corazón y que guisaba con sencillez una auténtica comida casera que atraía a todos los trabajadores de la zona. El local estaba limpio como una patena y todo lo que servía Gregorio era de calidad. El problema era Gregorio en sí. Odiaba a la gente y no se molestaba en disimularlo.

Gregorio era fornido y de estatura ligeramente por encima de la media. Un pelo ceniciento y lacio que solía llevar cortado al dos, coronaba una cabeza cuadrada que incluía un rostro de labios gruesos subrayando una nariz aguileña. El conjunto era agradable o lo habría sido de no ser por la permanente expresión de asco que lucía, además de unos ojos claros demasiado saltones y que, unido a cierta afición que había cultivado de niño, le habían dado un apodo en el que jamás pensaba. De hecho, de su infancia solo le gustaba recordar el día que la dejó atrás.

Era además, meticoloso hasta la obsesión, con un afán por la limpieza y el orden que rayaba en lo enfermizo. Su dominio se limitaba al bar, pero allí era el amo y ojito con contravenir alguna de sus normas; los berridos hacían temblar al más echado para adelante.

Un entretenimiento de sus clientes era elaborar teorías que explicaran el talante misántropo de Gregorio:

—*Mal de amores. Tuvo una novia que le dejó por otro justo el día antes de su boda. Lo sé de buena tinta.*

—*¡Quia! Es maricón. Le han visto por la Zona Rosa, los pubs esos del centro. Iba maquillado y con tacones. ¡No veas qué pinta de reinona!*

—*Úlcera sangrante —sentenciaba otro—. Agria el carácter.*

—*Hemorroides ¿No veis que nunca se sienta?*

—*Ese lo que es, es un gilipollas.*

La realidad como siempre, era otra, una más miserable y terrible.

En cuanto Gregorio dejó el colegio sin terminar tan siquiera la secundaria, su padre le había introducido en su profesión: camarero. Abel, el padre de Gregorio, no veía razón alguna por la que su hijo no debiera seguir sus pasos al igual que él había seguido los de su padre. Era feliz con lo que hacía, trabajaba en el pueblo, en el bar que recibió en herencia y, a pesar de los achaques por estar todo el día de pie, disfrutaba del trajín ya fuera sirviendo las mesas o detrás de la barra. Le encantaba dar y tomar palique y, poseedor de una voz grave y retumbante, se hacía escuchar aunque en el fondo no tuviera nunca gran cosa que decir. Así que para Abel, llevar a

su hijo a ejercer el trabajo que tantas satisfacciones le había reportado, era lo mejor que podía hacer por él.

Gregorio odiaba la profesión, odiaba a la gente que le llamaba de un sitio para otro, odiaba tener que darles conversación, tener que aceptar sus miserables propinas dándoles las gracias y sobre todo, odiaba a su padre por haberle metido en ese mundo. Cuando dejaron atrás el pueblo y se trasladaron a la ciudad en busca de mejores oportunidades, Gregorio soñó con abrirse paso en la vida a lo grande. En la ciudad tenía que haber oportunidades para la gente como él: con ambición. Pero las ocasiones no abundaban como él había creído, y acabó trabajando con su padre en un bar restaurante. La vida era mucho más cara en la ciudad que en el pueblo y el sueldo de Gregorio pasó a ser imprescindible en casa. Con eso se desvanecieron sus sueños de ser alguien y no un simple sirviente, como consideraba a su padre. Lo cierto es que tampoco puso nada de su parte por evitarlo, se dejó llevar por la corriente y cuando quiso darse cuenta, se había hecho un hombre y contaba canas a cientos por cada año que llevaba haciendo aquello que tanto le asqueaba.

Sus padres fallecieron con un mes de diferencia. A su madre, Laura, siempre en casa, siempre eficiente, la mató un cáncer que le diagnosticaron un septiembre y se la llevó un diciembre. Su padre acusó el golpe de tal manera que un ataque al corazón lo tomó de la mano para reunirle con su esposa un mes más tarde. Gregorio se encontró con un piso, algunos ahorros y una casita en el campo que Abel se había construido en un terrenito que tenía a las afueras del pueblo, en un inconsciente intento de demostrar ante sus paisanos, que había triunfado en la vida. Todo unido, sumaba una herencia bastante decente que mitigó el magro pesar que Gregorio pudo sentir y que achacó más al hecho de encontrarse de pronto solo que a un auténtico sentimiento de pérdida. Vendió el piso, demasiado grande para él solo, y compró uno más pequeño. Luego hizo cuentas y con lo que le sobró de la operación del piso más los ahorros de sus padres y los suyos, acarició la idea de darle un giro a su vida y cuando se sentó a cavilar para ver qué opciones tenía, llegó a la triste conclusión de que solo contaba con una. Compró un bar que traspasaban por jubilación, puso Gregorio en el letrero, contrató a Lola, a un chaval para ayudarle a servir las mesas y se puso detrás de la barra odiando al mundo y odiándose a si mismo.

No vendió la casita de campo, aunque llegó a considerarlo. Construida por el propio Abel, estaba clavada en el monte, a un par de kilómetros del pueblo. Como construcción era, en opinión de Gregorio, una mierda, pero ahí acabó hallando la intimidad necesaria para sus asuntos privados, así que decidió conservarla.

Todos los días de lunes a sábado, a las seis de la mañana abría el bar y todos los días de lunes a sábado, cerraba a las seis de la tarde a pesar de las quejas y hasta ruegos de algunos clientes:

—¿Qué quieres? —les decía—, ¿un cubata después de trabajar? Te lo tomas en otro lado. ¿Un sitio para charlar y tomarte algo antes de cenar? Te buscas otro sitio.

Le iba bien en lo económico así que la opinión de sus clientes le importaba una

hueva.

Acababa de abrir esa mañana a las seis y sabía que ningún habitual entraría antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, le jodía profundamente que alguien entrara sin darle tiempo a tomarse un café en la barra con el bar vacío, que en el fondo era como a él le gustaba verlo. Sus habituales, y a esas horas lo eran casi todos, ya le conocían, así que rara vez veía interrumpido ese primer café.

Estaba removiendo el azúcar con los ojos entrecerrados, no había dormido demasiado bien esa noche, intentando disfrutar de unos escasos minutos de paz, cuando alguien entró en el local. Y no lo hizo con delicadeza. La puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la tragaperras que había al lado. Gregorio abrió los ojos con un respingo y derramó de paso el café caliente sobre su mano. Aulló de dolor y luego levantó la cabeza buscando al imbécil que se había atrevido a entrar de esa manera. El tipo en cuestión recorrió la distancia desde la entrada hasta la barra sin darle tiempo a decir una palabra.

—Baja las persianas y si alguien se acerca, di que no abrirás hasta las siete.

—¿Qué? —Gregorio sentía más asombro que enfado. ¿Quién coño se creía el tipo...?

El tipo lo cogió del cuello de la camisa y le alzó en vilo como si no pesara nada; Gregorio era muy consciente de que pesaba sus buenos ochenta kilos.

—Cierra las persianas —le dijo lentamente, su aliento apestaba a rancio—. Y coloca una nota diciendo que abrirás a las siete. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Hablar? ¿De qué cojo...?

El desconocido le retorció el cuello de la camisa hasta que apenas le llegó el aire a los pulmones.

—Si quieres empezamos por las viejas que te follas todos los sábados por la noche. Ya sabes, esas que no llegan a la misa del domingo. —Le soltó tan de repente que cayó de culo al suelo—. O también de esa colección de películas que escondes detrás de un armario. —Se echó hacia delante por encima de la barra, señalándole con un dedo largo y nudoso—. Ahora haz lo que te he dicho y tráeme una botella de agua. —Se giró mirando las mesas—. Nos sentaremos allí —hizo un gesto hacia la mesa del rincón al lado de los servicios—. Y date prisa, *Sapo*, —escupió la última palabra curvando el labio en una mueca despectiva.

A Gregorio se le escapó el aire en un silbido lastimero mientras asimilaba lo que le acababan de decir.

Sapo. Sapo.

Intentó detener el alud de recuerdos de una infancia que creía enterrada, más los años se diluyeron y se encontró en el centro del corro cruel de rostros rientes en el patio escolar, burlándose de él...

Sapo. Sapo.

... porque una vez más le habían pillado cazando moscas y comiéndoselas siguiendo un extraño impulso que no podía, no quería controlar. Aún le dolían las

pedradas que había recibido al revolverse a puñetazos, más de rabia que de valor. Y así se encerró en sí mismo hasta el día que dejó la escuela y su niñez para irse a trabajar con su padre con el deseo de llevar una vida normal. Como tenía dinero y en el bar invitaba a los amigos que le salieron en cuanto se puso detrás de la barra, no quiso darle muchas vueltas a la relación que había entre los dos hechos, sintió que por fin empezaban a respetarle. Que era alguien. Hasta se había echado novia, Lucía, y llegó a pensar que acabaría llevando una vida normal. Pero la cosa no duró, Lucía acabó por dejarle y todo por una trifulca que tuvo con otro chaval del pueblo —no recordaba el nombre— con el que había tenido una pelea.

—*Eres un animal, solo me miraba.*

—*Sí, claro que, te miraba... ¡las tetas! El tío cerdo te miraba las tetas y estaban todos partiéndose el culo de verle. Claro, que si tú no las llevaras tan apretadas, pareces una guarrilla, joder. Me dejas en ridículo...*

Ella le había dado un bofetón delante de todos y las burlas acabaron con el sueño de ser respetado.

Al día siguiente, alguien le tiró una piedra a la cabeza mientras se dirigía al bar de buena mañana. Le tuvieron que aplicar varios puntos de sutura, aunque esa herida acabaría por cicatrizar sin dejar huellas. Fue la de su interior la que formó un costurón preñado de rencor.

Al cabo de un tiempo, oyó rumores de que ella tenía un lío precisamente con el mirón al que había apaleado. Algo raro hubo en el asunto, pero ya no quiso saber nada. Solo quería que le dejaran en paz. Acabó por negarse a ir a trabajar con la excusa de que sufría de jaquecas y retomó la costumbre de incluir moscas en su dieta. Sus padres no supieron qué hacer aunque pronto otros asuntos trágicos acaecidos durante ese tiempo, concentraron su atención y olvidaron los «problemillas de adolescencia», como los definiera el médico del pueblo, de su hijo. Fueron precisamente esas tragedias las que llevaron a los padres de Gregorio a tomar la decisión de marcharse a la ciudad. Así, cuando abandonaron el pueblo en busca de un futuro mejor, Gregorio enterró sus recuerdos con el firme propósito de jamás volver sobre ellos.

—*Este pueblucho está maldito —murmuraba su padre tras asistir al segundo funeral en menos de un mes.*

—*Y todos sabemos porqué —asintió su madre.*

Y lo había conseguido... hasta ahora.

Ahora surgían como las cucarachas de una alcantarilla, invocadas por ese misterioso visitante que tanto parecía saber sobre él. Sintiendo su mirada implacable sobre él, decidió que más le valía moverse y hacer lo que le había ordenado.

Gregorio se dio prisa, toda la que pudo. Tuvo que detener a un par de habituales que ya iba camino a la puerta. Que volvieran a las siete si querían, les dijo sin más explicaciones, aunque en su interior tenía la sensación de que tampoco abriría a esa hora. Bajó las persianas, tomó una botella de agua para el desconocido que le

observaba desde la penumbra del rincón, y se hizo otro café para reemplazar el que había derramado.

Examinó a su atacante mientras caminaba hacia la mesa, era un tipo alto, delgado y muy fuerte, de eso no había duda. Vestía un amplio abrigo oscuro con el cuello subido que, junto a la gorra negra con visera que llevaba bien calada hasta las cejas, hacía prácticamente imposible distinguir su rostro fuera de los ojos, negros y penetrantes.

Tomó asiento frente al otro, que había agarrado la botella de agua y bebía directamente de ella. Gregorio removi6 el café con la cabeza gacha, no resistía mirarle a los ojos, algo se removía en el fondo de esa mirada que le encogía los testículos. Se preguntó si sería policía, aunque desechó la idea enseguida. Si estuvieran tras él por sus «asuntos privados», le habría detenido directamente. No, su visitante quería otra cosa de él. Probablemente fuera a chantajearle, la idea le asaltó con un escalofrío. Desprenderse del dinero que tanto le costaba ganar, ese con el que tenía la secreta esperanza de jubilarse en unos pocos años, le removía las tripas.

—No me interesa lo que haces ni el porqué —aclaró su visitante tras acabar con el agua—. Tampoco quiero tu dinero —añadió como si adivinara la preocupación de Gregorio—. Estoy aquí porque has sido designado para ayudarme en mi misión.

—¿Misión? No sé de qué estás hablando.

—Él me ha traído hasta ti. Has sido elegido y harás lo que yo te pida. Y disfrutarás haciéndolo.

—¿Él? Mira no sé de qué va esto, pero si es dinero lo que quieres, esto apenas da para vivir y...

El otro se puso en pie y dio un puñetazo sobre la mesa con tal violencia que la volcó, derribando de paso el café de Gregorio.

Otro café a hacer puñetas fue lo primero que le vino a la cabeza. Luego se le ocurrió que ese tío probablemente podría matarle con sus manos desnudas cuando le viniera en gana.

—No escuchas, *Sapo*. Nunca fuiste muy inteligente, ¿verdad? Estoy aquí en una misión que está muy por encima de ti y de mí. Él me ha enviado. Si vuelves a decir una estupidez te arrancaré un ojo y haré que te lo comas. —De pronto se detuvo e inclinó la cabeza como si estuviera escuchando. A continuación se volvió hacia a Gregorio con un brillo febril en los ojos.

—Él viene, *Sapo*. Le conocerás. Sabrás qué quiere de ti. Prepárate.

Gregorio siempre había tenido un complejo, en realidad tenía muchos que había cultivado él mismo con esmero, pero el principal tenía relación con sus partes nobles. Concretamente con el tamaño. Por mucho que hubiera leído sobre que eso no era lo realmente importante, que las mujeres valoraban la ternura, la técnica, la personalidad... a Gregorio no le cuadraba. Siempre había apreciado unas buenas tetas y un buen culo en una mujer, si luego era enrollada y sabía lo que se hacía, mejor que mejor y si no, pues había de dónde cogerse para pasar el rato. Claro que durante muchos años, todo eso no fue más que teoría, porque Gregorio alcanzó la edad de veinticinco años con el mérito de haberse estado machacando manualmente a diario desde los once años sin fallar ni un solo día. Sin embargo, lo que era una mujer, no había conocido ni una en el sentido bíblico de la palabra hasta que llegó la despedida de soltero de Fermín. Ni siquiera había llegado a tocar a Lucia. El temor de que ella se riera de él era más poderoso que su deseo.

Fermín era un tipo grandote, algo bruto, pero de buen corazón con el que Gregorio trabajó durante unos años sirviendo en banquetes de boda. El hombre se iba a casar en su pueblo, un conjunto de casuchas perdido por la Mancha, y la boda iba a ser estrictamente familiar, así que decidió celebrar su despedida de soltero en la ciudad, con sus compañeros y, entre ellos, Gregorio.

La celebración transcurrió como la mayoría de las despedidas: cena copiosa con un montón de alcohol, cafés con un montón de alcohol, brindis con un montón de alcohol y luego, un montón de alcohol porque sí. Andaban ya por ese momento en el que todos se dedican a darse abrazos, gritando lo mucho que se quieren los unos a los otros, cuando alguien propuso ir a un club. Hubo voces a favor, voces en contra y algún farfallo reclamando una copita más, y al final el grupo se dividió entre los que iban a ver «carne» y los que iban a tomarse esa copita más.

—La údima, pod el Fedmin.

—Fale, pedo conduzco yo que eztoy bien.

—De ezo nada, yo zí que controlo.

Lo curioso es que Gregorio, que era un pésimo conversador y había bebido más que nadie, no se enteró de nada, demasiado tenía con no irse de bruces al suelo, y si acabó en el grupo de los «puteros» fue porque el de los de la última copita anduvieron ligeros a la hora de coger los coches y marcharse. Así fue como, sumido en un sopor se encontró, como por arte de magia, con una copa en la mano, un taburete debajo del culo, luces rojas por todas partes, una música a base de baladas añejas y una mano en su paquete. Y la mano no era la suya y el paquete no era de tabaco. Él no fumaba.

—Oye, cariño, venga, vamos a pasarlo bien. —La voz cascada de la puta vieja demasiado pintada, demasiado ceñida, demasiado precipitada, tuvo el efecto de poner a Gregorio a cien. Sintió la mano sobre su bragueta y si no se corrió allí mismo, fue porque había bebido demasiado. Así que ella le sacó un par de billetes, él nunca supo cuánto le costó ese primer polvo, se lo llevó a un cuartucho en el que apenas cabía un

catre baqueteado, y ajeno al olor y sospechoso color amarillento de las sábanas, él se había dejado llevar por la experimentada trabajadora del sexo. Estuvieron largo rato, Gregorio había bebido hasta hartarse, y cuando estaba próximo al orgasmo, empezó a pegarle. No lo hizo con fuerza, solo unos cachetes en las amplias y decadentes nalgas. A ella le hicieron gracia por lo que le animó a seguir. Y Gregorio no se hizo de rogar. Para cuando alcanzó el orgasmo, ella estaba inconsciente y tenía la mandíbula rota. El recién desvirgado, repentinamente sobrio después de todo el trajín sexual y pugilístico, decidió que había llegado el momento de largarse y de hacerlo lo más aprisa posible. Ni siquiera esperó a los demás, de hecho no tenía ni idea de por dónde andaban. Tomó un taxi a casa, se duchó y se metió en la cama. Tuvo problemas para conciliar el sueño, aún seguía excitándose ante la imagen de la vieja prostituta así que aprovechó el tirón para machacarse un par de veces. Esa fue su primera experiencia sexual y la puta que la compartió, fue la primera y la única mujer que sobrevivió a un encuentro íntimo con Gregorio. Todas las que vinieron después, mujeres maduras de entre cincuenta y setenta años que Gregorio conocía sobre todo a través de foros de encuentros para adultos en Internet, comprobaron cómo el gusto por la violencia de su ocasional amante iba a más, hasta llegar a un momento en el que sin sangre no se excitaba, con lo que solía tener sus orgasmos en un cuerpo cálido aunque ya sin vida. Todas esas amantes de un solo encuentro, servían ahora de abono a los frutales que tenía en la casita de campo que había heredado de sus padres.

Sin embargo, los hábitos sexuales de Gregorio no se detuvieron ahí. La idea le vino un día mientras veía una película porno. Ninguna le llegaba a excitar tanto como el recuerdo de sus «conquistas» y de ahí a decidirse a comprar una cámara que instalaría en el dormitorio de la casita de campo, solo transcurrió el tiempo que ocupó en machacársela a conciencia. Era una costumbre que conservaba, muchos años de «amor propio» como para abandonarlo de repente.

Las primeras filmaciones no fueron demasiado buenas, algunas solo incluían planos de un culo peludo y alguna que otra pierna suelta. No tardó en decidir que el mejor sitio para colocar la cámara era en el falso techo del cuarto, desde la cenital era difícil perder detalle de todo lo que ocurría. Las filmaciones mejoraron, pero no acababan de satisfacerle, por lo que instaló una segunda cámara tras un falso espejo que colocó frente a la cama. Con el ordenador, un programa de montaje y la paciencia que da la motivación, montó películas con las filmaciones de las dos cámaras que le hicieron sentirse orgulloso de su habilidad. Ocultaba su colección de atrocidades tras el armario del dormitorio y contaba ya con más de doscientas que entretenían las noches en que el insomnio le asaltaba sin compasión. Llevaba varios años, ya desgranaba las cuentas de la treintena, viviendo su particular fiebre del sábado noche y jamás había tenido problema alguno. Era especialmente meticuloso y se informaba bien sobre sus víctimas antes de seducirlas para llevarlas a lo que él les describía como su *retiro campestre*. Siempre mujeres solas, sin familia o con familia que pasaba de ellas, sin amigas y sin vecinos que se preocuparan demasiado ante una

ausencia de varios días. Y al cabo de esos días, cualquier pista que llevara a Gregorio había desaparecido. Para empezar, utilizaba ordenadores de cibercafés y frecuentaba más de veinte para evitar convertirse en una cara conocida en alguno de ellos. Además, siempre facilitaba datos falsos, lo que no era raro en esos foros, y cuando llegaba el primer encuentro, Gregorio se aseguraba de que ese sería también el último. Era cierto que en más de una ocasión había fracasado y su presunta conquista se le escurría entre los dedos, pero aun a pesar de la rabia que le invadía al verse rechazado, se portaba con toda corrección evitando dar pie a sospechas. Jamás había una segunda cita. Todas esas precauciones le habían mantenido a salvo y nunca había tenido el más mínimo problema.

Excepto el Ramiro ese. Un jodido pesado que se empeñaba en meter las narices donde no le llamaban. Aunque por ahora había conseguido mantenerle a distancia.

Y ahora, de pronto, descubría que un desconocido, que le daba ganas de meterse en un rincón y echarse a llorar, estaba al corriente de todo. El mismo tipo que le había arrojado el recuerdo de su infancia a la cara.

Sapo, sapo.

Para luego hablarle de una misión y de «alguien» que venía. Acarició la idea de acabar con su misterioso asaltante, tenía un cuchillo de buen tamaño y mejor filo bajo la barra y si tenía ocasión, pensaba usarlo. El otro tenía una fuerza considerable como ya había demostrado, pero una cuchillada en la garganta minaba las fuerzas de cualquiera. Pero ahora que le había anunciado que venía otro —Él, había dicho Él y casi se mascaba la bastardilla— comprendió que no tendría más remedio que esperar. Se le ocurrió que a pesar de lo que el otro había dicho, quizás pudiera resolverlo finalmente con dinero. Ya no le preocupaba tanto desprenderse de sus ahorros. Solo quería perder de vista al tipo ese lo antes posible.

—Él ya está aquí —anunció el desconocido sacándole de su ensimismamiento—. Rinde pleitesía a tu amo, *Sapo*.

Gregorio levantó la cabeza mirando hacia la puerta pero claro, la persiana estaba echada, él mismo la había cerrado. Al interrogar con el gesto al otro, este señaló con la cabeza a su espalda. Gregorio se giró en esa dirección y, con la sensación de que estaba perdiendo la cabeza, comenzó a gritar.

El Inspector

La niña abrió los ojos de pronto, el sueño empañando los ojos claros.

Como los de su madre, advirtió Aguirre con algo de amargura.

Se llevó rápidamente un dedo a los labios y le sonrió. Esperaba no asustarla. Lo último que quería era formar parte de las pesadillas de su hija. La niña frunció el ceño y luego abrió los ojos de par en par al reconocerle. Acabó echando las mantas a un lado, sus dos peluches favoritos cayeron al suelo y, sin mediar palabra, se arrojó al cuello de Aguirre.

—Papi —sollozó al cabo de un rato—. Papi, ¿dónde has estado? Mami decía que no volverías, que te habías marchado para siempre.

Aguirre sintió emociones tan intensas que le hicieron boquear en su intento por controlarlas. Tenía que mantener la compostura, había venido a ver a la niña, a hablar con ella, no a representar un drama. Deshizo el abrazo con desgana y la miró a los ojos. Le contó que era cierto que se había tenido que marchar, y que tendría que volver a hacerlo, que no podía quedarse con ella.

—No, Eva, no puedes despertar a Mami, déjala que duerma. Y es mejor que no le cuentes nada. Podría asustarse.

La niña quiso saber por qué. Por qué se tenía que marchar y por qué Mami no podía saber que él había estado allí. Aguirre le pidió que confiara en él, que era mejor así. Ella asintió comprensiva, como solo pueden hacer los niños. Luego pasó con toda naturalidad a contarle lo que hacía en el cole. Lo buena que era su «seño»:

—Se llama Teresa, papi, pero quiere que la llamemos Tere.

Quién era su mejor amiga y quién había dejado de serlo:

—Antes era Carmen, pero se ha vuelto una tonta y una pegona. Ahora prefiero a María.

Que se le habían caído dos dientes, los dos de arriba:

—¿Verdad que parezco un vampiro? —Y se habían reído los dos en susurros.

La última película que había visto:

—Una de princesas, papi. Como esas —dijo señalando a cinco o seis muñecas sentadas sobre la mesilla que tenía al lado de la cama—. Ella se enamoraba y el príncipe le daba besitos —contó entre risitas.

Le cantó en voz bajita algunas de las canciones que había aprendido para espetarle a continuación, toda seria, si se acordaba de su cumpleaños.

—Es la semana que viene, papi.

Y que qué le iba a regalar. Aguirre le dijo que claro que se acordaba y le prometió un regalo maravilloso, pero que no, no se lo podía decir porque entonces no sería una sorpresa.

Cuando el sueño ya la vencía, le pidió que le contara un cuento. Aguirre dijo que sí y se inventó uno de princesas, príncipes y dragones hasta que la respiración pausada de ella le advirtió que dormía. La tapó y volvió a colocar los peluches a su

lado en la almohada. Luego se marchó tras besarla en la frente y dio las gracias en silencio a Baldo por su consejo de no dejar asuntos pendientes.

Sacrificio

Fidel Castillo balanceaba una botella en la mano y la botella estaba vacía. No recordaba en qué momento había tomado el último trago, aunque eso era lo de menos, lo importante era que la botella no tenía nada que ofrecerle, así que la arrojó por la ventanilla del coche sin más miramientos y condujo en busca de algún sitio en el que apagar su sed.

La juerga había comenzado como ya era habitual, en cuanto salió del trabajo en la inmobiliaria que le había montado «Papá»: Federico Castillo, constructor adinerado sin demasiados escrúpulos que daba por bien invertido el dinero si con eso mantenía a su hijo alejado.

En la vida, todo era una cuestión de rentabilidad y cuando Federico Castillo se planteaba la conveniencia de formar una familia lo analizó desde esa perspectiva. Sopesó los «pros» y los «contras» y acabó decidiendo que en ciertos ámbitos de poder, contar con una familia era sinónimo de estabilidad y confianza. Así que se casó y tuvo un hijo. Unos años más tarde tuvo la inmensa suerte de que su mujer — Adela Fontanares, heredera de la cadena de pescaderías «Fontanares»— falleciera en un accidente de automóvil. Federico incrementó su fortuna y con la etiqueta de viudo doliente, se dedicó en cuerpo y alma a lo suyo: generar dinero y ganar poder.

En cuanto a Fidel, había formado parte de la «inversión» y una vez cubierta, lo único que quería era que le molestara lo menos posible. No tenía planes para él como heredero de sus posesiones. Federico no pensaba en el futuro, pensaba en él mismo y le importaba muy poco lo que pudiera ocurrirle a sus negocios cuando ya no estuviera.

El trabajo de Fidel consistía en llegar a la oficina mediada la mañana, por norma lo hacía luciendo gafas oscuras y una resaca como un piano, saludar a quienes de verdad sacaban adelante el negocio —todos contratados por «Papá», que sería un sinvergüenza pero no era tonto—, dar una palmadita a su secretaria, que le odiaba con todas sus fuerzas, pavonearse ante los comerciales contando batallitas, hacer un par de llamadas y por último, acudir al banco para sacar una buena cantidad de dinero con la que pasar el resto del día. De ahí, quedaba para comer con un par de amigos de toda la vida, amigos de su generosidad a la hora de pagar, y comenzaba su tratamiento contra la resaca: básicamente pillar otra cogorza de campeonato. Tras la comida, lo habitual era el bingo donde él y sus compinches regaban los cartones con buenas dosis de alcohol. Posteriormente, una cena rápida y para acabar la juerga, visita a los pubs de alguna zona para ligones de barriga prominente y cartera más prominente, o, si la necesidad apretaba demasiado como para respetar los rituales del ligoteo, a algún puticlub de los muchos en que Fidel era bien conocido.

Esa noche había tocado puticlub y al consumo de alcohol, él y su cuadrilla, habían unido el de algunas rayas y unas cuantas pastillitas que les habían puesto a cien. Tras el fragor sexual con un par de chicas, esa noche había estado especialmente

machote, se despidió de los amigachos con gritos de *¡Cuánto te quiero, tío! ¡Y yo a ti! ¡Pero sin mariconadas! ¡Ja, ja, ja!* Pero Fidel no se había marchado a casa, decidió prolongar la fiesta a solas con una botella de tequila que siempre guardaba en la guantera de su flamante deportivo y ahora, cuando la botella ya era un recuerdo hecho añicos, aparcaba el coche en doble fila para dirigirse con paso vacilante hacia un letrero iluminado que rezaba *Bar Gregorio*. Dio gracias a los pringados que madrugaban como el dueño de ese bar, así podría tomarse la penúltima o unas cuantas penúltimas, que era una de esas noches en las que se veía capaz de beberse un mar de alcohol.

Aparcó el coche en doble fila y, abrochándose el abrigo con dificultad sobre el orondo vientre, fue hasta el bar con el paso cuidadoso de quien ha sobrepasado su límite de alcohol con generosidad. Lo malo fue cuando encontró la persiana del local echada, su irritación le llevó a aporrear el metal con el puño exigiendo a gritos que abrieran de una puta vez.

Gregorio sintió la orina deslizarse empapando el pantalón hasta el calcetín de su pierna izquierda y por el olor, dedujo que mearse encima no era lo único que había hecho. Oyó un gimoteo, parecía un crío lloriqueando, pero ahí no había nadie más aparte del desconocido que mantenía los ojos en blanco mientras canturreaba una extraña letanía. El desconocido y ese *Él* que amenazaba con arrancarle la cordura de cuajo. Apretó los dientes cuando cayó en la cuenta de que el gimoteo procedía de su garganta.

—Tienes que ser fuerte —le había advertido el extraño antes de caer en trance—. *Él* odia a los débiles.

Cerró los ojos deseando que todo fuera un mal sueño y de pronto un golpeteo en la persiana del bar le hizo volver a abrirlos, sobresaltado. *Él*, fuera lo que fuera, ya no estaba, solo el desconocido que parecía haber salido de sus ensimismamiento y le clavaba su mirada de fuego.

—Abre la persiana —le apremió—. Abre antes de que atraiga la atención.

—¿A quién? —balbuceó Gregorio aterrorizado. No creía que pudiera soportar otra visita como la de *Él*.

—Ha llegado el sacrificio —le espetó con impaciencia—. Déjale entrar, cierra la persiana y atiéndele en la barra. Yo me encargaré del resto. Tenemos que cerrar tu unión con *Él*, bendecirla. Entonces podremos seguir con nuestra misión.

Fidel ya estaba a punto de abandonar su empeño de entrar en el bar, se sentía un poco tonto ahí plantado y además, comenzaba a llamar la atención de algunos viandantes que con sus bolsas y mochilas se encaminaban al trabajo. Los observó con desdén: no eran más que unos miserables que trabajarían en empresas miserables por un sueldo miserable para poder mantener sus vidas miserables.

Decidió que iría a una gasolinera que conocía, contaba con una pequeña cafetería que nunca cerraba. No era lo más idóneo, nada de cubatas ni copas, pero se podría tomar algunos chupitos de *JB*, los suficientes para irse a casa y dar el día por acabado.

—Mañana será otro día —se consoló en voz baja, mientras fulminaba con la mirada a una joven más bien menuda y muy morena, con aspecto de inmigrante, que caminaba por la acera de enfrente. La chica aceleró el paso para deleite de Fidel que consideró la posibilidad de echar a andar tras ella para darle un buen susto.

—Putas sudacas de mierda —renegó en dirección a la chica que no dejaba de mirarle de reojo mientras andaba a toda prisa. Ya daba los primeros pasos hacia ella cuando el traqueteo metálico de la persiana le detuvo. Al ruido acudieron otros dos hombres que aguardaban sentados en un banco cercano y que a Fidel le habían pasado inadvertidos. También tenían aspecto de inmigrantes, pero estos no apartaron la mirada al cruzarla con la de Fidel. No habían perdido detalle de lo sucedido con la chica y no parecían muy contentos. Se aproximaron a él con los puños cerrados y gesto desafiante. Fidel a punto estuvo de echar a correr hacia el coche cuando le detuvo una voz.

—Vamos, entre de una vez.

Al darse la vuelta, se encontró con Gregorio que le animaba a entrar. Si no hubiera estado tan borracho, entre otras cosas, Fidel hubiera hecho exactamente lo mismo que los dos jóvenes: darse media vuelta y largarse a toda prisa. El aspecto de Gregorio, blanco como un bidé, los pantalones empapados en orina y con un tufo de lo más sospechoso, no presagiaba nada bueno. Sin embargo, a Fidel le hizo gracia la huida de los chicos.

—Acojonaos —fanfarroneó—. Me estaban vacilando —comentó a Gregorio—, si no llegas a abrir, les reviento la cabeza. Bueno, vamos a por un güisquito que a mí estas cosas me dan sed.

Gregorio farfulló algo ininteligible y le agarró del brazo con fuerza llevándolo hacia el interior.

—¡Eh! Tranquilo, —le espetó Fidel, malinterpretando el gesto—. Esos *sudacas* de mierda ya no vuelven.

Una vez dentro del local, le llegó la peste del dueño del bar. Mirándole de arriba a abajo con el ceño fruncido, se preguntó dónde coño se habría metido. Pero cuando Gregorio, tras bajar de nuevo la persiana, se puso detrás de la barra y colocó una botella de güisqui, *Cardhu*, observó con sorpresa y satisfacción Fidel, junto a un vaso alto con hielo, olvidó todos sus recelos. Con pulso tembloroso, pero sin derramar una

gota, llenó y vació el vaso emitiendo un suspiro de satisfacción. Tras servirse una segunda copa a la que dedicó dos tragos en lugar de uno, sonrió a Gregorio que le observaba fijamente.

Qué tipo tan extraño, pensó. Parece que lo hayan arrastrado por las cloacas. Se encogió mentalmente de hombros. ¡Qué diablos! Tampoco creía que él presentara un aspecto demasiado bueno. Tras la segunda copa, se sirvió una tercera que pronto formó un trío con las dos primeras. Saciada su ansia, Fidel intentó entablar conversación con el otro, pero ante sus gruñidos y expresión de alucinado,...

Este se ha tomado algo, seguro, concluyó para sí con una sonrisilla.

... optó por dedicarse a vaciar la botella. Se dio media vuelta observando el local, estaba totalmente vacío, aunque ahí en el rincón, entre las sombras, juraría que algo se había movido. Entrecerró los ojos intentando ver con más claridad y entonces el dueño del bar, tomándole del brazo para que se volviera, se tornó de lo más locuaz. Comenzó a preguntarle de dónde venía, qué hacía por allí, un barrio obrero cuando estaba claro que él era un señor y otras sandeces por el estilo. Fidel no tuvo más remedio que prestarle atención, dando la espalda de nuevo al local. El tipo estaba sufriendo una diarrea verbal y lo más curioso es que ni siquiera esperaba que Fidel respondiera, pasaba de un comentario a otro como si le fuera la vida en ello. Fidel no pudo menos que reírse, al hacerlo el otro calló mirándole con irritación.

—Vamos, amigo —le espetó Fidel después de finiquitar otro güisqui—. ¿De qué vas tú? Mira que yo me he metido mierda esta noche, pero tú debes haberte esnifado toda la puta Colombia. Además, —añadió, aprovechando el silencio repentino del otro—, para mí que te has «cagao» encima, porque menuda pestuza, —y estalló en carcajadas que interrumpieron un violento ataque de tos—. ¡Dita sea! —farfulló cuando consiguió controlarse—. Puto tabaco. Por cierto, ¿qué tal uno? —concluyó, encendiéndose un pitillo mientras le guiñaba el ojo al otro. Iba a soltar una nueva carcajada cuando se lo pensó mejor. No le apetecía sufrir otro ataque de tos.

—Bueno, amigo, creo que es hora de que levante el vuelo. Que mañana tengo que trabajar. —Esbozó una sonrisa borrosa sacando varios billetes de 50 euros de la cartera—. Me he cascado media botella así que supongo que con dos de estos estaremos en paz. Miró al otro esperando las gracias, sin embargo Gregorio estaba demasiado ocupado agachándose tras la barra mientras gimoteaba por lo bajo.

—No, por favor, *Él* otra vez, no.

Fidel sintiendo que alguien se acercaba por detrás, se dio la vuelta con torpeza y durante unos segundos su boca formó una O perfecta. Luego se echó a llorar mientras comprendía por qué el dueño del bar se había hecho sus necesidades encima, a él acababa de pasarle exactamente lo mismo.

Gregorio

Gregorio estaba tumbado en el suelo tras la barra con el dedo pulgar en la boca y tarareando una melodía sin sentido. Chupaba cada vez con mayor fruición mientras tomaba nota mental de que había que quitar el polvo de las botellas de vino que guardaba allí abajo y que también era hora de acometer la limpieza quincenal del suelo debajo de la cafetera. A pesar de la natural pulcritud de Gregorio, allí se acumulaban restos de café, sobrecillos de azúcar y una considerable cantidad de mugre de naturaleza incierta.

—Hoda también de cambiar el badil —se susurró a si mismo, interrumpiendo la melodía aunque sin sacar el pulgar de la boca—. O zaldrá la ceveza zin prezión y ezo en mi bar, no ha ocudido nunca.

Pues ahora mismo están ocurriendo otras cosas que tampoco habían ocurrido nunca. Rechazó lo que acababa de pensar como si fuera una mosca impertinente. Extrajo el dedo de la boca y siguió con su monólogo.

—Creo que pintaré el bar de beige este verano. Sí, creo que quedará mucho mejor, más alegre y luminoso. —Volvió a introducirse el dedo en la boca, aumentando el ritmo de chupeteo y aun así el gorjeo del otro lado de la barra, el jadeo compulsivo le alcanzaba con toda nitidez.

Por lo menos los ruegos y llanto del tipo que había entrado al bar se habían terminado y los chillidos de después, duraron poco.

La presencia ominosa y pesada acompañada de un fuerte zumbido de moscas y el olor, la peste que le envolvía...

—Mi propia miedda, —tuvo que confesar—. Eza ez mía.

... le abrazaban como un sudario plástico y húmedo. Estaba convencido de que acabaría estallándole el corazón y lo deseó con todas sus fuerzas. Cualquier cosa con tal de estar lejos de allí.

El Segador

El sacrificio está consumado. *Él* está satisfecho. Hemos bendecido el local y ahora Gregorio nos será fiel.

Nada como el terror para crear lealtad en los débiles. Lo he aprendido de *Él*.

Ahora solo hemos de aguardar a que caiga la noche de nuevo.

Hemos de capturar el cebo.

Gloria vendrá a nosotros. *Él* me lo ha dicho.

Habrà más sangre y eso será satisfactorio.

Gloria

Gloria, desmadejada sobre el sofá de casa y con la vista perdida en el techo del salón, tenía el alma en carne viva. Ya no le cabían más emociones y en esos días, la aparición de un hombre lobo le hubiera causado la misma impresión que la mosca que se paseaba sobre el periódico de hacía varios días que reposaba encima de la mesa.

El Segador era un monstruo.

Tenía el cuerpo deforme, la mente de un niño y el instinto de una bestia. Su madre adoptiva, Prudencia Villegas, era quien seleccionaba sus víctimas.

La policía ha emitido un comunicado en el que da por cerrado el caso más siniestro que...

Había tenido un día duro en el trabajo, los residentes habían estado especialmente inquietos e impertinentes. Se acercaba una tormenta y el aire estaba cargado y tenso.

—O quizás, —reflexionó en voz alta Gloria—, sea yo, que no aguanto nada.

Sin embargo, se resistía a dejar el trabajo tal y como le había sugerido el médico que la atendió por el esguince de tobillo.

—Unos días de descanso le vendrán bien. Váyase fuera, olvídelo todo. Ha pasado por un infierno. Necesita desconectar, comenzar de nuevo.

Gloria se había limitado a asentir, pero no pensaba irse a ningún sitio. Fuera donde fuera, no iba a olvidar nada, eso estaba claro. Sí que mandó a su madre al pueblo, con unas hermanas solteras.

—Estaré muy ocupada mamá, con todo este tema de si nos quedamos o no la residencia. Estarás mejor allí y no va a pasar nada por cerrar unos días el kiosco. Claro que estaré bien, ya estoy mejor. —Le dolió el esfuerzo de la falsa sonrisa que dedicó al rostro angustiado de su madre—. No te preocupes, ya acabó todo.

Había mentido descaradamente, había mucho por lo que preocuparse.

Durante los últimos días se había quedado a pasar la noche en la residencia, necesitaba sentirse rodeada de gente. Pero esa noche prefería estar sola, a solas con sus pensamientos. Aunque comenzaba a arrepentirse de haber tomado esa decisión.

Sabía que en el trabajo murmuraban a sus espaldas y que incluso algunos compañeros y bastantes residentes, la evitaban.

—Lleva la muerte a hombros —oyó murmurar a uno de los ancianos y tuvo que admitir que probablemente tenía razón. Las muertes de Lorenzo, Virtudes y Baldomero la habían rozado con demasiada intimidad. Ahora no sabía a quién acudir. Las dos únicas personas con las que habría podido hablar, que comprenderían, ¡y de qué manera!, lo que sentía, habían desaparecido y su pesar era que lo habían hecho para siempre. Agitó la cabeza intentado recuperar la presencia de ánimo.

—Así no llegarás a ninguna parte, Gloria. A ver si le echas cojones —se reprendió en un súbito acceso de ira que la sorprendió. Y entonces rompió a llorar. El llanto fue seco, convulsivo, como una mano agitando con violencia el tejido de sus sueños hasta despedazarlos. El repentino trueno que hizo temblar las ventanas del piso la sobresaltó y tras la bofetada, el cielo se abrió y vertió agua hasta oscurecer la tarde inundándola de sombras. Encendió la luz reprimiendo el llanto con un esfuerzo. Decidió prepararse la cena; sopa y quizás algo de pescado de segundo. No tenía ni pizca de hambre, pero sabía que en su estado dejar de comer era la antesala de una depresión, si es que no había cruzado ya ese umbral. Comer, ir a trabajar, limpiar la casa, hacer la compra... eran los hábitos a los que tenía que aferrarse para darle normalidad a su vida. Una vida que había saltado en mil pedazos con la llegada de quienes parecían más bien los protagonistas de una novela de terror. No sabía cuántas veces se había preguntado por qué a ella. Esas cosas siempre les sucedían a otros, otros a quienes uno ni siquiera conocía hasta que hablaban de ellos en las noticias o en las crónicas como las que habían encabezado la prensa durante todos esos días.

—El Segador —musitó para si misma. Nadie podía hacerse jamás a la idea de lo terrorífico que había sido encontrárselo frente a frente. Ese pensamiento la llevó a Kike y a Aguirre. Apretó los labios decidida a apartar esos pensamientos. Si quería superar todo lo ocurrido tenía que dejarlos atrás.

Se metió en el baño para lavarse la cara con agua fría, necesitaba despejarse, aclarar el torbellino que le pesaba en el alma. Al levantar el rostro, se encontró con su imagen en el espejo encima del lavabo. Esperaba la expresión demacrada y triste, lo que la sorprendió fue el miedo agazapado que anidaba en sus ojos. La habían vuelto del revés y sacudido un buen rato. No iba a recuperar su vida de antes, eso lo sabía con certeza. La cuestión residía en si recuperaría la ilusión para seguir adelante. Apretó los puños con rabia. Ese tipo de reflexiones no iban a ayudarla y se hizo la promesa de no dejarse dominar por ellas.

Salió del baño e iba camino de la cocina cuando se detuvo al oír la melodía del móvil —irónicamente, el *Himno de la Alegría*—. No supo si responder o no. El número entrante era desconocido y estaba más que harta de los periodistas que la habían atosigado sin piedad. Finalmente se decidió a contestar. Tras responder con un *quién* cauteloso, dio un respingo al escuchar la voz del otro lado.

—Gloria, soy yo: Aguirre.

El Inspector

—Aguardaba su llamada, señor. Pensé que...

—¿Nos habíamos olvidado de usted?

—No, no es eso... —Aguirre se aturulló. En realidad no sabía lo que le pasaba por la cabeza. Las últimas ¿horas?, ¿días?, habían transcurrido en la Agencia, entre grises y silencios. Aguardando. Se le había hecho una eternidad.

—El chico no está, —adujo intentando que el otro no percibiera su confusión—. No sé nada de él. Estoy preocupado.

—No lo esté más. Kike está cumpliendo un encargo que le hemos hecho. No se enfade —se anticipó previendo su reacción—. Tenía orden de no decirle nada.

Aguirre guardó silencio, no sabía qué decir.

—Volverá a actuar pronto. Aún está por aquí —soltó el otro de sopetón—. Tiene que contactar con la chica, creemos que corre peligro.

—Pero Kike hizo lo que le pedí, la dejó.

—Me temo que nuestro enemigo está al corriente de la relación que mantenía Gloria con usted y su compañero.

—¿QUÉ?

—La noche del ataque a la residencia no fue más que un ardid. La intervención del agente Fernández le puso al descubierto —prosiguió la voz ajena a la interrupción de Aguirre—. A él y a la chica. Vaya con ella, Aguirre. Protéjala.

Kike

Kike recorría el pueblo recién amanecido maldiciendo la intensa lluvia que no le dejaba ver más que los contornos de las terrosas casas arracimadas en calles estrechas y sinuosas. Estaba empapado, la ropa que llevaba puesta...

Tendrá que vestir más acorde con el lugar al que va, agente. La idea es que se gane su confianza para obtener información.

Y eso quiere decir que nada de chupas de cuero y camisetas molonas, había pensado Kike con resignación.

... se le pegaba al cuerpo. Había renunciado a la cazadora y la camiseta, sustituyéndolas por un suéter de cuello alto y una trenca que de poco le sirvieron cuando se puso a llover. De los vaqueros no había prescindido, todo tenía un límite.

Llevaba más de una hora deambulando por San Miguel de la Frontera y todavía no se había topado con nadie. El pequeño ayuntamiento estaba cerrado a cal y canto a pesar de ser día laborable, igual que la iglesia y, cosa extraña, el único bar de la localidad. Se resistía a llamar a alguna de las puertas que iba pasando, inseguro sobre qué pretexto podría dar para justificar la irrupción. Maldijo de nuevo entre dientes, ¿es que no había nadie en ese pueblucho? Así no había manera de cumplir con la misión que le habían encomendado.

Cuando comentó lo que había visto la noche del ataque a la residencia, el jefe le preguntó si estaba seguro, a lo que respondió que no, que estaba todo muy oscuro en el callejón. Aun así, le pidieron que hiciera el viaje hasta San Miguel para hacer unas comprobaciones. Habían estado investigando y confiaban en que allí hallarían respuestas a una cuantas preguntas. Al principio se había sentido excitado ¡Por fin algo de acción! La opresión claustrofóbica de su encierro en la Agencia y cierto aturdimiento mental que empeoraba con el paso del tiempo, había comenzado a hacerle mella. Sin embargo, pronto la excitación había dejado paso al abatimiento. El pueblo era de mala muerte, el típico en el que un forastero llamaba la atención como un cerdo vestido de novia. Se rio de la absurda imagen que el símil le trajo a la cabeza, tanto que lo hizo a carcajadas hasta que una mano pesada sobre su hombro interrumpió la risa. Se giró sobresaltado.

—¡Me cago en la hos...!

El hombretón se erguía ante él con una expresión entre ceñuda y desconfiada en su rostro anguloso. A sus espaldas otra figura cubierta con un pesado impermeable le apuntaba con un arma. Los rostros no eran amistosos.

—Identifíquese —ladró el hombretón.

—Eso —repuso el otro con desprecio—. A ver qué era lo que le hacía tanta gracia.

El hombretón siguió clavando su mirada en Kike, pero por su expresión, el chico supo que el comentario del otro le había fastidiado.

Una vez superada la primera impresión, Kike estuvo a punto de soltar una nueva

carcajada. ¡Interceptado por la Guardia Civil! Consiguió controlarse, las actitudes de los guardias eran amenazadoras.

—Solo me reía de mi mala suerte —explicó respondiendo a la pregunta del otro—. Para una vez que salgo de viaje, se me estropea el coche a por lo menos diez kilómetros de aquí y no encuentro un alma en la carretera. Así que echo a andar y cuando llego aquí, empieza a diluviar, no hay nadie por la calle, está todo cerrado... En fin, reía por no llorar —concluyó en un tono que esperaba fuera convincente. Había improvisado sobre la marcha, pero era algo que siempre se la había dado bien: mentir, buscar excusas. Sin embargo, el más rezagado de los guardias resopló con escepticismo y mantuvo el arma firme encañonando a Kike. ¿Qué coño les pasaba? ¡Lo trataban como a un criminal!

—Baja eso, Gerardo —ordenó de pronto el hombretón—. No es más que un chaval.

El otro titubeó.

—Pero, sargento...

—¡Que la bajas, coño!

El tal Gerardo obedeció a regañadientes, murmurando para sí.

Afortunadamente no es él quien está al mando, pensó Kike. Ese sería capaz de meterme un tiro y entonces sí que nos íbamos a reír.

—Hemos tenido algunos robos por aquí, antes eso no pasaba —expuso el sargento a modo de disculpa. Kike se limitó a asentir en silencio.

—¿Y qué le ocurre al coche? —preguntó finalmente el sargento.

—Ni idea. Empezó a dar tirones y luego se paró. Ya no pude arrancar. Se quedó muerto. —Sonrió con timidez—. La verdad es que soy un desastre con los coches. No sabría ni cambiar una rueda.

—Eso va a ser la batería —intervino Gerardo.

—Vete a saber —refunfuñó el sargento sin perder de vista a Kike.

—O a lo mejor se ha quedado sin gasolina —añadió con malicia el guardia más joven acercándose. Estaba sobre la treintena, aunque una telaraña de venas recorría el blanco de sus ojos y unas profundas ojeras subrayaban el rostro macilento.

Vaya, reflexionó Kike. A este parece que le guste pegarle a la botella y quizás, a otras cosillas.

—No, hombre —replicó dirigiéndose a él—. Antes de salir pasé por la gasolinera, tendré al menos medio depósito. —Se estremeció de frío—. ¿No podríamos ir a algún sitio más seco? No me vendría mal tomar algo calentito, un café o quizás algo más. Me gustaría invitarles, si no les importa, claro.

Había dado en el clavo, a Gerardo se le iluminó la expresión y antes de que el sargento pudiera aducir algo, dijo que *faltaría más, que seguro que el bar ya estaba abierto*. Luego se detuvo, consciente de que estaba tomando una decisión que no le competía.

—Si está usted de acuerdo, sargento.

—Sí, hombre, sí —aceptó el sargento. Parecía haber abandonado su actitud suspicaz—. Y si Manolo no ha abierto, pues le llamamos y ya está. Ya es hora de que abra. Y no es necesario que nos invite.

Kike reprimió una carcajada al ver la expresión decepcionada del otro.

—¡Oh! Lo haré encantado. A fin de cuentas, imagino que luego me echarán una mano ¿no?

—Eso lo haremos porque es nuestro deber.

—Lo sé, lo sé —se apresuró Kike. El comentario no le había sentado bien al sargento y lo último que quería era volver a despertar sus recelos—. Simplemente me ha alegrado tanto encontrarme con alguien que me apetece invitarles.

—De acuerdo, joven. Vamos para allá. Por cierto, todavía no me ha dicho su nombre y ya puestos, me gustaría ver su documentación.

Kike musitó un *ahora mismo* y comenzó a rebuscarse en los bolsillos de la trenca y los pantalones. Acabó dándose una palmada en la frente.

—¡Maldita sea! Ahora recuerdo que dejé la cartera en la guantera después de repostar. Debe de estar ahí. —Aguantó sin parpadear la escudriñadora mirada del sargento, este acabó asintiendo.

—No hay problema, cuando le acompañemos al coche nos la enseña y ya está.

Kike observó que a Gerardo se le había oscurecido el rostro. *Sin cartera no hay dinero*, debía estar pensando. *Y sin dinero no hay invitación*.

—Menos mal que siempre llevo parte del dinero en otro bolsillo —añadió con una carcajada—. Ya saben, por si pierdo la cartera, —añadió.

Gerardo volvía a sonreír y apresuraba el paso hacia la plaza.

—Y por cierto, me llamo Faustino, Faustino Albarracín —se presentó asumiendo la identidad que le habían dado en la Agencia. Había llegado la hora de poner el plan en marcha. Tendió la mano hacia los guardias.

El joven le dio un apretón húmedo.

—Gutiérrez. Gerardo Gutiérrez —farfulló acelerando de nuevo el paso.

Prisa por llegar al trago, pensó maliciosamente, Kike.

El sargento le ofreció una mano grande y pesada. El apretón en este caso fue breve y firme.

—Amado, Sargento José Luis Amado. —A continuación enarcó una ceja—. ¿Usted no será de los Albarracín de aquí de San Miguel?

Kike abrió mucho los ojos simulando sorprenderse.

—Pues sí, la verdad es que sí. Mi padre se fue del pueblo cuando apenas era un crío, pero siempre me habló mucho sobre lo feliz que fue aquí y, como tenía unos días libres, me dije que por qué no venir a echar un vistazo. Ya sabe, conocer mis raíces y todo eso.

Se detuvieron ante el bar que seguía cerrado a cal y canto.

—Yo me encargo —dijo Gerardo. Y comenzó a aporrear la puerta— ¡Manooooolo! ¡Manolo! ¡Abre coño! —e intensificó el golpeteo.

El sargento le observaba con desaprobación, apretando los labios. Luego se giró hacia Kike.

—¿Y ha venido solo? —había cierta suspicacia en su tono. Kike se puso alerta, el sargento no bajaba la guardia, más le valdría a él no hacerlo tampoco si quería sonsacarles algo.

—Bueno, mi padre falleció hará cosa de un mes —explicó en tono apagado—. Mi madre ya no estaba con nosotros, nos dejó cuando yo apenas tenía un año. —Abrió las manos componiendo una expresión desválida con la esperanza de despertar la simpatía del otro—. No tengo a nadie más que yo sepa, de pronto me encontré solo y esperaba encontrar a alguien aquí. Conocer a mi familia.

El sargento no respondió. Manolo un hombre de edad indefinida, encorvado y legañoso, acababa de abrir la puerta del bar. El local era bastante amplio aunque estaba sucio y descuidado. En el interior, apenas cuatro mesas encaradas a un viejo televisor y una barra larga y sucia tras la que se metió el dueño del bar, no sin antes echarles una mirada entre irritada, por molestarle, y curiosa, al ver a Kike.

Vaya pueblo raro en el que el bar hay que abrirlo a gritos.

El sargento pareció adivinarle el pensamiento.

—Cada vez queda menos gente en el pueblo y casi todos los que quedan se marchan a Miravete, el pueblo más grande de la comarca, a trabajar en la fábrica de azulejos. Entre semana a estas horas, no queda casi nadie por aquí. —Luego cedió el paso a Kike que se encontró respondiendo a unos buenos días desganados del dueño del bar.

Mientras les preparaban las consumiciones: un café para el sargento y un carajillo para Gerardo.

—Y no te pases con el café —se rio el agente guiñándole un ojo a Kike. Este pidió un café y una botella de agua. Le hubiera apetecido una copa de algo más contundente para entrar en calor, pero tenía la sensación de que el sargento no aprobaba el consumo de alcohol y menos a esas horas. Una lástima, le apetecía tanto...

Hay hábitos que nunca mueren. Nunca.

—Añade una copa de cazalla, Manolo —intervino de nuevo Gerardo sentándose con ellos—. La de aquí es la mejor de la comarca, Faustino. Debería pegarle un tiento, no hay nada mejor para este frío.

Kike negó con la cabeza.

—Ahora mismo creo que no. Quizás me lleve una botella para casa —dijo conciliador ante la mirada desilusionada de Gerardo.

—Entonces, busca a alguno de los Albarracín —comentó el sargento tras echarle el azúcar al café—. Pues me temo que ha hecho el viaje en balde.

Kike estuvo a punto de atragantarse con el agua. Dejó el vaso sobre la mesa aguardando a que el otro se explicara. Lo hizo Gerardo, visiblemente más animado tras engullir la copa de cazalla.

—¿Los Albarracín? Han palmado todos menos uno y ese está *gagá* —rio mientras se llevaba el índice a la sien—. ¡Como una cabra!

Kike contrajo el gesto fingiendo estar disgustado.

—No comprendo. Mi padre siempre me dijo que tenía mucha familia aquí.

El sargento encogió los hombros tras fulminar al otro con la mirada por su comentario.

—¿Cuánto hace que su padre dejó el pueblo?

—¡Uf! A ver... Pues unos cincuenta años por lo menos. ¡Madre mía! —exclamó, resoplando—. Eso es medio siglo y me temo que en los últimos años no mantuvo contacto con nadie. Ya sabe cómo son esas cosas.

El sargento asintió.

—No fue el único que se marchó, joven. Mucha gente emigró y no sabría decir qué ha sido de ellos. Otros fueron falleciendo, ley de vida. El único de los tuyos que queda es el Bernardino.

—¿Bernardino? De ese no me habló mi padre.

—Normal, no creo que ni llegara a conocerle. Es hijo de Tobías. Tobías creo que era primo segundo de su padre. Tío de usted —indicó tras pensarlo.

—Sí, eso es —el tono de Kike se animó recordando la información que le habían facilitado en la Agencia—. Recuerdo al tío Tobías. No es que lo conociera, pero mi padre tenía fotos de cuando era un crío y Tobías salía en varias. Claro que ya digo que eran todos unos críos —añadió enseguida por si el perspicaz sargento le pedía una descripción—. Mi padre siempre hablaba de volver, lástima que cuando faltó mi madre, no tuviera ganas de... —calló dejando la frase en el aire—. ¿Dónde puedo encontrarle? Es menos de lo que esperaba, pero menos es nada.

Contestó Gerardo, que se había levantado dirigiéndose de nuevo a la barra.

—Ya se lo dije, en el *cotolengo*. Bueno, el Bernardino, porque Tobías murió hace un puñado de años. Yo no lo llegué a conocer. Un café con unas gotitas —pidió dirigiéndose a Manolo y evitando la mirada del sargento.

Kike decidió apresurar sus pesquisas antes de que el sargento estallara ante la ingesta de alcohol de su subordinado.

—¿Cotolengo? ¿Qué ha querido decir?

—Bernardino perdió la cabeza. Está en un sanatorio mental desde hace más de veinte años.

—¡Vaya! Pues sí que me he lucido. ¿Qué le ocurrió?

—Tenía una novia, se iban a casar o algo así cuando a ella la encontraron muerta. Fue una historia oscura y hubo rumores de suicidio... En fin, comenzó a desvariar diciendo que el diablo estaba en el pueblo y no sé qué otras sandeces. —Resopló con aire triste—. Cosas que ocurren, joven. Lo siento, creo que ha perdido el tiempo.

—Debió de ser un golpe terrible perder a alguien de esa manera —comentó Kike decepcionado ante lo poco que estaba averiguando.

—La Angustias —dijo de pronto Gerardo.

—¿Eh?

—Digo que la novia era la... la Angustias —repitió con la lengua algo espesa—. La de los Villegas. ¡Menuda se armó en el pueblo! Los más viejos todavía lo comentan.

Kike cabeceó sin decir nada. Estaba pendiente de Gerardo y no era el único, Manolo se había acercado a escuchar aunque debía conocer la historia de sobra. El único que parecía algo enfurruñado era el sargento. Kike decidió ignorarle, presentía que la historia del guardia carajillero era precisamente lo que había venido a buscar.

—Los Villegas estaban malditos, primero la hermana mayor de la Angustias, la Patro que la palmó con toda la familia menos la chiquilla mayor. Una estufa dijeron —hizo un gesto de incredulidad—. Hubo algo turbio en ese asunto. Luego, el hermano pequeño, el Curro, que se mató en un accidente de coche con su mujer. ¡Ah! Y lo del hijo del Curro que se fue a vivir con la Angustias ¡Ese era le leche! ¡Menudo hijo de puta! Por lo que he oído, era un cabronazo de cuidado y...

—¡Basta! —intervino de súbito el sargento dando un golpe en la mesa que hizo dar un respingo a Kike—. Eso ocurrió hace mucho tiempo y no son más que habladurías. No hace ningún bien hablar sobre los muertos.

—Pero si yo hablaba del hijo del Curro, ese se largó y seguro que anda por ahí gastando putadas. —Se volvió hacia Kike—. Hasta la Lucía, la mujer del sargento, tuvo problemas con ese mamonazo, ¿verdad sargento? Cuénteles, cuénteles.

—He dicho que ya basta —gruñó el sargento en tono de advertencia. La alusión a su mujer no le había gustado nada—. Eres un bocazas, Gerardo. Hablas por hablar y siempre acabas largando más de la cuenta. No creo que nada de esto le interese —dijo mirando a Kike.

Este pensó que al contrario, que le interesaba y mucho, pero se guardó de decir nada, el sargento parecía a punto de estallar.

—Yo solo quería ayudar —intentó justificarse Gerardo con voz débil y se volvió hacia la barra haciéndole un gesto a Manolo—. Ponme otro —pidió con tono dolido, luego dijo algo que a Kike le sonó a *maldito cabrón*. Si el sargento le oyó, no quiso darse por enterado.

—El caso es que el Bernardino perdió la cabeza y en eso no hay mucho misterio, ya le he dicho que son cosas que ocurren. Sé que no son buenas noticias para usted, joven, y lo lamento.

—Eso parece —convino Kike, levantándose mientras sacaba un billete del bolsillo que dejó sobre la barra. Observó que Gerardo apuraba a hurtadillas otra copa de cazalla. No le pasó inadvertido al sargento que se levantó con expresión colérica. Kike intervino antes de que pudiera decir nada—. ¿Dónde está el sanatorio?

—¿Eh?

—Ya sabe, donde metieron a Bernardino. Ya que he venido hasta aquí, le haré una visita. Es la única familia que me queda.

—Molinos de Sierra. Pasando Miravete, a unos treinta kilómetros. En plena

sierra, ya lo dice el nombre. Es privado y tiene pinta de costar un dineral, pero el hombre tenía lo suyo y supongo que el dinero no es problema.

—Pues creo que le haré una visita. Si arreglo el coche —dijo con una sonrisa preocupada—. ¿El cuarto de baño? —preguntó a continuación, Manolo le indicó una puerta al lado de la barra.

—Cuando acabe, Faustino, iremos a echarle un vistazo al coche —comentó el sargento.

Kike cabeceó dando las gracias y fue al retrete. Sonrió al oír los furiosos susurros del sargento intercalados por los balbuceos de Gerardo. Había previsto la discusión. Le daría algo de tiempo.

Ahora al colegio, a ver si encuentro lo que necesito. Ahí no necesito ver a nadie. Para cuando estos dos se den cuenta que tardo demasiado, ya estaré lejos, pensó. Me sabe mal por el sargento, parece un tipo decente.

Miró a su alrededor. Había un ventanuco que podía alcanzar subido a la tapa del váter, el problema era que apenas cabría un crío por el hueco.

—Bueno, al final, cuando ya no le queden opciones, tendrá que aceptar que soy un contorsionista, —Se miró en el espejo lleno de mugre—. ¿Qué se le va a hacer? —susurró a su imagen. Rio brevemente y luego, desapareció.

Gloria

—Tenemos que hablar.

A Gloria comenzó a temblarle ligeramente la mano con la que sujetaba el teléfono. Hubiera querido decirle lo mucho que los echaba de menos, lo vacía que se sentía sin ellos a pesar de lo que le había contado Kike la última vez que estuvo con él; el día del entierro de Baldo... Kike, a él lo añoraba tanto que le dolía. Pero no dijo nada de eso.

—¿Hablar? ¿De qué? —preguntó con frialdad.

—Gloria, vente. Tomaremos algo, te invito a cenar.

Gloria frunció el ceño, había tensión en la voz del inspector, tanta que hablaba en susurros espesos y entrecortados. Aun así, venció el recuerdo de los días sin saber nada de ellos.

—No os veo, ni sé nada de vosotros desde que Kike me contó... bueno, supongo que sabes a qué me refiero...

—Gloria, te estaré esperando en el bar —atajó la voz con sordina al otro lado—. No tardes, es importante.

—¿Importante? ¡Maldita sea, Aguirre! —calló de golpe cuando advirtió que le gritaba al vacío. El inspector había colgado. Arrojó con rabia el móvil contra el suelo, haciéndose el propósito de no acudir a la cita. Fue hacia la cocina murmurando entre dientes. Allí abrió la puerta de un armario, llenó de agua un cazo y lo colocó sobre el fogón.

Me haré una buena sopa, pensó, sacando unos fideos de un armario. *Y que te den, Aguirre, a ti y a tu cena*. Luego se sentó y rompió a llorar.

—¡Malditos seáis! —se quejó entre sollozos—. ¿Por qué me tenía que pasar a mí?

Tras un rato largo de tener el rostro enterrado entre las manos, levantó la cabeza con la idea de echar los fideos al agua y añadir algo más que le diera sustancia. Rebuscó en la nevera hasta que al no encontrar nada, (no recordaba la última vez que había ido a comprar) decidió que tomaría los fideos a palo seco.

—Conservaré la línea —comentó en voz alta intentando reír. Se acercó con la pasta al cazo y entonces su risa forzada se trocó en histérica. El agua seguía igual de fría que al principio. No había encendido el fuego.

El Inspector

Cuando Aguirre llamó al timbre de la residencia, distinguió a través de las puertas acristaladas a la enfermera de guardia: una cincuentona pequeña y de ojos rientes que dio un buen respingo. Su temor no tardó en desaparecer en cuanto reconoció al inspector de las veces que había estado con Gloria y el fallecido Baldo.

Elvira se recordó Aguirre. Se llama Elvira. La saludó con la mano para tranquilizarla del todo y cuando abrió la puerta, la mujer ya era toda sonrisas.

A fin de cuentas, eres un tipo bien parecido, se dijo Aguirre con cierto sarcasmo.

Tras asegurarle que no ocurría nada, que solo quería hablar con Gloria, le preguntó si la chica ya estaba durmiendo.

—Pues la verdad es que no lo sé, inspector. No está aquí, se marchó al acabar su turno.

—Creí que estaba pasando aquí las noches —comentó Aguirre, visiblemente contrariado. En la Agencia le habían indicado que la buscara en el Júbilo Dorado.

—Sí, lo hace bastantes noches, supongo que prefiere no estar sola.

Hay mucho miedo, todavía, pensó el inspector. *Y eso que creen que todo ha terminado.*

—Pero esta noche —siguió Elvira—, le dolía la cabeza y además, hacía carita de hecha polvo. No creo que duerma muy bien, la verdad.

Aguirre estaba seguro de ello y sintió una punzada de culpabilidad por haberla dejado sola tantos días. Claro que no había sido decisión suya.

Elvira le sugirió que la llamara al móvil, si era urgente.

Lo es, pensó Aguirre despidiéndose de Elvira tras darle las gracias. Echó a andar maldiciendo la lluvia que caía como agujas de hielo, mientras apretaba las teclas del móvil. Un mensaje grabado le informó que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Concluyó que lo habría desconectado intentando abrazar el escurridizo sueño y aceleró el paso hacia la finca en que vivía la chica. Al llegar, pulsó varias veces el timbre del portal sin obtener respuesta.

—Habría tomado algo para dormir —se dijo—. O no estará en casa. Pero ¿a dónde ha podido ir? —se preguntó sintiendo cómo la ansiedad comenzaba a columpiarse en su interior. Entonces oyó las primeras sirenas y sin saber muy bien por qué, le asaltó la certeza de que tenían que ver con Gloria. Echó a correr guiándose por el sonido y así llegó al bar de Gregorio.

Gloria

Gloria llevaba el paso ligero sin molestarse en esquivar los primeros charcos que comenzaban a acumularse en la acera. Tenía la cabeza gacha, el pelo empapado y se abrazaba intentando conservar el calor que la había abandonado hacía ya rato. Solo un pensamiento la impulsaba: encontrar a Aguirre. Ver el cazo sobre el fogón sin llama debajo había sido como verse a ella: algo abandonado, sin ánimo, vacía. Si alguien podía volver a darle sentido a su vida, convencerla de que no se estaba volviendo loca, era Aguirre.

Y Kike, sobre todo Kike.

Fueran lo que fueran, ellos dos eran lo único que le quedaba.

Cuando llegó al bar, estaba tan alterada que no se fijó en que el local se hallaba totalmente a oscuras y que Gregorio la esperaba en la puerta con expresión ansiosa. El dueño del bar la tomó del brazo haciéndola entrar de un tirón. Bajó luego la persiana metálica. Gloria farfulló una queja por la brusquedad encarándose con él. Al ver su expresión desencajada, adivinó que algo iba mal, terriblemente mal y ya se giraba para huir cuando advirtió la sombra que se abalanzaba sobre ella. Alzó los brazos para protegerse y entonces un fuerte golpe propinado por la espalda, la hizo derrumbarse. Conforme sus sentidos se apagaban, distinguió una voz fría que le era vagamente familiar. ¿Dónde la había oído antes?

—Ya es nuestra. La trampa está lista.

El Inspector y Kike

La plaza que cobijaba el bar de Gregorio era una mar picada de luces coléricas suspendidas sobre los coches patrulla que rodeaban la zona. Aguirre se sumó a la marea de curiosos que las fuerzas de seguridad se encargaban de mantener a raya. El inspector distinguió al teniente Castro perfilado contra la puerta del bar hablando con dos agentes a los que se dirigía con ademanes enérgicos. Parecía excitado. Algo muy grave tenía que haber ocurrido. Los pensamientos de Aguirre eran un tifón de velocidad vertiginosa, la misma a la que se balanceaba el columpio de su ansiedad. Su intuición de que lo que había ocurrido, tenía que ver con Gloria, con Gloria y El Segador, cuajó provocándole un acceso de náuseas. Recorrió las filas de curiosos recogiendo comentarios aquí y allá mientras procuraba no llamar la atención. Sin embargo, la policía estaba probando su eficacia a la hora de contener a la multitud y, aparte de que la sangre se había vuelto a derramar en el barrio, ninguno de los comentarios desveló más detalles. Volvió la vista hacia la puerta del local y distinguió en esta ocasión a un civil hablando con Castro. Dio un respingo, el civil era Kike. Se quedó inmóvil. El riesgo que corría el chico era del todo inadmisibles; si Castro sospechaba algo, podía irse toda la cobertura al traste. Abrirían una investigación y entonces... Recibió una llamada. Se apartó de la multitud para atenderla.

—¡Deje a Kike, inspector! —la voz, normalmente cortés, ladró la orden sin más preámbulos.

—Pero alguien podría reconocerle —susurró con furia el inspector.

—Es un riesgo que tendremos que asumir —sentenció la voz al otro lado—. Aguarde a que termine, tómese un descanso. Kike le buscará, sabe que está cerca.

—¿Y Gloria? Fui a buscarla y...

—Kike le informará. Aguarde, inspector.

—Necesito saber si ella... —La comunicación se había interrumpido—. ¡Necesito saber si la que está ahí dentro es ella! —espetó con rabia al móvil.

Volvió a acercarse a la plaza en el momento en que dos enfermeros salían del interior del local empujando una camilla sobre la que había tendida una figura amorfa, cubierta hasta la cabeza por una manta térmica plateada. De la multitud de curiosos surgió una exclamación sobrecogida, aunque algunos se repusieron enseguida sacando los móviles para tomar imágenes de la escena.

La muerte vende.

Los camilleros no tenían prisa, no había motivos para tenerla. Aguirre reprimió un sollozo que le cerraba la garganta y tras un último vistazo a Kike que seguía hablando con Castro, se sumergió en las sombras de una estrecha calle lateral que partía de la plaza. La lluvia se había convertido en finas agujas invisibles.

—Calabobos —rezongó el inspector, arrebujándose bajo el voladizo de un portal—. Acabaré empapado —rio con áspera amargura. No quiso seguir pensando en el bulto de la camilla.

En Gloria, no pensar en Gloria. Que había vuelto a fallarle a alguien que confiaba en él. La imagen de su hija surgió ante él. ¡Cómo deseaba haberle dedicado más tiempo!

Y cruzándose de brazos, se sumió en el olvido aguardando la llegada de Kike.

—¡Aguirre! ¡Aguirre! ¡Joder, tío!

Tomó lentamente conciencia de dónde se encontraba. Aunque a resguardo bajo el portal, una filtración de agua le había empapado toda la espalda y estaba tiritando.

Mira que si cojo una pulmonía, bromeó cínicamente para sus adentros.

Se frotó los ojos murmurando *Tranquilo, tranquilo*, a Kike quien lejos de tranquilizarse, se alarmó aún más al ver el estado lamentable en que se encontraba Aguirre.

—Estoy bien —consiguió pronunciar finalmente con voz más firme—. Me había quedado algo traspuesto, eso es todo.

Kike le escudriñaba el rostro. La expresión del chico era grave.

—Joder, Aguirre, llevo horas buscándote —acusó, cada vez más alterado—. ¡Horas! ¡Maldita sea! —Se detuvo examinando la expresión vacua del inspector—. Cada vez va a peor, ¿verdad?

Aguirre enarcó las dos cejas sin decir nada.

Sí, pensó. Mantenerse aquí es difícil y cada vez va a peor, pero esto es lo que hay, chaval.

—Dime lo que has averiguado. Supongo que el bulto de la camilla no era Gloria. —Estaba casi seguro de que no era ella, Kike no estaría preocupándose de él si la chica hubiera ocupado la camilla.

—¿Gloria? —inquirió sorprendido—. ¡Nooo! Era un desgraciado que entró a tomar algo. Se pasaron con él, no quiero ni pensar en lo que habrá sufrido... ¿Nos tendremos que ocupar de él? Me refiero al traslado y...

—No. No me han dicho nada. No nos concierne. Ahora cuenta, chico. ¿Qué cojones está pasando?

—Te lo contaré de camino. Sígueme, sé dónde encontrar a Gloria.

El Segador

La trampa está a punto de cerrarse. Han caído en ella, tal y como dijo *Él*.

Ahora me ocuparé de todo.

No quedará ninguno.

Entonces me reuniré con *Él*.

Y tendré paz.

Ansío tener paz.

EL SEÑOR DE LAS MOSCAS

Ramiro Fuentes

Ramiro Fuentes presumía de que el sol jamás le había pillado en la cama y de que si tenía setenta y cinco años...

Quítale cinco si quieres, que de crío es otra historia, pero a partir de los seis ya salía todos los días al campo con mi padre.

... eran otros tantos años disfrutando a diario del amanecer. Y era cierto que había gozado de todos y cada uno de ellos igual que al que asistía en esos instantes. Una aurora lenta, enmarcada como estaba por nubes y una suave lluvia espectral.

La frialdad de las primeras luces, los sonidos desperezándose en el campo y los contornos difusos de los frutales que rodeaban la masía, conseguían que se sintiera parte de la vida que despertaba tras la pequeña muerte del sueño. Un milagro repetido día tras día y al que Ramiro se sumaba tan maravillado como la primera ocasión en que disfrutó de la aparición de la luz cogido de la áspera mano de su padre.

Ramiro era un hombre fornido, algo pasado de peso, con un rostro concentrado, atento y ojillos vivarachos y escrutadores. Vivía solo, jamás se casó, había rumores que afirmaban que a quien él quiso, no le quiso a él. Comentarios al margen, jamás se le vio amargado, sino más bien al contrario: tenía la sonrisa siempre dispuesta y consideraba un segundo de pesimismo como una oportunidad perdida.

—Y la vida no ofrece muchas, —solía comentar en el pueblo cuando entablaba conversación con los amigos.

Era feliz trabajando la tierra, jugando con sus dos perros de raza indefinida, paseando por el campo en busca de espárragos, setas o simplemente de tranquilidad. Llevaba una vida pausada, sin sobresaltos. Demasiado tranquila, quizás y recurriendo a uno de los dichos del propio Ramiro: «Cuando el Diablo no tiene qué hacer, mata moscas con el rabo», él también mataba sus moscas de cuando en cuando. Y es que tenía el hábito de husmear en la vida de los demás: averiguar lo que hacían, por qué lo hacían y con quién, si se terciaba. La afición le venía de niño y a punto estuvo de truncarse en dos ocasiones. La primera el día en que su padre le pilló escuchando tras una puerta. La conversación la mantenían la madre de Ramiro y una amiga a cuento del lío que Amelia, la hija del cartero, tenía con el dueño de los ultramarinos; un hombre casado. Su padre le había advertido muy serio, tras dos sonoras bofetadas, que anduviera con tiento, que la curiosidad había matado al gato.

El padre Pedro, párroco del pueblo, fue el protagonista de su segundo descuido cuando le descubrió oculto entre unos arbustos. El sacerdote le impartió una lección práctica y dolorosa de lo que era poner la otra mejilla y por si acaso, se la repitió unas cuantas veces.

Los dos sucesos casi terminaron con las ganas de Ramiro de meterse donde no le llamaban. Pero pudo más su impulso y resolvió que la cuestión era tomar precauciones.

No soy un gato, pensó el Ramiro niño. Yo soy más listo y no volverán a pillarme.

Y cierto fue que no volvieron a pillarle y no porque dejara de escuchar tras las puertas. Con el paso de los años, lo hizo cada vez con mayor frecuencia. Prestaba oídos a cualquier conversación que versara sobre los demás ya fuera en el bar, en la tienda o donde se terciara. Interrogaba a la gente con discreción y con un retazo aquí y otro allá, reconstruía vidas enteras. Llegó a seguir a quienes eran objeto de sus pesquisas. Probablemente hubiera sido un buen detective si las circunstancias hubieran sido otras; al no serlas, Ramiro era lo que vulgarmente se conocía como un cotilla, un metomentodo, un fisgón. Así llegó a conocer la vida de casi todos los habitantes del pueblo, al menos de los que importaban, es decir, de aquellos cuyas vidas tenían *jugo*, en palabras del propio Ramiro. Echaba de menos tiempos pasados en los que la tragedia pareció cebarse con las gentes del pueblo y, aunque Ramiro había aparentado compartir el sentimiento de horror que envolvió al pueblo, lo cierto es que disfrutó como pocas veces en su vida.

Ahora en el pueblo quedaban pocos habitantes y por lo tanto, pocas ocasiones de husmear. Ya no bajaba tanto como antes, prefería quedarse al cuidado del huerto y de las cuatro gallinas con que ocupaba el tiempo. No le hacía falta para vivir, pero sí para sentirse vivo.

La masía que le dejaron sus padres a él y a sus hermanos, era ahora solo suya. Su hermano pequeño, Luis, se había hecho contable, luego se marchó del pueblo a la ciudad a trabajar en una asesoría. Allí se había casado con una mujer insípida y tuvo dos hijos con los que Ramiro nunca había mantenido demasiada relación. Las pocas veces que se veían, Ramiro tenía la sensación de que a su hermano le faltaba color, que su vida era una gama de grises, unos más vivos que otros, pero grises al fin y al cabo.

En cuanto a Eugenio, el mediano, siempre fue un tarambana sin oficio ni beneficio con el que pronto Ramiro perdió contacto una vez se hicieron adultos. Antes había llegado a un acuerdo económico con sus dos hermanos quedándose él con la masía por la que ellos jamás habían demostrado mucho interés. En ocasiones los añoraba, pero no era hombre sentimental y tomaba la vida como venía.

Se desperezó, ofreciendo su rostro a la suave llovizna mientras repasaba mentalmente las tareas que quería acometer a lo largo de ese día: desbrozar el campo de frutales, salir a buscar setas, que alguna asomaría ya, arreglar un par de aperos...

—Y ya está —dijo en voz alta—. Que hoy tienes partidita de dominó.

Fue entonces cuando oyó el coche. Entornó los ojos intentando distinguir el vehículo que se acercaba. No se veían muchos por allí. Apenas había unas cuantas casas desperdigadas, aparte de la suya, y la mayoría desocupadas.

—¡Vaya! —exclamó cuando lo hubo identificado—. El Gregorio y hoy no es sábado.

La propiedad de Gregorio, una casa pequeña aunque bien cuidada, se encontraba a unos cien metros de la masía, en la ladera pelada de la colina que se alzaba a espaldas de la propiedad de Ramiro. Había conocido a los padres de Gregorio: Abel y

Laura, hasta estuvo en su boda. Pero habían dejado el pueblo hacía muchos años, justo cuando sucedió «aquello». Gregorio era un mozalbete por entonces, bastante huraño y algo raro. Desde hacía unos años, Gregorio volvía de cuando en cuando, pero seguía igual de reservado que cuando joven. Al principio, Ramiro había llevado a cabo alguna tentativa de acercamiento dejándose caer por la casa los domingos cuando le veía llegar la noche anterior.

Siempre sábado, siempre de noche y siempre conduciendo con prisa.

A fin de cuentas, había conocido a sus padres y era lo menos que podía hacer...

Husmear.

... pero la actitud hosca, cuando no abiertamente hostil, de su vecino, le había hecho desistir. Y eso que había algo que despertaba su curiosidad de una manera poderosa: sus mujeres. Sí, sabía que los sábados nunca llegaba solo. A pesar de la hora, distinguía perfectamente que había dos personas en el coche y en ocasiones había oído risas: unas pertenecían a un hombre, las otras más agudas, eran sin duda de mujer. Y sin embargo, al día siguiente cuando se marchaba, lo hacía siempre solo. ¿Cuándo se había marchado ella? ¿Y cómo? Había una buena distancia hasta el pueblo como para ir andando y más de noche. Y de haberlas llevado Gregorio o si hubieran cogido un taxi —las dos posibilidades que barajaba Ramiro— él habría oído el ruido del motor, que para eso tenía el sueño ligero. Tanto le picaba la curiosidad, una comezón insoportable, que un día, cuando distinguió a Gregorio lavando el coche, se acercó simulando que paseaba.

Siempre lava el coche, por dentro y por fuera. Y a fondo. Para luego largarse como alma que lleva el Diablo.

—Buenos días, —le había saludado.

¡Cuántos productos!, se dijo Ramiro, admirado ante tanto bote perfectamente alineado sobre el capó del coche.

Gregorio dio un buen respingo. En respuesta a sus buenos días, Ramiro recibió una mirada fulminante y un gruñido que podía significar cualquier cosa. No se desanimó.

—Le oí llegar anoche —dejó caer como si tal cosa—. Parece que venía acompañado. ¿Su esposa? —Sonrisita inocente.

El burdo intento de sonsacar información no surtió efecto. Gregorio le echó una mirada amenazante.

—Vine solo. Como siempre. Era la radio. —Telegrafió las frases, apretando luego los labios mientras le observaba como si estuviera decidiendo algo. A Ramiro le recorrió un escalofrío por la espalda.

—¡Claro! —dijo de inmediato—. En realidad oí voces desde la cama, estaba medio dormido, y pensé... —No acabó la frase, esbozando una sonrisa tímida—. Perdóneme si me he metido donde no me llaman, solo era por, bueno, ya sabe, hablar de algo... —Rezó para que le creyera, si llegara a sospechar que en realidad salía al patio para verle pasar, podía... En realidad no sabía de lo que sería capaz,

simplemente tuvo la súbita sensación de que su vecino era peligroso.

A mí qué más me da lo que haga, reflexionó cuando el otro le despidió con un movimiento brusco del cabeza para volver a su tarea de limpieza. Pareció dar por buena la explicación de Ramiro.

—Al diablo —había murmurado para sí Ramiro—. ¿A quién coño le importan los asuntos de este? Estará casado y vendrá aquí con sus queridas.

Lo malo es que le importaba a él, las andanzas de su vecino eran prácticamente la única fuente con la que paliar su ansia de meterse en vidas ajenas.

La llegada de Gregorio entre semana y a esas horas le llevó a acercarse al borde de la estrecha carretera por la que ascendía el coche. Se mantuvo oculto tras el tronco de un algarrobo, no quería dejarse ver por el otro. Apenas lo llegó a vislumbrar a su paso. Conducía con rapidez, un coche grande, Ramiro no supo identificar la marca, jamás le habían interesado los coches. A él le bastaba con su ciclomotor para sus idas y venidas al pueblo.

Al pasar el coche al lado de su escondite, distinguió el rostro pálido de Gregorio y una expresión que hubiera jurado que era de miedo. Fue solo un instante, al siguiente, las luces rojas de la parte trasera del coche se perdieron tras una curva. Ramiro quedó pensativo reclinado contra el tronco del árbol. Había sentido un escalofrío al paso de su vecino y se preguntó si a pesar de la actitud hostil del otro, no debería subir a ver si ocurría algo. Que apareciera un día entre semana era un buen motivo para interesarse, por si necesitaba algo.

Y echar un vistazo a ver quién era su acompañante. Sí, había alguien con él y era una mujer. Otra mujer.

Se encogió de hombros, tenía faena que hacer, quizás cuando acabara fuera un buen momento para acercarse a...

Husmear. Fisgar.

... ofrecer unas verduras del huerto como buen vecino.

Se pasó la mano por el cabello humedecido a causa de la suave lluvia, luego alzó la cabeza ofreciendo de nuevo el rostro al agua. Sonrió complacido. El día se presentaba interesante.

Aguirre y Kike

—Sé quién es El Segador.

Aguirre casi perdió el control saliéndose de la ruta por la que le guiaba Kike.

—Y tiene a Gloria —añadió Kike con expresión sombría.

—¿QUÉ? ¡JODER! ¿Cómo permitieron que me quedara traspuesto? —Aguirre se retorció las manos debatiéndose entre la ira y la desolación—. ¿Y por qué vamos en coche? Sería más rápido si...

—Seguramente te hacía falta recuperar el equilibrio, de poco servirás sin estar centrado —arguyó Kike—. Yendo en coche podemos hablar y concéntrate o nos la pegaremos —le advirtió con suavidad viendo cómo pasaba de un carril a otro—. Yo no me veo capaz de conducir, ya sabes por qué. Y tenemos tiempo. Nos espera, no le hará nada hasta que lleguemos. Estoy seguro. Ella es el señuelo. Nosotros somos la presa. Tranquilízate y te lo contaré todo.

Aguirre asintió, esforzándose por recuperar la calma. El otro tenía razón, si tenían un accidente, atraerían una atención que no necesitaban. Aguardó en silencio el relato de Kike. Este comenzó por relatarle su viaje a San Miguel, su conversación con los guardias civiles y la información que obtuvo, que a decir verdad poco o nada aclaró al inspector.

—Cuando estaba en el bar, se me ocurrió una idea, así que pasé por la escuela del pueblo a recoger algunas fotos de esas que hacen a los chavales a principio de curso y luego fui a ver a Bernardino. Si te soy sincero, ese fue un mal trago y me hubiera gustado que estuvieras conmigo. —Entrecerró los ojos meneando la cabeza—. El jefe dijo que no, que para ti tenía otro encargo.

—Sí, menudo encargo —se quejó Aguirre—. Avisarme de que Gloria estaba en peligro cuando ya era tarde.

Aguirre notó que Kike reprimía un escalofrío.

—Gloria está bien, sé que lo está. Le arrancaré la piel a tiras si le hace algo.

—Vamos, chaval, —dijo Aguirre—, ¿quién está perdiendo el control ahora? Cuéntame la visita al tal Bernardino.

Kike inspiró profundamente y le contó la visita.

Bernardino era un cincuentón pasado de kilos, rayando en la obesidad, de piel blanca salpicada de pecas, ojos azules huidizos y el terror tatuado en cada gesto. Kike acudió a su habitación vistiendo una bata blanca que había tomado «prestada» del guardarropa del personal. Lucía también un estetoscopio alrededor del cuello —en las series sobre hospitales quedaba bien— y una sonrisa que esperaba fuera tranquilizadora.

—¿Quién eres? —balbuceó Bernardino nada más verle y sin darle ocasión de abrir la boca—. No te conozco, no te conozco. —Su tono fue adquiriendo un timbre histérico—. ¿QUIÉN ERES? NO TE CONOZCO, NO TE CONOZCO. —Y cuando Kike estaba a punto de salir de la habitación, seguro de que los gritos llamarían la atención de alguna de las enfermeras que pululaban pasillo arriba pasillo abajo, Bernardino calló. Se introdujo el pulgar en la boca y comenzó a llorar en silencio. Kike se quedó perplejo, sin saber qué decir o qué hacer por si desataba otra reacción de histeria. Dio un paso vacilante hacia él con las palmas abiertas y los labios fruncidos como cuando se pide silencio a un niño. Bernardino alzó la vista, las gruesas lágrimas caían al suelo con un sonoro ¡plop! animado por el chupeteo febril del pulgar. Fue entonces cuando su expresión cobró vida, dejó el voraz chupeteo y en sus ojos claros flameó una chispa.

—Tú no estás aquí... no deberías estar aquí —se corrigió—. Eres como él, tampoco pertenecía a este sitio —susurró con los ojos llenos de pánico—. Era el Diablo, el Diablo.

Kike sintió un escalofrío intenso recorrerle la espalda, el pobre desgraciado había sido capaz de ver más allá de su fachada. Se preguntó cómo era posible: *quizás su estado mental, pensó, le permita abrir puertas que los demás no pueden*. Intentando recuperar la compostura, se dispuso a largarle la historia que traía preparada, que era un médico nuevo, que estaba allí para ayudarle, aunque no creía que fuera a servir de mucho. El otro se adelantó.

—Él estaba muerto en muchos aspectos excepto uno: la maldad. Tú eres distinto, siento dolor, mucho dolor, pero no hay oscuridad en ti.

Kike evitó hacer comentarios. Sonrió levemente, animándole a continuar.

—Mató a mi Angustias. Yo la amaba. Dicen que se suicidó. Que estaba embarazada de mí. De eso nada. Fue él, no sé cómo, pero fue él, la enloqueció hasta que ella no pudo más. Yo me comporté como un cobarde, la abandoné a su suerte. Él me daba tanto miedo, era el Diablo, el mismísimo Diablo.

Kike contuvo la respiración acercándose lentamente, era entonces o nunca. Sacó unas fotos del bolsillo, las fotos que había conseguido en el colegio de San Miguel tras hacer mutis en el bar. Se las mostró a Bernardino que frunció el ceño sin comprender. De pronto el hombre se encogió de nuevo y lanzando un gemido de terror, señaló con un dedo tembloroso a una de las figuras fotografiadas.

—¡Es él! ES ÉL. NO QUIERO VERLO. —Las lágrimas surgieron de nuevo—. ¿QUIÉN ERES? ¿QUIÉN ERES? NO TE CONOZCO ¡NO TE CONOZCO!... —

Para cuando la enfermera entró en la habitación, Bernardino estaba solo de nuevo.

—¿Quién era el de la foto? —preguntó Aguirre.

—Un muchacho de unos catorce años. No fue muy difícil averiguar quién era. Ha cambiado de nombre, pero es él y la vieja asesina era pariente suya. Cuando vine a buscarte y me encontré el follón del bar, pensé que llegaba tarde. Entonces me llamó el gran jefe y se lo conté todo. Me dijo que hablara con El Segador, que había llegado la hora del enfrentamiento. Ahora ese hijo de puta nos espera.

—Pero ¿quién coño es?

—Castro, joder, el hijo de puta de Castro.

El Segador

El círculo se cierra. Saben quién soy.

Pero la tengo a ella. No pueden tocarme. Les he dicho dónde estaré.

Él estará esperando.

Yo también.

Pronto tendré paz.

Ramiro Fuentes

Ramiro iba hacia el cobertizo que había construido en el huerto con el firme propósito de tomar la azada y comenzar las tareas que había planeado,...

Y coger unas verduritas para el vecino, no lo olvides.

... cuando oyó el berrear de un claxon. Fue breve aunque el sonido reverberó largo rato en el aire recién estrenado. Instantes más tarde surgieron los gritos: el primero fue el de una mujer, el de una mujer aterrorizada. El segundo fue un grito de rabia y lo profirió una voz masculina. La bestia de la curiosidad se desperezó en el interior de Ramiro hincando con fuerza sus garras. Ramiro dio media vuelta y cambió de rumbo. Ya no necesitaba llevar nada, tenía un motivo para subir a casa del vecino. Un buen motivo para averiguar por fin, lo que ocurría en esa casa.

Aguirre y Kike

—¿Castro? —El rostro de Aguirre reflejaba incredulidad y también rabia. Rabia por no haber sido capaz de reconocer a su enemigo cuando lo había tenido delante en más de una ocasión—. ¿El teniente Castro?

—El mismo —asintió Kike—. Cuando lo encontré en el bar, se lo espeté a bocajarro y ¿sabes qué hizo?, se burló de mí. No le importó.

Estúpidos. Siempre persiguiendo el aire que dejaba detrás de mí.

Vuestra chica es mía. Si la queréis, venid a buscarla. Si me tocas ahora, ella morirá. Una muerte horrible a manos de El Sapo... Gregorio, un siervo leal.

—Cometía los crímenes que luego investigaba. Lo tenía todo controlado. Los primeros asesinatos que ejecutaba siguiendo un monstruoso ritual: la tortura, la cremación, las citas. Todo pensado para llamar la atención de la Agencia. Y cuando sacamos la cabeza, nos despistó con sus compinches y al final, cuando ya no los necesitaba, se libró de ellos.

Kike calló unos instantes observando a su compañero. El inspector estaba lívido de cólera, se sentía estafado. ¿Cómo le podían haber engañado así?

—Al acabar con los otros dos, él mismo dio el caso por cerrado y eso a pesar de los indicios de que había un tercero. Supongo que en su puesto, se las apañaría para acallar cualquier protesta. Así pudo culminar su plan: secuestrar a Gloria y de paso, asesinar a otro pobre desgraciado. Aún no consigo comprender por qué cometió ese último crimen.

—Yo sí, lo comprendo perfectamente —gruñó Aguirre apretando los puños. Estaba a punto de perder de nuevo el control—. Los asesinatos son sacrificios.

—¿Sacrificios? Ese tipo está como una auténtica regadera. Como le haga daño a Gloria...

—No lo comprendes, chaval —dijo Aguirre. Había decidido que si había un momento para descubrirle a Kike con quién se enfrentaban de verdad, era ese—. Castro es la menor de nuestras preocupaciones, solo es el siervo de quien nos espera. Los sacrificios son para algo muy real, un ser al que sirve el mal nacido de Castro.

Kike compuso un gesto de extrañeza.

—El Adversario, la Serpiente, el Príncipe de las Mentiras, el Señor de las Moscas... Tiene mil nombres y probablemente otros tantos rostros. Él es quien ha urdido todo el plan, quien ha planificado todos los detalles. La cuestión es que es un enemigo poderoso, chaval, y más vale que estemos listos o no solo perderemos a Gloria. Ella, por mucho que nos pese, es un simple peón en esta partida. —Se detuvo prendiendo un cigarrillo con rabia—. Y nosotros no somos mucho más. Pero ese «algo más» es lo que busca.

—Joder con los nombrecitos. Pues el de Señor de las Moscas me suena un poco a mierda. Además, yo no me pienso rendir, Aguirre. Si puedo, voy a darle por el culo a ese mamón, sea quien sea.

—Hay que usar la cabeza, Kike, —replicó Aguirre—. Que no se te olvide que este no respeta las reglas, hará lo que sea para ganar. —Dio unas profundas caladas al cigarrillo—. Por cierto, todavía no me has dicho a dónde vamos.

—Al sitio donde comenzó todo: San Miguel de la Frontera.

Gloria

Gloria estuvo esperando su oportunidad con toda la calma que fue capaz de reunir.

Cuando recuperó el sentido solo recordaba que había entrado al bar de Gregorio y poco más. Lo que atisbó al esforzarse por recuperar ese «poco más», la llenó de un terror tan profundo que cejó en su intento.

Tuvo problemas para ubicarse, veía imágenes borrosas que se deslizaban a toda velocidad ante ella. Pasaron unos angustiosos segundos hasta que cayó en la cuenta de que estaba en un coche.

Mi vida pasa a cámara rápida. Voy a morir.

Tras esos momentos de pánico espeso, reconoció al conductor del vehículo: Gregorio, el dueño del bar al que había acudido después de la llamada de Aguirre ¿O no había sido el inspector quien había hecho la llamada?

Gregorio conducía con expresión desencajada, ajeno al hecho de que ella hubiera recuperado el sentido. De cuando en cuando, el hombre le echaba un vistazo rápido para volver a concentrarse en la carretera. Gloria decidió simular que seguía inconsciente mientras pensaba a toda prisa. Repasó su estado mentalmente. Salvo un punto doloroso tras la oreja derecha, parecía encontrarse bien, quizás algo mareada y con unas ligeras náuseas aunque nada serio. Movi6 los brazos y las piernas con cuidado y supuso un alivio comprobar que no estaba atada. Sin duda su agresor no pensaba que fuera a recuperarse con tanta rapidez. ¿Por qué la habría atacado? Era un tipo raro, desagradable incluso, pero no podía ni imaginar qué motivos le habrían llevado a dejarla inconsciente para luego meterla en su coche y llevarla a saber qué lugar. Quizás fuera a violarla, pero no, decidió, había algo más en todo eso. Una cosa sí tenía clara: todo tenía que ver con Aguirre y todo lo relacionado con el inspector acababa con alguien muerto. Reprimió una risita histérica al pensar en la muerte, jamás había intimado tanto con la de la guadaña. Tanto roce acabaría con ella entre sus brazos. Pero no pensaba entregarse así como así. Inspiró profundamente, si quería sobrevivir...

Sí, niña, aquí esa vieja buscona es muy probable que ande tras de ti en esta ocasión y por muy tentador que puede parecerte, creo que te apetece y mucho, seguir con vida.

... tenía que mantener la sangre fría.

Notó que el coche deceleraba bruscamente y se puso en tensión, preparada para lo que fuera a ocurrir. Entreabrió los ojos maldiciéndose de paso por sus pestañas largas de las que siempre se había sentido tan orgullosa. A pesar de todo, vio cómo abandonaban la carretera por la que circulaban para meterse por un camino sin asfaltar que se abría a la derecha. Se le encogió el corazón, el lugar estaba rodeado de campos sin vivienda alguna a la vista. Había albergado la esperanza de que acabarían en algún lugar poblado donde podría conseguir ayuda aunque fuera a base de gritar

hasta romperse las cuerdas vocales.

¡Qué estúpida soy! Si me ha raptado no va a llevarme a donde haya gente que pueda vernos.

A solas con Gregorio no tendría muchas posibilidades contra él.

Lucharé, se dijo con determinación. Se arrepentirá de haberme elegido como víctima. Apretó los dientes, iba a sobrevivir como fuera.

Gregorio conducía con tanta rapidez y el camino era tan malo que apenas estaba pendiente de ella por lo que se atrevió a abrir más los ojos para examinar el interior del coche. No vio nada que pudiera usar como arma, ni un mal lápiz que clavarle en un ojo...

¡Dios! ¿En qué estás pensando?

¡En sobrevivir, maldita sea!

Al volver la cabeza a su derecha, simulando que el movimiento lo provocaba el brusco vaivén del coche, alcanzó a ver un objeto cilíndrico en el bolsillo lateral de la puerta del pasajero. Frunció el ceño intentado distinguir qué era. Un ambientador en spray. Sintió el cálido atisbo de la esperanza.

¡Bien! Alguien va a tener escozor de ojos...

De pronto el coche comenzó a frenar hasta quedar parado. Al apagarse el motor, el repentino silencio amortajó los oídos de Gloria. Gradualmente percibió el suave tamborileo de la lluvia sobre la chapa del vehículo y con ello se sacudió el leve sopor que la había invadido. Se mantuvo quieta con el corazón latiendo en sus sienes. Gregorio se inclinó hacia ella musitando algo ininteligible entre dientes. Al parecer se convenció de que ella seguía sin sentido, pues abrió la puerta y salió del coche. Al oírle, Gloria se atrevió a abrir los ojos. El coche estaba detenido ante una casa de campo rodeada por una valla metálica cuya puerta abría Gregorio. Gloria aprovechó la oportunidad para coger el ambientador procurando no hacer movimientos bruscos que atrajeran la atención de su raptor. Agitó el bote suavemente y el sonido del líquido en el interior la llenó de esperanza. Al mirar a su alrededor, por si había algo más que pudiera servirle de arma, vio que las llaves del contacto pendían bajo el volante. Inspiró rápidamente y estuvo a punto de trasladarse al asiento del conductor para arrancar el coche y escapar.

No, no. Si no arranca a la primera, podría pillarme y quién sabe lo que me haría entonces. Antes tengo que incapacitarle.

De pronto tuvo una idea, alargó la mano y apretó el claxon con fuerza dejándose caer luego sobre el asiento. Mantuvo los ojos cerrados intentando controlar el batir desesperado de su corazón, la mano que asía el ambientador estaba oculta por su cuerpo inclinado hacia la derecha.

Gregorio giró sobre sí mismo ahogando una maldición. Se acercó con rapidez a la puerta del pasajero y la abrió con brusquedad. Gloria sintió el aire frío en la cara acompañado de la lluvia que cobraba fuerza. Luchó por no precipitarse.

Aguarda a que se incline hacia ti.

—Zorra, sé que estás despierta. —El aliento del hombre la mareó, una ola malsana que le provocó náuseas, pero también le indicó que estaba cerca, lo bastante para actuar. Lanzando un grito de rabia y miedo, sacó el ambientador y apretó el pulsador con fuerza en dirección al rostro de Gregorio. Le alcanzó de pleno. El hombre se echó para atrás con un aullido de dolor. Gloria dejó caer el bote y cuando iba a deslizarse hacia el asiento del conductor, percibió la sombra que levitaba tras el hombre, una silueta espesa cuyo interior eran culebreos grumosos de negros y grises sucios deslizándose por las paredes verticales e infinitas de un foso. Gritó presa de un pánico cerval. Entonces Gregorio volvió a adelantarse, la buscaba con las manos extendidas. La chica hizo un esfuerzo, apartó la mirada de la negrura, se inclinó hacia atrás y asestó una patada a Gregorio. Le acertó en el bajo vientre y él cayó como un fardo, boqueando en busca de aire. Ella tiró de la manija de la puerta y la cerró para luego pasarse al asiento del conductor. Giró la llave mientras pisaba el embrague. El motor arrancó a la primera.

Vamos, vamos. Que no se cale, que no se cale.

Metió la marcha atrás y entonces al levantar la vista hacia el retrovisor, una figura se abatió sobre ella. No era Gregorio, era otra cosa que se deslizó como una serpiente hasta el fondo de su ser. Deseó morir, alejarse del horror. Se debatió durante unos segundos y luego su conciencia huyó, guareciéndose en la cueva más profunda de su mente. El coche respingó para acabar deteniéndose con brusquedad. Al cabo de unos segundos, un pálido Gregorio con los ojos enrojecidos a causa del ambientador, la tomaba en brazos y la introducía en la casa. Le seguía la sombra. Gregorio notó, sin que eso le importara ya demasiado, que había vuelto a perder el control de sus esfínteres.

Ramiro Fuentes

Ramiro jadeaba con fuerza, un súbito pinchazo en el costado le obligó a apoyarse en el tronco de un olivo.

La curiosidad es un caballo de tiro que puede con todo, hasta los años de un viejo fisgón.

Todavía alcanzó a ver a su vecino entrando en la casa con un bulto en los brazos. Era una especie de fardo grande y, a juzgar por la manera de andar de Gregorio, pesado. No llegó a distinguir qué era, pues un extraño juego de sombras serpenteaba a espaldas de Gregorio. Fuera lo que fuera, parecía moverse con voluntad propia. Ramiro sintió un escalofrío acompañado de un acceso de pánico. A punto estuvo de echar a correr para ocultarse. Desechó la idea con un chasquido de la lengua.

¡A tu edad, viejo tonto! ¿Te van a asustar unas sombras?

Se acercó con cautela rodeando el coche de Gregorio que estaba atravesado en la entrada. Observó que las llaves seguían en el contacto.

—Vaya, —murmuró—, parece que teníamos prisa.

Quizás deberías llamar al cuartelillo, sugirió una vocecita prudente de su interior. La bestia que husmeaba en su mente no tardó en devorar la prudencia.

—Más tarde, quizás, —se dijo—. Veamos primero qué ocurre, imagínate que no es nada y quedas como un viejo chocho.

Imagínate que sí es algo y te lo pierdes.

Rodeó el vehículo y dirigió sus pasos hacia la casa. Llegó hasta la puerta y para su sorpresa, la encontró entornada.

—Hola —llamó con cautela. No tenía muy claro si quería que le oyeran así que no insistió.

Se adentró en el vestíbulo. Oía ruidos al fondo de la casa, pero no consiguió distinguir nada ya que las luces estaban apagadas y las persianas cubrían todas las ventanas. Dio un paso vacilante hacia el interior y solo la bestia de la curiosidad evitó que saliera huyendo. Todos sus sentidos le gritaban que se marchara de allí, que algo no iba bien. Desde el fondo del pasillo que arrancaba del vestíbulo, una sombra gigantesca pareció emerger de la nada, más oscura que las propias sombras, un foso en cuyo interior giraba algo que dio escalofríos a Ramiro. Sus sentidos comenzaron a aullar: *ALGO VA MAL. FATAL.* La bestia fisgona tuvo que retirarse a su cubil porque Ramiro decidió que se largaba.

Al diablo con todo. Avisaré a los civiles. Que se encarguen ellos de esto.

Reculó hasta la puerta y al alcanzar el umbral, quiso darse la vuelta para echar a correr...

Y yo quería traerle verduritas.

... tropezó con una figura que soltó un gruñido. Ramiro estuvo a punto de caer de espaldas. Dio un grito ahogado y se apoyó en el muro de la casa. El rostro alargado de un extraño le observaba con el ceño fruncido y a Ramiro le entraron ganas de

llorar.

Maldita sea, pensó. Maldita sea mi curiosidad.

—¿Qué hace aquí? —ladró el otro.

—Nada, pensé que ocurría algo malo y...

—¿Cómo se llama?

—Ramiro Fuentes, vivo en la masía de ahí abajo. Ya me marchaba.

El otro le observó con un gesto de desaprobación mientras extraía una cartera mostrándole un carné.

—Soy policía, caballero. Me temo que tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

Ramiro hizo un esfuerzo para no abrazarle.

—¡Gracias a Dios! Aquí ocurre algo malo, señor. Estoy seguro, lo siento en los huesos.

El otro, guardando la cartera, ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿En los huesos? Lástima que tenga unos huesos tan listos. —Castro acompañó la frase con un golpe al mentón del anciano. Ramiro cayó cuan largo era con un último pensamiento: *la curiosidad mató al gato.*

El Segador

Todas las interferencias han sido atendidas. Le complace contar con un nuevo sacrificio. El viejo cotilla sigue vivo. Se arrepentirá de estarlo.

Ramiro «el Fisgón», le recuerdo de cuando vivía en este pueblucho. Cuando yo era otro.

Él ansía a la chica. Es pura inocencia. Ella es el cebo. Quiere a los otros ahora. Ellos le darán fuerza.

Luego será el turno de ella.

Su apetito es insaciable.

A veces...

Aguirre y Kike

—Aquí es.

—¿Estás seguro? No se ve a nadie —señaló Aguirre, malhumorado. No dejaba de llover y estaba empapado. La chaqueta que vestía no le era de mucha utilidad bajo el aguacero. Kike había insistido en que se bajaran del coche en un recodo del camino al lado de una masía, para hacer el resto del trayecto a pie.

—Es más seguro, tampoco hay por qué avisarles de nuestra llegada.

No servirá de mucho, pensó Aguirre, pero siguió a Kike sin decir nada.

—¿Cómo sabes que no nos ha engañado?

—¿Eh?

—Que quizás no es aquí donde tiene a Gloria.

—Eso no tiene ningún sentido —negó Kike apartándose el pelo mojado del rostro—. Tú mismo lo has dicho, nos quiere a los dos. Gloria es el cebo. Solo eso.

Kike aceleró el paso hacia la construcción que se alzaba en la falda de la colina. Una casa de campo de aspecto sobrio rodeada por una valla recubierta en su interior por tela de sombreo oscura...

Para mantener alejado a los fisgones.

... y cuya puerta se hallaba abierta de par en par. En la entrada había un coche parado y con las puertas abiertas. Se acercaron con cautela, pero el interior del automóvil estaba vacío. Lo dejaron atrás dirigiéndose hacia la entrada. La vivienda estaba rodeada de frutales con las ramas bien cargadas. A pesar de su lozanía, Aguirre percibió el aroma inconfundible de la muerte. Un aroma que hablaba de vidas arrancadas con violencia y dolor.

—Tienes razón, es aquí —manifestó—. Es el sitio que él buscaría: el cubil de una alimaña.

—Me dijo que Gloria estaba con Gregorio. Imagino que esto pertenecerá a ese mal nacido, aunque jamás pensé que ese capullo tuviera algo que ver con todo esto.

Los dos se detuvieron en el camino de grava que llegaba hasta la puerta de entrada a la casa.

—El sitio no está elegido al azar. Al parecer, nuestro amigo Gregorio soltaba aquí a sus propios monstruos. Y ese es el motivo de que le hayan elegido para retener a Gloria. La casa cuenta con la protección de un círculo de sangre atormentada. Ahí dentro estaremos solos. —Aguirre miró brevemente hacia arriba—. Nadie de la Agencia podrá acudir en nuestra ayuda —anunció en tono fúnebre—. A esta fiesta solo se puede entrar con invitación y a nosotros nos han dado dos.

Sus miradas se cruzaron durante unos segundos.

—Vamos allá, chaval. Ya no hay vuelta atrás.

Kike asintió en silencio y los dos caminaron con determinación hacia la entrada de la casa.

Gloria

Gloria estaba echada en el suelo, tenía la espalda contra una pared y la cabeza vencida. El pelo suelto y enmarañado le tapaba el rostro y, cuando comenzó a recuperar el sentido, intentó apartarlo con las manos para descubrir que las tenía atadas. Entonces, alzó el rostro presa de un súbito pánico y la acometieron unas náuseas irreprimibles que provocaron un vómito ácido y pegajoso. No tuvo tiempo de apartar la cabeza y manchó la ropa que llevaba puesta. El hedor de su propio vómito dio paso a nuevas arcadas fútiles, de saliva mal hilvanada.

No hay nada que echar. Hace horas que no comes. Una eternidad.

Recordó en ese momento el cazo sobre el fogón apagado que la había impulsado a acudir a la cita trampa y maldijo su suerte. Al cabo de unos minutos, con la cabeza algo más despejada, consiguió controlarse y observar sus alrededores. Estaba en un dormitorio. Una cama enorme dominaba el centro de la estancia. A uno de los lados una lámpara de pie arrojaba una escasa luz que se veía incrementada por los espejos que tapizaban el techo. A la cama apuntaban focos desde el techo, que en esos instantes estaban apagados, pero que sin duda podían iluminar la habitación sin dejar resquicio a las sombras. Frente a la cama un aparador antiguo que le recordó al que tenía su madre en casa: un mueble antiguo y sólido. Sintió un escalofrío. Había un halo ominoso en el cuarto, flotaba una esencia...

Olor a sexo, miedo y sangre.

... perversa y fría. Más allá de la cama, Gloria distinguió una puerta. Contaba con una cerradura de aspecto sólido y supuso que la llave estaría echada. Aunque con las ataduras de las manos y también las de los pies, como acababa de descubrir, de poco le habría servido el que no lo estuviera. Se frotó la ropa intentando librarse del vómito con que se había manchado y entonces se quedó inmóvil mirando la cuerda que la mantenía presa. Acababa de recordar una serie, una en la que un asesino a sueldo le enseñaba el oficio a un chico joven. En uno de los capítulos, el protagonista le explicaba al novato que las manos siempre había que atarlas a la espalda.

—Hay gente que tiene los dientes muy afilados —había advertido el veterano—. Con errores así, acabarás cagándola.

Y yo tengo los dientes en perfecto estado, pensó Gloria. A ver si le damos una sorpresa a alguien. La idea la animó, reprimió otro acceso de náuseas y se llevó las manos a la boca.

Ramiro Fuentes

Ramiro estaba espiando a Pilar, la hija del maestro, mientras ella hablaba con su novio. Estaban sentados en los bancos de los jardines que había tras la iglesia y que solían frecuentar los abuelos para tomar el sol.

Ese día, como hacía frío, no había nadie. Nadie excepto la pareja y Ramiro oculto tras un arbusto. A decir verdad, la pareja no se limitaba a hablar, de hecho su conversación...

—*Estate quieto —jadeo.*

—*No seas tonta. No pasa nada —jadeo, jadeo.*

—*Ahí no —jadeo, suspiro.*

—*Te quiero. ¡Dios mío!*

Gemido, gemido, gemido...

... era más bien escueta y enmarcada por interjecciones de tono cada vez más apasionado. El padre Pedro, conocedor de lo que en ocasiones se cocía tras el templo, se daba una vuelta por el jardín de cuando en cuando y había pillado a Ramiro totalmente absorto con cierto asunto «erguido» entre manos que el muchacho intentó ocultar en vano. Las bofetadas le voltearon la cabeza de un lado para otro.

—¡No, no! ¡No lo haré más! —Sintió que le ardían las mejillas, y, cuando abrió los ojos, el rostro iracundo del padre Pedro se difuminó dando paso al rostro ancho y desencajado de su vecino, Gregorio. Estaba tan cerca de él, que sintió el aliento cálido y podrido golpeándole en el rostro y, aunque Gregorio se había lavado y cambiado de ropa, cierto tufo unido al de la boca, provocaron que Ramiro girara la cabeza, asqueado.

¿Dónde me he metido? Por Dios, este hombre parece que se haya cagado encima.

—Ya ha vuelto en sí —informó Gregorio a alguien que estaba entre las sombras a sus espaldas. La única luz era la que apenas conseguía colarse entre las rendijas de las persianas que cubrían la ventana de la estancia. Ramiro parpadeó con fuerza para aclarar las lágrimas que le nublaban la vista. Se encontraba tirado en el suelo de lo que debía ser el comedor de la casa de su vecino. Una mesa y dos sillones de aspecto caro junto a un televisor grande, de esos modernos que se colgaban en la pared, amueblaban la estancia. ¡Cuántas veces había deseado estar ahí dentro! Ahora la bestia podría husmear a sus anchas. Lástima que se hubiera ocultado gimoteando como un perro apaleado.

—No sé... No sé a qué viene esto —dijo Ramiro intentando ponerse en pie y darle firmeza a su temblorosa voz—. Yo solo quería...

Husmear, fisgar. Ver lo que hacen los demás y llenar mi vida vacía con esos detalles.

Una brutal patada en el pecho le devolvió al suelo.

—No te muevas, cerdo entrometido —gruñó Gregorio.

—Márchate, Gregorio, —susurró la sombra que se erguía tras él—. Comprueba que la chica está bien. No ha de sufrir daño alguno. Todavía.

Gregorio no se hizo de rogar y, tras una mirada feroz a Ramiro, abrió una puerta a la derecha de este. Desapareció hacia el interior de la vivienda.

Ramiro boqueaba intentando recuperar el resuello. El dolor en el pecho era muy intenso y sintió el sabor de la sangre en la boca.

¡Dios! Me he mordido la lengua. El Tomás me dijo una vez que te podías desangrar mordiéndote la lengua.

Una figura salió de entre las sombras, sombras que a Ramiro le parecieron dotadas de vida propia, y se agachó ante él poniéndose en cuclillas. Reconoció al policía que le había golpeado. Quiso pedirle perdón. Decirle que se marcharía enseguida. Que jamás contaría nada. Pero le faltaba el aire y tampoco le hubiera servido de mucho, los ojos que le observaban eran de lobo. Cuando el otro sacó el cuchillo, uno grande de filo brillante e implacable, y le asestó el primer corte en la pierna, sintió más sorpresa que dolor. Los siguientes cortes le dolieron más y los del rostro le hicieron chillar. Estaba a punto de recibir otra cuchillada, cuando el policía se quedó inmóvil como si escuchara. Luego se incorporó con una sonrisa burlona.

—Prepárate —le dijo—, *Él* viene a por ti. —Y cuando Ramiro distinguió el torbellino a espaldas del otro, notó como sus testículos se encogían bruscamente. El policía se hizo a un lado y entonces, Ramiro vio claramente lo que se le venía encima. El dolor en el brazo y el fortísimo martillazo en el pecho, fueron los síntomas de que algo en su interior se había quebrado y en los fugaces instantes que le restaron de vida, dio gracias por ello. Para cuando el ansioso torbellino de oscuridad le alcanzó buscando su aliento, el corazón de Ramiro ya había reventado como una fruta demasiado madura.

El Segador

Él se ha vuelto a alimentar.

Está satisfecho.

Ellos están aquí.

La sangre le da poder. La protección es fuerte, el Otro no puede penetrar. Sus lacayos pronto estarán a nuestra merced.

Me entrega un arma, algo con que marcarlos.

Yo siento... miedo.

No quiero que *Él* lo sepa, pero las cosas quizás no sean como yo creía.

LA TRAMPA SE CIERRA

La sombra sintió la entrada de los enviados del Otro y se estremeció. Pronto devoraría sus hálitos y nadie podría impedirlo. Era el momento de su victoria. Los torbellinos sombríos se agitaron dispersando los restos de Ramiro, hasta alcanzar un ritmo frenético y silencioso. A continuación, una cacofonía de voces clamó en lenguas que ningún ser humano hubiera podido articular y una cascada fosca se precipitó sobre el exterior de la casa cubriéndola, amortajándola, ahuyentando la luz del sol. Durante unos instantes la cúpula sombría se alzó palpitante en medio de la ladera como un improbable hongo venenoso. Luego todo se desvaneció con un fuerte trueno y sobre la colina cayeron gotas viscosas entremezcladas con la lluvia. En el espacio donde estuviera la casa de Gregorio, solo restaba un cráter humeante.

La trampa se había cerrado.

Gloria

Gloria acababa de darse cuenta de que unos dientes afilados servían de poco contra una cuerda bien atada y esa lo estaba. Maldijo al duro asesino profesional — más bien chulo— de la serie y restregó a la desesperada las muñecas contra el suelo con lo que solo consiguió despellejarse las manos. Sollozaba de impotencia cuando la puerta que había más allá de la cama se abrió. Alzó la cabeza con la disparatada esperanza de encontrarse con un rostro amigo. El rostro de Gregorio era el de alguien que está más allá de la amistad y la cordura. El dueño del bar que tantos cafés le había servido, sonrió como una hiena al verla.

—Hola, palomita. Papi ha venido a verte.

Gloria se echó hacia atrás, contra la pared.

—¿Qué...? ¿Qué es todo esto? Gregorio, tú me conoces, suéltame y no diré nada. —Interrumpió sus súplicas, consciente de lo patéticas que resultaban. Gregorio subió lentamente a la cama y se puso a cuatro patas, acarició las sábanas con una mano mientras la observaba con una sonrisa.

—Pero si no te voy a hacer nada, palomita. Fíjate —señaló las sábanas—. Son de seda. Si pudieran hablar, palomita. —Avanzó gateando hasta poner los pies en el suelo del lado de Gloria—. ¿Sabes?, nunca lo he hecho con alguien tan joven y tú estás un rato buena.

Frunció el ceño recordando las advertencias que le habían hecho sobre no tocar a la chica. Luego sacudió la cabeza volviendo a sonreír. ¿Quién se iba a enterar? La observó mientras se acariciaba obscenamente la entrepierna.

—Voy a hacerte muy feliz, palomita. Ya lo verás. —Se puso en pie aproximándose a ella mientras contoneaba las caderas.

—Gritaré, si me tocas, gritaré. Alguien me oirá.

—Si lo haces, te arrancaré una oreja, —chasqueó los dientes cuadrados y amarillentos—. Es como arrancar un trozo de mojama, ¿sabes? No sería la primera vez.

Gloria se arrastró para ponerse fuera de su alcance, pero él avanzó con rapidez y la golpeó en la cara con la mano abierta. El dolor la hizo encogerse, entre gemidos.

—¿Te gusta, verdad? Eres como todas, una zorra. Volvió a golpearla con violencia, y a continuación se inclinó hacia ella con la boca abierta.

Mojama.

Ella gritó aterrorizada.

Entonces cayó la negrura.

—¡Qué coño...!

La oscuridad era densa y Gloria la aprovechó para rodar sobre sí misma rezando desesperada:

Qué no me oiga, Dios mío, que no me oiga.

Le oyó gruñir al golpearse contra la pared, por lo que se arrastró hacia donde

creía que estaba el centro del dormitorio en busca de la cama para meterse debajo. Pero Gregorio conocía muy bien la estancia. Su particular paraíso. Enseguida lo tuvo encima babeando y musitando incoherencias. Notó su aliento amargo sobre el rostro y lanzó un grito de temor. El puño del otro estalló sobre su rostro reventándole los labios.

Dios mío, voy a morir.

Se debatió con fuerza hasta que un nuevo golpe en el costado la dejó sin aliento.

—Bien, palomita, así me gusta. Ahora ven con papi.

Entonces en el pecho de Gloria estalló la luz, un resplandor níveo e intenso. El rostro de Gregorio apareció de pronto ante ella con el gesto deformado en una mueca de dolorosa sorpresa. El barman, el asesino de mujeres solitarias y hambrientas de amor, echó la cabeza hacia atrás con la boca abierta en un aullido silencioso mientras la luz se deshilvanaba en llamas que lamían su silueta. La soltó y echó a correr cegado por el dolor, hasta tropezar con la cama y enredarse con las sábanas.

Si pudieran hablar.

Aun consiguió liberarse y ponerse en pie para correr hacia la puerta. Gloria vio cómo la carne del hombre se derretía sobre los huesos, igual que la cera se desliza por el mástil de una vela. Sin embargo, ni su ropa ni las sábanas se veían afectadas por las llamas que solo le buscaban a él. Seguía sin proferir un sonido a pesar de que Gloria hubiera jurado que gritaba con todas sus fuerzas. Al final consiguió traspasar el umbral del dormitorio y desapareció tras un recodo del pasillo que se abría más allá. Gloria quedó jadeando, al borde de un ataque de histeria.

—Calma, niña. Calma o perderás la cabeza.

Solo que no fue Gloria quien lo dijo. Un rostro había surgido de la nada. No de la nada, no; de la luz de su pecho que había perdido viveza pero seguía presente: palpitante, cálida, reconfortante.

—No desesperes, no estás sola —dijo la imagen antes de desvanecerse, dejándola sumergida en la oscuridad.

Aguirre y Kike

Kike llegó hasta la casa y miró a Aguirre, este asintió con la cabeza.

—Adelante —dijo procurando dar firmeza a su voz.

Kike apoyó la mano sobre la puerta y le dio un leve empujón hasta que se entornó lentamente para dar paso a un pequeño vestíbulo. Desde allí distinguieron un pasillo que se adentraba en la casa perdiéndose en un recodo. En su recorrido había varias puertas. Todas cerradas.

—Al parecer es la única entrada —comentó Kike.

—Ahora son sus normas, chaval. Nada de trasladarte. Nada de intentar dar sorpresas.

Kike vaciló en la entrada.

—Hay una vibración... no sé... como un muro invisible.

—No nos afectará, solo la oscuridad puede entrar pero nosotros somos sus invitados. Ya te dije que estaríamos solos, —se volvió hacia Kike—. ¿Tienes miedo?

—Joder, claro que sí. Un miedo que me cago.

—Bien, eso te mantendrá alerta. Confiarte te costaría caro. Vamos.

Los dos pasaron al vestíbulo.

El Segador

Ellos están aquí.

Él me envía a su encuentro.

No quiero ir. Los he atraído hasta aquí. He cumplido. No quiero marcarlos, quiero la paz que me prometió.

Se lo he dicho. Le he pedido la paz.

¡Me lo prometiste! ¡Me lo debes! ¡Soy El Segador!

Me ha castigado. Soy menos que una mosca.

Lo sospechaba.

Duele.

Enfrentamiento

Kike y Aguirre avanzaron con cautela por el pasillo. La penumbra dominaba el interior de la casa y solo la luz que se colaba por la entrada que habían dejado atrás, les permitía distinguir algo más allá de las sombras. Se detuvieron ante la primera puerta que encontraron a su derecha. Kike llevó la mano al picaporte, pero Aguirre negó con la cabeza.

—Ahora les toca a ellos, chaval. Aguardaremos.

Kike iba a responder cuando oyeron un sonido tras el recodo del pasillo. Una puerta que se abría y cerraba y los pasos vacilantes de alguien acercándose. Kike no sabía qué especie de engendro esperar y casi sufrió una decepción cuando se encontraron frente a frente con Castro.

Castro: el teniente, El Segador, el servidor del Señor de las Moscas, su mosca favorita se recordó Kike. Si buscas monstruos, este da el tipo.

Castro avanzó hacia ellos en silencio con una extraña sonrisa babeante, tan extraña que Kike sintió un estremecimiento al verle más de cerca. Castro no sonreía, le habían arrancado los labios de cuajo y las babas eran sangre que se deslizaban por su mentón.

—Joder, qué asco, pero le está bien empleado. ¿Y ahora qué hacemos?

Aguirre no contestó, tenía la mandíbula tensa y no perdía de vista a Castro quien acababa de apoyarse en la pared, gimoteando. El dolor debía de ser atroz.

—¿Qué hacemos? —insistió Kike—. ¿A qué esperamos? Este a nosotros no puede hacernos nada. Si le han jodido, no es problema nuestro.

El inspector le tomó del brazo.

—¿No me has escuchado antes? Aquí rigen sus reglas. Las reglas del Adversario. Aguardaremos.

Kike iba a protestar cuando hasta ellos llegó un grito ahogado procedente de alguno de los cuartos al fondo del pasillo.

—¡Gloria! —exclamó Kike al reconocer la voz. Se deshizo de Aguirre e hizo ademán de echar a correr. No bien dio un paso, cuando la oscuridad cayó sobre la casa. Los dos quedaron paralizados, ciegos ante la repentina huida de la luz.

—No veo nada, Aguirre —gimió Kike, alarmado.

Entonces un trueno ensordecedor sacudió la casa haciéndola vibrar.

—¿Qué coño pasa?

—¡Sh! —chistó Aguirre—. No te muevas.

Duele, duele, duele.

Marcarlos para Él. Me dará paz.

¡Tiene que darme la paz!

Castro, El Segador, distinguía perfectamente a los dos hombres delante de él. A pesar de la repentina oscuridad, un suave halo azulado los delineaba claramente contra el fondo negro. Solo había un camino; marcarles y entregarlos a *Él*. Obtendría

su tan ansiada paz, paz para toda le eternidad. Sin dolor.

Metió la mano en un bolsillo del amplio gabán, extrajo el arma que le había dado *Él*: un cuchillo curvo de hoja plateada, y avanzó con pasos vacilantes. Aunque podía distinguirles perfectamente, sus enemigos parecían no verle a él. De hecho, no veían nada ya que palpaban las paredes intentando orientarse mientras hablaban entre ellos en voz baja. *Bien, pensó. Una marca y se acabó.*

Procuró no hacer ruido que le delatara, se acercó a ellos enarbolando la hoja plateada frente a él.

—Era Gloria, ¡Joder, Aguirre! Era ella. Tenemos que ayudarla.

—No te muevas o ese cerdo acabará contigo.

—No puede hacernos nada —dijo Kike con una nota de incredulidad—. Está vivo, Aguirre, mutilado, pero vivo.

—Las reglas han cambiado ¿Es que no escuchas? ¿Crees que el Adversario lo mandaría si de verdad no pudiera hacernos nada? Tenemos que alejarnos de él, estoy convencido de que Castro puede vernos.

Kike vaciló.

—¿Y Gloria?

—La puerta que había aquí al lado. Maldita sea, ayúdame a buscarla. Nos ocultaremos y ya pensaremos en cómo ayudar a Gloria. Y no, no intentes trasladarte a través del muro.

—Pero entonces...

—Nuestras habilidades no nos sirven de nada aquí dentro. Espabila, Kike. ¡Vamos! ¡Ayúdame con la puta puerta!

Kike accedió a regañadientes con el pensamiento todavía puesto en Gloria y comenzó a palpar la pared buscando la puerta, cuando sintió un movimiento frente él: un silbido suave acompañado de un gruñido.

—¡Aguirre! —chilló atemorizado, echándose hacia atrás. Algo le rozó el pecho, apenas una caricia. Fue como si vertieran plomo líquido en sus entrañas. Cayó al suelo con la sensación de que se disolvía con rapidez. De pronto, se encontró muy lejos de la casa.

—Noelia —llamó débilmente—. Dios mío, Noe. Mi pequeña...

Se saltó el semáforo, estaba demasiado ocupado gritándole a ella que cerrara la boca, que dejara de chillar, que él controlaba. Cuando volvió la vista al frente, el camión era una presencia inmensa y pesada. El choque fue brutal.

Aguirre ahogó una maldición mientras lanzaba un desesperado golpe a ciegas. Tal y como había temido, Castro podía verles. Debía de encontrarse frente a ellos y estaba armado. Su puño impactó con violencia sobre algo blando.

No puede verme. ¡No puede verme!

El martillazo en pleno rostro desató agujas incandescentes que arrancaron lágrimas de sangre. El Segador cayó de rodillas intentando alejarse de Aguirre.

—Kike ¡Kike! —Aguirre tanteó desesperadamente a su alrededor intentando

localizar al muchacho herido.

No puede verme. Me ha golpeado, pero no puede verme.

Ha tenido suerte. Se acabó la suerte.

Castro volvió a incorporarse conteniendo el dolor. El más joven de sus oponentes estaba tendido en el suelo, encogido sobre si mismo. Temblaba mientras del pecho fluían hilos azulados que morían al contacto con la negrura.

Está marcado. Ahora el otro.

Por la mente de Aguirre se sucedieron las imágenes de Gloria, Baldo y de Kike, probablemente más allá de toda salvación. Maldijo a quienes les habían metido en el cubil de la bestia como corderos en el matadero. Se arrodilló buscando al chico, sabía que Castro probablemente estaba a punto de abalanzarse sobre ellos, pero se resistía a quedarse quieto esperando el golpe de gracia. Quizás pudiera tirar de Kike y si conseguía localizar la puerta, meterse en el cuarto y... Percibió la respiración entrecortada de Castro sobre él. Golpeó de nuevo a ciegas, esta vez en vano, Castro lo esperaba y esquivó su puño sin dificultad.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —se encogió aguardando el dolor.

El ruido de una puerta abriéndose de golpe interrumpió el ataque. Una figura apareció detrás de Castro. Una figura en llamas, desfigurada, con un grito desencajando el rostro. Un grito silencioso ya que no había cuerdas vocales en esa boca devastada. Durante unos instantes Aguirre únicamente tuvo ojos para la imagen ardiente que, tras dar unos pasos, acabó por derrumbarse en el suelo. El hedor a carne quemada llenó el pasillo y a Aguirre se le revolvieron las tripas al asociar el olor con el de una barbacoa. Cuando apartó la mirada asqueado, vio a Kike temblando en el suelo. De pronto fue consciente precisamente de eso: podía ver. Castro le daba la espalda, paralizado ante la aparición flamígera.

—¡Ahora! —gritó Aguirre, abalanzándose con un aullido de rabia sobre Castro. Sin embargo, El Segador fue más rápido. Se revolvió con el brazo extendido y aunque Aguirre consiguió caer sobre él, derribándolo, supo que le había herido. El hombro comenzó a latirle con vida propia, una vida que se fugaba envuelta en azules fatuos.

Es hermoso pensó Aguirre. Esencia pura. Ese soy yo.

Sintió la presencia del Adversario antes de verlo. La bestia se lanzaba sobre ellos y estaban indefensos.

Los he marcado. Las esencias se derraman.

Él está hambriento.

Luego tomará a la chica. Ella es pura, le dará fuerza y placer.

Le pediré la paz cuando acabe.

Tiene que darme la paz. ¡Soy El Segador!

Me aparta.

DUELEEEEE.

Él irrumpió en el pasillo, una legión de sombras que se agitaba con movimientos

convulsivos y de cuyo seno surgían clamores en lenguas malditas. Entonces su tono bajó hasta el zumbido, un sonido grave que se repitió con el ritmo de una letanía y rebotó en las paredes de un lado a otro hasta que el pasillo estalló. Fue una explosión silenciosa, los muros se alejaron hechos pedazos hasta desaparecer y todos se encontraron suspendidos en el vacío con la única referencia del cuerpo incandescente de Gregorio —una masa informe— y del Adversario, cuya palpitante oscuridad destacaba entre las propias sombras.

Aguirre mantenía a duras penas la consciencia, su esencia se evaporaba con rapidez a través de la herida del hombro...

No, no mi esencia. Este soy yo y me muero. Pero antes él me devorará.

... confundándose en una nube con la que emanaba del pecho de Kike. Se preguntó si el muchacho sería consciente de lo que estaba ocurriendo. Rezó para que no lo fuera.

El torbellino avanzó hacia ellos. Se detuvo unos instantes ante los restos de Gregorio y a continuación los absorbió. Las mil lenguas clamaron irritadas y las sombras se encogieron sobre si mismas. Aguirre tuvo la loca esperanza de que desaparecería, que todo aquel vacío se diluiría como un mal sueño y que estaría tranquilamente en casa jugando con su hija mientras su esposa preparaba...

La boca para el tío del puro.

El pensamiento le golpeó con la fuerza de un ariete. No había esposa ni hija esperándole, ya no formaba parte de sus vidas. Pronto sería una más entre las sombras, un jirón informe perdido en las entrañas del caos.

Entonces, El Segador, el teniente Castro, se lanzó en el camino del Adversario. Parecía suplicar con el gesto humillado.

Suplica piedad pensó Aguirre. No hay piedad en ese foso de corrupción.

Las lenguas rieron burlonas y le echaron a un lado. Ya no les era útil.

Me ha mentado, no hay paz en Él, solo caos.

Igual que en mí, un caos que ha utilizado.

Me ha mentado.

ME HA MENTADO.

El Segador se lanzó de nuevo sobre Él, con un aullido de rabia. En seguida fue inmovilizado quedando suspendido en el aire frente al torbellino. Las lenguas se agitaban irritadas y le infligieron dolor.

¡No lo volveré a hacer más! De verdad. No me pegues, Papá.

Las lenguas le desnudaron hasta exponer su primera esencia.

Mami, no volveré a hacerle eso al perro. Fue sin querer.

Un murmullo y los recuerdos surgieron como el gas putrefacto en una ciénaga.

Papá toma el zumo y te observa de soslayo.

—Volveremos después de comer, te quedarás con la tía Angustias. Como no te comportes... —La amenaza queda en el aire mientras hace una mueca de disgusto. En ese momento entra mamá, también te mira de reojo... con miedo.

—Cariño, este zumo sabía raro.

Ella se encoge de hombros.

Tú aprietas el puño en el bolsillo, cerrándolo sobre el blister vacío de cápsulas. Esas que dicen que no se han de tomar si vas a conducir. La idea te vino en sueños, como otras. Sueños irresistibles.

Te das la vuelta murmurando adiós, procuras que no te vean sonreír.

A continuación, Castro, El Segador, reventó en mil pedazos que quedaron rápidamente absorbidos por el Señor de las Moscas. Hubo un estremecimiento leve en el caos, apenas un suspiro, tras el cual prosiguió su camino.

El torbellino se irguió sobre los cuerpos caídos de Aguirre y Kike.

Aguirre suplicó para que fuera rápido, que Kike no fuera consciente de nada y sobre todo, que Gloria, de alguna manera, hubiera conseguido salir de allí.

Claro, le han brotado alas y ha echado a volar. No seas gilipollas, Aguirre. Ella es el postre y lo sabes muy bien.

Su propio pensamiento le llevó a incorporarse. Se sujetaba el hombro para intentar contener la hemorragia de esencia, se plantó ante el torbellino y le gritó.

DETENTE

Para su enorme sorpresa, se detuvo.

Las lenguas murmuraron como las avispas en un panal. Luego la oscuridad avanzó de nuevo. Con mayor rapidez.

DETENTE

Aguirre estuvo a punto de reír, le había vuelto a gritar y ni siquiera había abierto la boca. Claro que la voz procedía del fondo del pasillo.

No, del pasillo no. No hay pasillo, solo tinieblas.

Y aunque familiar, desde luego no era su voz. Era...

DETENTE TE DIGO

... la voz de Gloria que restallaba como un latigazo y en esta ocasión las sombras se encogieron visiblemente y las lenguas tremolaron con la confusión latiendo en cada tono.

Aguirre quiso gritarle que no fuera estúpida, que corriera, que intentara ponerse a salvo, pero de su boca solo surgió un gemido. Además, ¿a dónde iba a correr? Allí el Adversario lo era todo. No había nada fuera del Foso o quizás sí, pero no eran sitios en los que buscar refugio.

La chica levitaba entre las sombras dirigiéndose al encuentro con el Adversario. Este se expandió repentinamente, las lenguas tornaron su temor en rabia y de sus entrañas reptaron tentáculos de líquida negrura hacia Gloria. Las lenguas chillaban hambre y lujuria a la vez y abrazaban a la chica recorriendo sus brazos, sus piernas e introduciéndose por la boca sonriente.

¿Sonriendo? Debo estar perdiendo la cabeza.

Entonces, cuando la figura de Gloria se perdía entre los tentáculos del Adversario, el pecho de la chica se abrió y dio paso a una figura que Aguirre reconoció al

instante.

Baldo. Joder, es Baldo.

Y con él alguien más, agazapado tras el anciano, y cuya luz palpitaba con tal fuerza que Aguirre se vio obligado a cubrirse los ojos.

El anciano extendió las manos y tomó casi con ternura los tentáculos más próximos apartándolos de Gloria. El enjambre de avispas chilló para volver al ataque. Baldo se agigantó rodeado de un resplandor cegador. Hubo un estallido de luces, sombras y clamores y Aguirre se sumergió en el vacío.

—¿Dónde estamos? ¡Dios! ¡No me veo!

—Calma, chaval. Ya ha acabado todo. Ahora te toca seguir el camino.

—¡Aguirre! ¿Eres tú?

—Sí, al menos lo que queda de mí O mejor dicho, realmente yo. No, no te asustes, nos han pegado un buen meneo, pero al final lo conseguimos.

—¿Y Gloria? ¿Está...?

—A salvo.

—Pero no entiendo...

—Lo harás. Mira, te esperan.

—¿Quién? ¡Dios! ¡Noelia!

—Adiós, Kike.

ATANDO CABOS

Gloria colocó el ramo de flores sobre la lápida. Luego se echó hacia atrás, vacilando unos instantes, para finalmente inclinarse de nuevo depositando un beso sobre las letras doradas cinceladas en el mármol.

Enrique Fernández Vargas

1985-2010

Hijo amado.

Tus padres no te olvidan.

—¿Dónde está ahora?

Aguirre se encogió de hombros.

—Lo han transferido, no sabría decirte. No nos hablan mucho sobre eso. Seguro que está en un lugar mejor. Ha hecho lo que debía, —aseguró rápidamente al observar el fugaz gesto de dolor de ella.

Gloria enjugó una lágrima fugitiva.

—Pensé que... Me habría gustado despedirme.

—Creo que eso ya lo hizo —dijo Aguirre con suavidad.

Gloria asintió con un gesto ausente. Sí, se habían despedido y había sido ahí mismo.

—*Este es mi lugar, Gloria —afirmó con gravedad. Después había señalado la lápida que tenían delante—. Mi hermana. Solo tenía once años.*

—*Dios mío. ¿Qué pasó?*

—*Iba más ciego que un martillo. Como siempre. Mis padres me obligaron a ir a recogerla a una fiesta de cumpleaños, Quise darme prisa para volver con los colegas, teníamos una buena montada. Conducía deprisa, gritándole que se callara. Ella estaba asustada. No vi el camión. —La voz de él se rompió. Reprimió el sollozo devolviéndolo al alma. A su sitio—. Lo último que le dije a mi hermana fue que cerrara el pico. ¡Maldita sea mi alma!*

—*Y tú sobreviviste... Vivir con esa carga...*

Kike la interrumpió, la tomó del brazo con ternura y la llevó a la lápida que había junto a la de Noelia. La misma lápida ante la que ella está ahora con Aguirre.

—*Ese es el problema, cariño. Que no sobreviví.*

La incredulidad. La risa floja. La irritación ante la broma de pésimo talante.

—*¿Qué tontería estás diciendo? No tiene gracia.*

Él no responde, simplemente la mira y sus ojos son pozos infinitos y en sus profundidades ella reconoce la verdad.

—*Estás...*

Gloria sacudió la cabeza. Lo que vino después le pertenece. A ella y a Kike. Algo tan hermoso y tan íntimo que no piensa compartir ni con Aguirre.

—*Todavía me cuesta asimilarlo. No solo esto, todo ha sido... Supongo que si te pido que me lo expliques, dirás que no puedes o que no sabes o... Da igual, no*

recuerdo nada desde que ese cerdo de Gregorio intentó... —agitó la cabeza alejando el recuerdo—. Tampoco creo que quisiera saberlo.

Aguirre le echó el brazo por encima de los hombros, gesto que ella agradeció.

—¿Y cuál es tu historia? —le preguntó al cabo de un rato.

Aguirre suspiró deteniéndose. Esperaba la pregunta y merecía una respuesta. Una honesta. Se humedeció los labios.

—Mi historia es de lo más vulgar: tipo listo, buen ojo para reconocer un negocio, hice mucha pasta. Casado con una mujer hermosa y de buena familia. Una hija encantadora. Pero no me conformé, quería más. Y me metí donde no debía. Con gente que no debía.

Federico Castillo, constructor, todo sonrisas y afabilidad.

—*Tú no te preocupes por nada, Javi. Firma aquí, aquí y aquí. Somos amigos, puedes confiar en mí, sé cómo hay que mover el dinero. Tendrás más de lo que hayas soñado jamás. Y no me seas cagueta, que los cagaos no llegan a ninguna parte.*

Y para su desdicha confió en él y convenció a muchos para que invirtieran en el proyecto:

—*El mercado del futuro: China. Estamos metiendo dinero en empresas de la zona. Su potencial es inmenso. Costes de producción bajos y rentabilidad máxima. Todo el que sabe, quiere meterse en el tema.*

El dinero fluyó con generosidad, tenía buenos contactos, y Castillo «movió» el dinero. Cuando llegaron las primeras reclamaciones de los supuestos beneficios, no tuvo nada que dar, porque no había nada más que un montón de documentos firmados por él y solo él.

—*Una inversión segura, dinero fácil. Gente muy poderosa detrás —había presumido por ahí muy ufano—. Llevo un negocio entre manos del que no puedo hablar mucho, pero ya os enteraréis, ya.*

Y se enteraron, vaya sí se enteraron.

Cuando estalló el escándalo, Castillo negó tener trato alguno con él y ni le cogía el teléfono cuando le llamaba. Al final decidió ir a buscarle y exigirle responsabilidades. Se encontró con dos cosas: la primera un tipo que parecía un armario ropero y que le informó de lo fácil que era romperle los huesos a un ser humano y la segunda al cabo de dos días, tomó la forma de una denuncia por difamación.

—*Apenas conozco a este desgraciado y desde luego no he tenido nada que ver con los negocios de ese «cagao».*

La policía tuvo sus sospechas, Federico Castillo no era trigo limpio, pero se tuvieron que conformar con Aguirre.

—Perdí mucha, mucha pasta y lo peor de todo, quedé a deber aún más. Luego me enteré de que mi mujer me la pegaba. El divorcio. La ruina. A ella no le preocupó, teníamos separación de bienes y sus padres estaban forrados. Me quedé solo, con la amenaza de la cárcel... Somníferos. Una dosis de la que uno no despierta jamás.

Gloria le abrazó con fuerza y apoyó la cabeza sobre el hombro de él.

—Eso ya terminó —dijo él—. Y he pagado por ello.

—¿Y ahora? También te irás, ¿verdad? Te... ¿cómo era?, transferirán como a Kike.

—Quizás, supongo que sí.

—¿Quizás? Y si no te fueras, ¿te volveré a ver?

Aguirre la tomó de las manos.

—No lo sé, Gloria —la besó en la frente con ternura—. Probablemente no, en la Agencia son bastante estrictos en lo que a relacionarse se refiere. Pero a ti te queda mucho por delante. Aprovéchalo y deja el pasado atrás.

—Pienso hacerlo, no lo dudes, —ella le ofreció una sonrisa algo triste—. No será fácil, pero la verdad es que me siento en paz. Ya ves tú, con todo lo que ha pasado.

—Eres fuerte, saldrás hacia delante. Ya lo verás.

—Pero ¿y si quiero verte? —insistió ella—. ¿Y si lo necesito?, supongo que la Agencia me debe algo, ¿no?

—Bueno, en ese caso solo has de invitarme a un café. Jamás digo que no a un buen café.

—Puede que lo haga, si me siento sola o con ganas de hablar sobre... lo que sea.

Él le soltó las manos.

—Me tengo que marchar —anunció.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla y luego se volvió alejándose entre las cruces del cementerio.

Aguirre estaba inmóvil, suspendido en el aire. Apenas un aleteo en la brisa que barría con languidez los recuerdos de los que deambulaban por el camposanto. No le apetecía usar su cuerpo en esos instantes. Hubo quien pasó por su lado sintiendo un repentino escalofrío, luego nada.

—¿Señor?

—Saludos, inspector.

—Saludos, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Cerca de la Agencia, señor. En el cementerio. Pensando.

—¿En lo qué ocurrirá ahora?

—Sí, supongo que sí. Todo ha acabado, hemos ganado, derrotamos al Adversario...

—¿Ganar? No hay vencedores ni vencidos, Aguirre. Todo consiste en mantener el equilibrio. Hemos mantenido el equilibrio —aclaró tras un breve silencio—, y esa es nuestra victoria.

—¿Y yo? —preguntó Aguirre—. ¿Qué me aguarda a mí ahora?

—Esa decisión es suya. Como todas las que ha tomado. Creo que ya ha enjugado su pena, ¿no? Ahora, es libre de elegir su destino.

Aguirre frunció el ceño mientras intentaba controlar la repentina irritación que sentía.

—¿Libre? No lo creo, señor. Me utilizó con la chica. Ella era su trampa, la trampa que usaría contra el Adversario. Le engañó, él creyó que preparaba una trampa para nosotros y fue justo al revés, era él quien caía en la nuestra, bueno, en la de usted. Sin embargo, me dejó creer que la vida de Gloria corría peligro, incluso me envió a protegerla sabiendo que no llegaría a tiempo al bar. No tiene idea de lo que me ha hecho pasar. —Calló, algo temeroso de haberse extralimitado.

Me importa un rábano. ¿Qué puede hacerme? ¿Matarme? Ja, ja, ja.

Puede hacerte cosas peores, Aguirre.

—Creo que sí tengo una buena idea de lo que ha sufrido y ciertamente, no he disfrutado con ello. Y por cierto, la vida de Gloria sí corrió peligro, inspector. Y no solo la de ella, pero había más en juego. Para cuando averiguamos quién era El Segador, él ya había cogido a Gloria. Descubrió que el afecto que sentían usted y Kike por ella era su punto débil. Quizás les utilizáramos, sí. Pero nadie manipuló sus sentimientos, eso fue cosa suya.

—Me podría haber avisado.

—Su angustia tenía que ser auténtica, inspector. Como lo fue. Su vínculo emocional con ella es fuerte. El Adversario habría reconocido una emoción falsa. De todos modos, ya le digo que únicamente permitimos que actuara como lo hizo, inspector, en ningún momento le obligamos a sentir nada por Gloria, eso fue cosa suya.

Aguirre calló, quizás el otro tuviera razón, si se había involucrado fue porque

quiso.

Necesitaba querer, proteger a alguien y no fallarle.

—¿Y Baldo? ¿Era él de verdad?

—Sí, él mismo se ofreció. Gloria sola no hubiera podido contener nuestra fuerza sin que el Adversario la detectara impidiéndonos la entrada a su cubil. Cuando lo supo, quiso ayudar.

—Viejo loco, podría haber acabado perdido para siempre en las entrañas de esa locura. ¿Cómo permitió que tomara parte en todo esto?

—No escucha, Aguirre. Él mismo se ofreció, tenía sus motivos.

Aguirre negó con vehemencia.

—Éramos amigos, es cierto, y querría ayudarnos, pero jamás debió permitirle que se arriesgara de esa manera, no debió aprovecharse de él.

—No lo hizo por amistad, no solo por amistad al menos. Tenía una razón mucho más poderosa. ¿Recuerda la primera víctima de El Segador?

Aguirre frunció el ceño recordando.

—¿No fue el padre Soriano? ¿El padre...? —Se dio una palmada en la frente—. ¡Joder! ¿Cómo no lo vi? ¡Padre José Luis Soriano! ¡Su hijo José Luis! Él mismo me lo contó. He sido un estúpido ¿Por qué no me dijo nada?

—Lo había apartado de su mente, no quería recordar. Ni siquiera lo hizo cuando El Segador volvió a cruzarse en su camino.

—Todo esto me supera —se quejó Aguirre—. Es tan... inescrutable.

—Y sin embargo, usted luchó y lo hizo con valor.

—Más bien con desesperación.

El otro rio con suavidad.

—No sea tan duro con usted, inspector.

—¿Está bien? —inquirió de pronto—. Me refiero a Baldo.

—Sí, está muy bien. Sospecho que mejor que usted.

Aguirre no respondió.

—Ahora le toca mover, inspector.

—Han muerto inocentes —dijo intentando aferrarse a su enfado, aunque con menos asideros que al principio.

—Y algunos finales han sido peores que la muerte, eso es cierto. Cada uno eligió por sí mismo. Insisto, cada cual es dueño de su destino —la voz destiló un deje impaciente.

—Entonces ¿puedo marcharme?

—¿Es eso lo que desea?

Aguirre reflexionó, no sabía realmente qué quería. El otro volvió a hablarle antes de que pudiera responder.

—Aguarde, hay alguien aquí que desea hablarle.

—¿Conmigo? ¿Quién...?

—¿Javi? ¿Cómo estás, amigo?

—¡Baldo! —exclamó Aguirre con un nudo en la garganta—. ¿Qué hay, viejo loco? ¿Qué tal por ahí?

—No puedo contarte demasiado, no me dejan —soltó una risita breve—. Tendrás que averiguarlo por ti mismo. Pero algo sí te diré, estoy bien, muy bien.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—Y más cosas, Javi. Pero ya te digo, tendrás que verlo por ti mismo.

—¿Te dejan fumar ahí arriba?

—Ya lo verás por ti mismo —insistió riendo, Baldo—. Cuando vengas. Espero que no tardes.

—No sé, Baldo, he hecho lo que debía, lo que me pidieron. Pero no sé.

—¿Te queda algo pendiente? Ya sabes, algún cabo suelto.

Aguirre se quedó en silencio. No supo qué responder.

—Te tengo que dejar —dijo Baldo—. Solo quería saludarte, asegurarme de que estuvieras bien. Cuídate, amigo.

—Y tú también, viejo. Si ves al chaval, salúdale de mi parte.

Ya no obtuvo respuesta, estaba solo de nuevo.

Decidió dar un paseo por el camposanto, necesitaba pensar. ¿Qué le quedaba? Había pagado por sus errores, quizás fuera el momento de seguir hacia delante y sin embargo, algo le inquietaba, reteniéndole. Se detuvo ante una pequeña lápida y la observó con los ojos entrecerrados. Ahí ya no había nada, solo polvo. Estuvo inmóvil varios minutos notando que sus pensamientos eran espesos como la melaza. No pertenecía a ese mundo ya, no había nada que le atara a ese lugar, ¿o sí lo había? Encendió un cigarrillo y de pronto supo qué era lo que quería hacer. Arrojó el pitillo tras darle un par de caladas y se marchó a toda prisa sintiéndose muy ligero. Atrás quedó la lápida ante la que se había detenido. Grabada en ella había un nombre y una fecha debajo de una fotografía del propio Aguirre. También un jarrón de plástico con unas flores mustias.

Javier Aguirre Montero

1960-2010

No te olvidamos.

Javier Aguirre

Aguirre dejó el paquete en el suelo. Estaba envuelto en papel de colores con imágenes del osito Winnie saltando con Tigger. Luego extendió las manos y apartó las sábanas con suavidad. La niña despertó de golpe. Le miró con ojos somnolientos que al poco se abrieron de par en par. Dio un gritito de alegría y se arrojó en sus brazos.

—¡Papi! ¡Has venido!

FIN